
PQ 6549
.N7 H6
Copy 1


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

HISTORIA

DE UN MINUTO

Besanzon, imprenta de J. Roblet

HISTORIA
DE
UN MINUTO
CONTADA
POR
JULIO NOMBELA

TERCERA EDICION



PARIS
LIBRERÍA DE A. BOURET E HIJO
Calle Visconti, nº 23.

1873

HISTORIA DE UN MINUTO

I

Un cuarto principal.

Los vecinos de la calle del Desengaño, y especialmente los que habitaban en el espacio que hay desde las calles de Valverde y los Leones á las de Barco y el Carbon, estaban muy preocupados á principios de abril de 1859

Por entonces, en vez de las elegantes casas que ha construido *La Peninsular*, se alzaba en aquel sitio el antiguo y vetusto edificio de los Basilios, especie de Arca de Noé.

Allí habia un teatro, un café, un obrador de coches, un tinte, un molino de chocolate, un mar-

tillo, un editor, multitud de vecinos y no pocas modistas.

Todos los inquilinos de aquella inmensa casa, y los de las mas próximas tenian constantemente fija su atencion en los balcones del cuarto principal de la casa que hace esquina á la calle del Carbon.

Aquel cuarto habia albergado hacia algun tiempo á una célebre bailarina, la Guy-Stéfany.

Pero la artista se habia marchado al extranjero, y el cuarto habia permanecido desalquilado durante ocho ó diez dias.

Hay que advertir que el propietario de aquella casa era administrador y propietraio de algunas otras de la vecindad, y no perdonaba á los inquilinos el pago de los alquileres, ni le ablandaban los mimos de las inquilinas jóvenes y bellas, ni le asustaban las amenazas de los inquilinos ternes y bigotudos, y era sabido que el que no pagaba á don Quintin, que este era su nombre, el dia primero de mes, tenia que cambiar de domicilio, con cuyo motivo los vecinos se alegraban muchísimo de que el cuarto estuviera desalquilado, porque no le producia renta.

— Todavia está desalquilado el cuarto principal de la esquina, se decian unos á otros.

Y cada cual añadia algun chiste contra la crueldad de D. Quintin.

De pronto, el dia primero de abril observaron con asombro que la señora Gertrudis, la portera, quitaba los papeles.

— Todos los pícaros tienen suerte. Ya está alquilado el cuarto, dijo la primera vecina que lo vió.

— ¿ Quién será el desgraciado que ha caido en las garras de D. Quintin ? preguntó el maestro de coches.

— No lo sé, dijo el quita-manchas, pero yo lo averiguaré. La señora Gertrudis tiene que venir á buscar á mi casa un zagalejo que le he teñido de negro, y le haré que desembuche.

La señora Gertrudis fué en efecto á la tintorería, y la tintorera :

— ¿ Conque ya se ha alquilado el cuarto ? le preguntó.

— Así parece.

— ¿ Y quién ha ido á vivir á él ?

— Lo ignoro.

— Por supuesto...

— Lo que Vd. oye, señora.

— Vamos, no diga Vd. esas cosas, que á estas horas sabrá Vd. ya los nombres y apellidos de todos los vecinos, la cantidad y calidad de los muebles que han de traer y hasta las monedas que poseen y las trampas que han hecho en toda su vida.

— Cierto que eso me pasa con los demás vecinos, pero esta vez estoy á oscuras.

— ¿ De veras ?

— Sí, señora, con harto sentimiento mio; pero, ¡ qué le hemos de hacer ! D. Quintin tiene un genio...

— Pero, bien habrá ido á ver la casa el que la ha tomado.

— ¡ Cá ! no, señora ; esta mañana muy temprano se presentó D. Quintin :

« A ver, quite Vd. los papeles del cuarto principal, me dijo, límpielo Vd. muy bien y cuidado con curiosear. »

He quitado los papeles, he barrido el cuarto, lo he puesto como un ascua de oro, porque, eso sí, tengo unas manos... y no es que yo lo diga, ahí están todos los del barrio que me conocen.,. pero vamos al decir ; en esto se presentan cuatro mozos con un cajon muy grande y D. Quintin delante de ellos.

— « ¿ Qué traen aquí ? pregunté yo.

— « Lo que á Vd. no le importa.

Y, dirigiéndose á los mozos, les guió al piso principal.

— « Si sirvo para algo... añadí.

— « Para nada ; quédese Vd. en la portería, contestó D. Quintin.

Subieron los mozos, bajaron poco despues, oí dar algunos martillazos, y á poco bajó D. Quintin.

— « Hasta mañana y ¡ chiton !

Estas fueron sus palabras. »

— ¿ Sabe Vd. que todo eso es muy estraño? dijo la tintorera.

— Y tan estraño : figúrese Vd., no tener confianza en mí, despues de hacer diez años que estoy en la casa y de haberme portado como todo el mundo sabe. Y no me han faltado ocasiones, no, señora... si yo hubiera sido entrometida, y chismosa, y parlanchina, mas de cuatro cosas he visto que... pero yo ¡ Dios me libre ! á mi trabajo, y allá que se las campaneen los vecinos.

La señora Gertrudis se propinó algunos elogios mas, lo cual nada tiene de estraño en el siglo del bombo, y, cogiendo su zagalejo, se volvió á su portería.

La vecindad no tardó en saber lo que habia pasado en el cuarto principal, y desde aquel momento los comentarios, las conjeturas, fueron la conversacion fovorita de los habitantes de aquella parte de Madrid, á los que mas que otro lazo, habia unido la antipatía que profesaban á don Quintin.

— Capaz es ese hombre de cualquier cosa, decia uno.

— ¿ Qué es lo que habrá llevado en el cajon ? decia otro.

Y, partiendo de estas preguntas, llegaron hasta afirmar que se proponia establecer allí una casa de juego, ó que cuando menos iba á tramarse allí una conspiracion.

Al dia siguiente, á cosa de las doce, se paró un carruaje delante de la puerta de la casa.

Las cortinillas, completamente corridas, ocultaban á la persona que habia dentro del vehículo.

El carruaje no era de alquiler.

El lacayo y el cochero llevaban una librea elegante, pero poco conocida.

El carruaje tenia en las portezuelas su correspondiente escudo.

El primero que se apeó fué D. Quintin, el cual mandó á la señora Gertrudis que cerrara la puerta de su chiribitil y que no mirara por el agujero de la cerradura.

Poco despues dos hombres, que parecian criados, bajaron en brazos un bulto que no podia distinguirse bien si era de hombre ó de mujer, porque iba envuelto en una capa, y el rostro cubierto con un velo muy espeso.

Subieron con aquella carga al cuarto principal; uno de los dos que la habian conducido bajó, tomó

del carruaje una gran canastilla, volvió á subir con ella, y partió el carruaje.

Los balcones de la casa se cerraron herméticamente.

D. Quintin bajó con uno de los criados, llamó á la señora Gertrudis y le dijo :

— Cuidadito conmigo; es necesario que nadie sepa lo que aquí pasa. Si se averigua, la pongo á Vd. de patitas en la calle; y si no se averigua, á fin de mes hablaremos.

La portera hizo infinitas genuflexiones y no menos ademanes, de que seria callada. Pero no pudo resistir á la tentacion de hablar; en secreto confió lo que habia observado á la criada del piso segundo, esta se lo contó en secreto á su ama, su ama fué de visita á la casa de enfrente y lo contó en secreto tambien, y en secreto se lo contaron unos á otros todos los vecinos de aquel trozo de la calle del Desengaño.

La curiosidad se apoderó de todos los corazones.

El zapatero, el sastre, la modista, el montañés de la tienda de comestibles, los oficiales y el maestro del taller de coches, los actores del teatro de Lope de Vega, los fabricantes de chocolates, el dueño del café, el del martillo; pero, ¿ qué mas ? hasta el editor ; todos se preocupaban de aquel suceso estraordinario, y si se hubieran conocido por entonces las

novelas de á cuarto la entrega, es seguro que el editor, llamando á un novelista melenudo, me arrebata el placer de referir á mis lectores lo que allí sucedió.

Doscientos ojos estaban fijos dia y noche en aquel cuarto principal.

Pero ni las maderas, ni los cristales se abrian, ni D. Quintin volvía por allí, ni el criado subia ni bajaba.

¿ Qué era aquello ?

¿ Era el resultado de un crímen ?

¿ Eran los preparativos de un delito ?

De ninguna manera.

D. Quintin habia ido el primer dia poco despues de haber dejado allí el objeto que habian conducido los dos criados, con un inspector de policía, la señora le habia visto subir con él, bajar con él, y marcharse departiendo amigablemente.

¿ Qué era aquello ?

Una jóven que habitaba en el piso segundo de la casa que estaba enfrente del cuarto principal misterioso, que hacia tambien esquina á la calle del Carbon, solia hablar con su novio á las altas horas de la noche, previo el permiso del sereno ; y una de ellas, á cosa de la una, oyó de pronto los sonidos de un piano en el piso principal objeto de todas las conversaciones.

La jóven, que quizás por no ser de Valladolid era filarmónica, recordó que los sonidos que producia el piano eran ni mas ni menos que los de un famoso baile muy en boga en los teatros : el baile inglés.

Tuvo grandes deseos de comunicar este descubrimiento á su familia; pero como su familia ignoraba que hablaba con su novio á las altas horas de la noche, se veia en la dura alternativa de tener que confesar que salia al balcon, ó callar el descubrimiento que habia hecho.

Colocad á una mujer en esta situacion, y de seguro que no sacrificará lo segundo y lo primero.

Es probable que la jóven del cuarto segundo hallase un medio de comunicar á sus padres el descubrimiento que habia hecho sin revelarles su pecadillo, puesto que pudo continuar hablando con su novio y enterar á todos los vecinos, que dormian á pierna suelta mientras ella hablaba, de que á las altas horas de la noche resonaba en el cuarto principal misterioso la misma música.

Si estaban ó no preocupados los habitantes de la calle del Desengaño, pueden imaginarlo mis lectores con solo figurarse que tienen en su vecindad un cuarto principal por el estilo de aquel.

Las dudas se aumentaron.

Los comentarios prosiguieron, y habia avaro en

la vecindad que hubiera dado una peseta por encontrar la clave del enigma.

Trascurrieron quince ó diez y seis dias, y una mañana, á cosa de las doce, vieron á un mismo tiempo pararse un coche delante de la casa del cuarto principal misterioso las personas siguientes:

Roque Berlanga, maestro de obra prima, ex-miliciano nacional, suscritor á *Las Novedades* de aquel tiempo, é individuo de la muy noble sociedad de veteranos nacionales.

Casilda Sampelayo, jóven de veintidos abriles, frescota, guapa, algo coqueta y planchadora de oficio que habitaba en uno de los cuartos entresuelos del ex-convento de los Basilios.

Doña Mercedes Soria, esposa de D. Melquiades Vasconcellos.

Martina, su criada, jóven alcarreña de las que cantan con preferencia aquella célebre habanera:

« *¡ Ay ! que me gusta el ros de ese militar.* »

Estéban Menendez, jóven mancebo de una tienda de ultramarinos.

La marquesa de Valle-Oscuro, que estaba asomada detrás de la vidriera de su balcon, y algunos individuos mas que acaso conoceremos á su tiempo.

Todas estas personas fijaron sus miradas en el carruaje, y deseosas de observar lo que iba á suce-

der allí, abandonaron las ocupaciones á que estaban entregadas.

El zapatero estaba de muy mal humor, acabando unas botas de charol para un letrado, que las aguardaba con urgencia.

Al ver el carruaje soltó el tirapié y se salió á la puerta.

El tendero de ultramarinos :

— Baje Vd., prenda, dijo á Casilda la planchadora, que estaba en el balcon; baje Vd. y desde aquí veremos lo que sucede.

Casilda dirigió una mirada *capellanesca* al mancebo, y no tardó en bajar á la tienda.

Doña Mercedes estaba asomada al balcon para cerciorarse de si iba por ella un jóven que paseaba muy á menudo la calle.

Al ver el coche llamó á Martina, que á la sazon se empleaba en la interesante faena de espumar el puchero.

La marquesa acababa de dar una disposicion que la habia puesto muy contenta.

Habia mandado á su administrador á casa de Samper por un aderezo que una íntima amiga suya y rival deseaba lucir aquella noche en un baile, le habia encargado que fuese muy de prisa, y se asomó á la vidriera para ver á su servidor cumplir su órden con exactitud.

Corrió la voz de lo que pasaba, y pocos fueron los vecinos que, en una actitud ó en otra, no fijaron sus miradas en el coche.

Lo que ocurrió fué obra de un MINUTO.

La portezuela del carruaje se abrió, un bulto negro penetró en él acompañado de dos hombres.

El cochero empuñó la fusta, y el carruaje partió como una exhalacion.

Aun no habia terminado el minuto, cuando se abrieron los balcones y apareció en uno de ellos la figura de D. Quintin.

— Pues nos hemos quedado lucidos, dijeron todos.

Y acto continuo tuvieron lugar las siguientes conversaciones, que por su trascendencia voy á copiar en capítulo aparte.

II

Conversaciones.

— Sr. Roque, nos han dejado con un palmo de narices, dijo un carbonero de la próxima calle del Carbon al maestro de obra prima.

— ¡Vaya una broma! contestó el ex-miliciano. Si lo sé no me levanto.

— Y de que aquí hay intríngulis no tengo duda, añadió el carbonero.

— ¿Qué opina Vd., Sr. José?

— Por fuerza esto se roza con la política.

— Eso es lo que yo digo. ¿Y quiénes serán los que conspiran?

— Desde luego no son de los nuestros.

— ¡Qué han de ser! Nosotros todo lo hacemos á la luz del dia. Y no hay duda, cuando D. Quintin anda en el ajo.....

— Véngase Vd. á beber unos copas á casa de la Colasa.

— Hombre, francamente, no puedo ; estoy muy atareado.

— Lo que no se hace hoy, se hace mañana.

— Es que ya he perdido un buen rato con eso de estarme aquí papando moscas. Hoy es lunes, no ha venido ningun oficial, y D. Diego de Lara, ese abogado célebre, que es mas escrupuloso para calzarse que una señorita, necesita unas botas que le estoy acabando. Ya ve Vd., á las tres tiene que ir á palacio á pedir un indulto á la Reina.

— Unas copas se despachan pronto.

— No me tiente Vd., Sr. José.

— Vamos, Sr. Roque, no se las eche usted de beato. Un traguito á la salud de los nuestros, y vuelve Vd. con mas brio á darle á la lezna.

— Pues si ha de ser, que sea pronto.

— Ea, en marcha.

— ¿Te vas, Roque? gritó la mujer del zapatero.

— Voy á la esquina con el Sr. José.

— Pero, hombre, ¿y esas botas ?

— Mira, mira, ribetea y no te metas en mis asuntos..... Estas mujeres en todo quieren meter la pata.

La maestra se quedó refunfuñando, y el Sr. José, no sin que este indicase á un mozo de la esquina que *echase un ojo* á su carbonería.

— ¿Qué cree Vd. que será eso, Casilda ? decia e

mancebo de la tienda de ultramarinos á la planchadora.

— A juzgar por las señas, un lio.

— Y no de ropa, ¿no es verdad, prenda?

— Por fuerza ese bulto negro que hemos visto meterse en el coche es una mujer. ¿Y sabe Vd. lo que yo pienso? Que es alguna madama de D. Quintin.

— ¡Cá! si es tan feo.....

— Pero es rico.

— Con todo, no creo que haya mujer capaz de enamorarse de él.

— ¿Vd. qué sabe? Hay unas lagartas.....

— Si tiene unos ojos tan hechiceros como usted, Casilda, lo comprendo. Me tiene usted penando.

— ¿Yo? ¡por supuesto! ¡Como si no supiera yo que tambien dice Vd. esas cosas á la doncella del general de la calle del Barco!

— Esa es una calumnia.

— Y ella le hace á Vd. caso, porque sabe que está Vd. á medias con su amo.

— Es verdad; pero créame Vd., Casilda, si Vd. quiere que hablemos, vaya Vd. el domingo por la tarde al *Ariel;* allí estaré, porque ya sabe Vd. que yo soy de la junta directiva, y hemos dispuesto un baile con farolillos de colores, que tendrá que ver.

Nos reuniremos, y..... ¡qué diablo! ¡si al fin y al cabo me ha de querer Vd.!....

— Vamos, vamos, me voy á planchar, que tengo unas camisas mas enrevesadas...

— ¿Me compra Vd. un décimo de la lotería? *miste* que le va á tocar, dijo un chico, acercándose al mancebo y á la planchadora.

— No quiero.

— Mire Vd. que le toca, es el de la suerte.

— Sí, sí, buena suerte tengo yo.

— Ande Vd.; eche Vd., que le va á caer.

— ¿Porqué no echa Vd., Estéban?

— Yo tengo medio décimo con mi amo.

— Echen Vds., y si les toca se casan, dijo el gatera.

— Anda, véte, chiquillo, ¿tú qué sabes?

— Pues mire Vd., voy á echar, dijo Casilda, en quien la palabra casamiento habia producido un gran efecto; ven conmigo y te daré los doce reales.

— ¡Estéban, Estéban! gritó el tendero; ¿estamos á despachar ó á charlar? Hace media hora que tienes aquí á una parroquiana aguardando á que midas una panilla de aceite.

La planchadora se dirigió á su cuarto, y el mancebo, refunfuñando, entró en la tienda descargando su mal humor sobre la pobre parroquiana, esto es,

quitando la medida de la aceitera antes de que acabase de escurrir, como deseaba la compradora.

— ¿Pero qué diablos tendrá que ver D. Quintin con las personas que han venido á la casa estos dias? decia doña Mercedes á Martina.

— ¿Quiere Vd. que baje á preguntárselo á la portera?

— Bien, vé, pero vuelve en seguida. ¡Ah! Te advierto, que si ese jóven pisaverde se acerca á tí para entregarte alguna carta, le dices que soy casada y fiel á mi marido.

— ¡Pues ya lo creo que será Vd. fiel!

Y cuando bajaba por la escalera:

— ¡Con cincuenta años á la cola y la dentadura postiza, y todavía cree que la hacen el amor!

No hay para que decir que Martina volvió media hora despues, diciendo que no habia logrado averiguar nada.

La verdad era que no lo habia preguntado, que se habia encontrado en la escalera al asistente de un oficial de caballería que vivia en el piso tercero, habian salido paisanos y habian estado hablando de su tierra.

La marquesa no pudo hablar con nadie porque no tenia interlocutor; pero habló sola.

Lo que quiere decir que, á pesar del mal humor que tenia, al ver que el mayordomo se detenia de-

lante del martillo, y á pesar de la prisa que le habia dado su ama, discutia tranquilamente con los criados, sin duda alguna acerca del suceso que llamaba la atencion de todos.

— Ya verá Vd., ya verá Vd., — se decia la marquesa, — cómo la generala se me va á anticipar, y voy á quedarme sin aderezo, todo por ese posma.

Mientras que todas las miradas se habian fijado en el carruaje que se habia detenido delante de la casa del cuarto principal y posteriormente los vecinos habian conversado sobre el asunto, un jóven, el que preocupaba tanto á doña Mercedes, habia entrado en un portal, habia subido algunos escalones, en el momento de llegar él se habia descorrido un ventanillo y una mano blanca como la nieve puso en las suyas un papel perfumado.

— ¿Hablamos un instante? — dijo el jóven.

— No, Jorge, no, es imposible; mi mamá puede sorprendernos.

— La he visto asomada al balcon detrás de las vidrieras y está muy preocupada.

— Sí; pero D. Onofre, el mayordomo, puede venir.....

— Ha salido hace poco, no me ha visto y se ha parado en el martillo. Tiene para buen rato.

— Bien; pero la portera....

— La portera no está.

— Es una imprudencia de tu parte.

— ¡Oh! no lo creas; te amo tanto, Hortensia mia.....

— Véte, ya te digo en esa carta todo cuanto puedes desear.

— Es que deseo algo mas que la carta.

— Mi amor es tuyo.

— Tu amor y tu mano; sí, es necesario que tú seas mi esposa.

— Lo seré, te lo juro.

No bien habia pronunciado estas palabras la jóven, cuando una mano inesperada levantó el picaporte de su puerta, y colocándose de manera que pudieran verla al mismo tiempo la jóven que estaba dentro y el jóven que estaba fuera:

— ¡Esto es una iniquidad!

— ¡Mi mamá! gritó Hortensia.

Jorge apretó á correr.

Pero al bajar los escalones tropezó con un bulto. Era tal la violencia de su marcha, que su cuerpo tuvo doble fuerza que el que subia, y, arrojándole al suelo, le hizo bajar los escalones de una manera dolorosa.

— ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... gritó el infeliz.

— ¡D. Onofre! ¡D. Onofre! esclamó la señora que acababa de abrir la puerta.

D. Onofre no respondió.

— ¡Desventurada! ¿ves lo que has hecho? dijo aquella señora á su hija.

Y corriendo al balcon para que detuvieran al seductor, llegó precisamente en el momento que aquel volvia la esquina de la calle.

Hortensia se habia refugiado en su cuarto.

La portera acudió en socorro de D. Onofre, que no era ótro que el mayordomo de la marquesa, la cual, al verle hablar tan despacio con los mozos del martillo, habia abierto el balcon, le habia llamado y le habia mandado que subiera para echarle una buena reprimenda.

Al acercarse á la puerta formulando el sermon que pensaba adjudicarle, halló á su hija en sabrosa plática con su amante.

Su desesperacion fué inmensa.

Lo que menos le importaba era la caida del mayordomo.

Pero aquel percance le hacia perder tiempo, y poniéndose el sombrero, sin cuidarse para nada del magullado mayordomo ni de su desobediente hija, salió á la calle, cruzó la del Carbon y por la de la Salud se dirigió á casa de Samper.

La pobre niña fué sorprendida *infraganti*.

— Tendré valor para soportar sus iras, se dijo; pero seré esposa de Jorge; se lo he jurado; el mi-

nuto en que nos hemos visto me ha decidido para siempre.

Ahí tienen Vds. un minuto que va á darnos que hacer un rato á todos.

III

El alcohol.

— Mire Vd., Sr. José, decia en la taberna de la Colasa Roque Berlanga al carbonero su compañero, yo soy muy liberal, porque lo he mamado. Aquí, donde Vd me ve, yo tenia siete años cuando ahorcaron á Riego; mi madre, la señá Engracia, que en paz descanse, me llevó á verle.

— « Toma, me dijo, dándome un bofeton, toma para que te acuerdes y no perdones á los pícaros realistas lo que han hecho á ese infeliz. »

Y mire Vd. lo que es, desde entonces no los he podido tragar. Otro gallo me cantara si hubiera transigido, porque desde que me dediqué á la carrera de zapatero, he tenido ocasion de calzar á muchos moderados, y en cuanto yo sabia su opinion política, ó les hacia las botas muy estrechas para que rabiaran, ó no se las hacia.

— Vamos, tio Roque, que no lo hacia Vd. por eso; Vd. llegó á saber los puntos que calzaban y..... ¡Vaya una copa á la salud de los nuestros!

— Lo que es á eso no me niego; aunque, á decir verdad, tengo que acabar estas botas.

— ¡Pero hombre, un lunes trabajar!

— No es por mi gusto; pero el señor de Lara es de los nuestros, y.....

— ¡Vaya una copa á la salud del señor de Lara!

— Sr. José, Vd. me quiere perder.

— Francamente, es que me ha tocado un ambo á la lotería, y ya sabe Vd. que yo soy así, rumbon.

— No se le conoce á Vd. que es gallego.

— Asturiano, querrá Vd. decir.

— Allá se van.

— Sí, á las manos.

— Maestro, maestro, entró gritando un chico.

— ¿Qué es lo que quiere ese bruto?

— Que ha mandado un recado el señor de Lara pidiendo las botas.

— Díle que yo se las llevaré.

— Es que la maestra me ha dicho que vaya Vd.

— Díle á la maestra que no se meta en la renta del escusado.

— No, no, es que me ha dicho que no me vaya sin Vd.

— ¿Sí? pues ahora me da la real gana de quedarme aquí.

— Bueno, yo.....

— Anda, animal; corre á llevar el recado y díle á mi parienta que yo por buenas soy un borrego, pero que por malas.....

— Así me gusta, Sr. Roque; que se las tenga Vd. tiesas.

— Pues es claro; ¿que se ha figurado ella, que me va á meter en un puño?

— Vamos, que ya sabemos que está usted muerto por sus pedazos..... otro traguito á su salud, que ya me voy poniendo alegre.

Los dos apuraron el quinto vaso, y en esto resonó en la calle una gaita que duplicó la alegría del Sr. José.

— Eso, eso, venga de ahí, dijo saliendo á la puerta de la taberna y poniéndose á bailar como un desesperado.

La broma comenzó, y el Sr. Roque, que estaba ya algo alumbrado, cantó y bailó con una perfeccion gallega.

Su mujer le sorprendió en aquellos pasos, y, cogiéndole del chaqueton.....

— Anda, arrastrao, anda á casa, que vas á matarme á pesadumbres; ¿te has olvidado de que están las botas allí muertas de risa?

— ¿Sí? dijo el Sr. Roque dirigiéndole una mirada vaga.

Y tambaleándose añadió :

— ¿Se mueren de risa? pues que las entierren, y á tí tambien.

— ¿Has bebido, tunante?

— Yo no he bebido..... es mentira... que lo diga el Sr. José.

El Sr. José se acercó á la maestra, y para atestiguar lo que decia el zapatero hasta quiso abrazarla.

En resúmen : la pobre mujer tuvo que llevarse á su marido, el cual estaba, mas que para darle á la lezna, para tenderse á la larga y dormir la turac.

En esto llegó un nuevo recado del señor de Lara.

— ¿Y esas botas?

— Aun faltan diez minutos.

— Pero, por Dios, señora, mire Vd. que mi amo está impaciente. Ya se ha vestido, y...

— Diga Vd. que las lleva en seguida el aprendiz.

— ¿Pero qué les falta?

— Darles unto.

— ¿Pues no son de charol?

— Falta darles un poco de cera en la suela.

— ¿Para que se resbale mi amo y se caiga?

— En fin, no sé lo que les falta; pero están acabándolas. Diga Vd. que van en seguida.

Y la pobre mujer :

— ¿Qué hacer, Dios mio, esclamó, qué hacer? Voy á una zapatería á ver si tienen botas de la misma medida, porque ese hombre, ese hombre...

Y se puso la mantilla y á todo escape recorrió varias tiendas infructuosamente.

Entretanto D. Diego de Lara, que tenia el mayor interés en asistir á la audiencia que le habia concedido S. M. para impetrar el perdon de un reo á quien defendia, se impacientaba, y no pudiendo resistir mas, con zapatillas salió á la calle, aguardó á que pasara un coche, se metió en él y llegó en un momento á casa de su zapatero.

La maestra acababa de llegar.

El abogado estaba de lo mas pintoresco que puede darse : frac negro, chaleco idem, corbata blanca y zapatillas de alfombra.

— Vamos á ver, ¿están ya esas botas? dijo entrando.

— ¡Ay! no, señor, esclamó la maestra.

— ¿Que no están?

— No, señor.

— ¿Pero Vd. ignora que las necesito?

— No, señor.

— ¿En dónde está su marido de Vd.?

— No me hable Vd. de él.

— ¿Pues no he de hablarle? Es preciso que venga y me diga porqué ha faltado á su palabra,

— Todo lo que Vd, quiera, pero no hay botas.

— ¿Conque es decir que ahora, cuando solo faltan unos pocos minutos para la hora de la audiencia, cuando ya he despedido el coche, no tengo mas remedio que irme en zapatillas de tienda en tienda buscando unas botas? Esto no puede quedar así. Es una infamia y me la pagarán ustedes.

— ¡Por amor de Dios!..... No ha sido posible, crea Vd.....

— Lo que yo sé es que su marido de usted es un trapalon y me las pagará.

— Oiga Vd., á mi marido no se le trata de ese modo.

— A su marido y á Vd..... son ustedes unos canallas.

No bien habia pronunciado estas palabras, cuando se presentó el Sr. Roque con una silla enarbolada.

— ¡Canallas, dijo, canallas! Porque yo esté un poco bebido. ¿va Vd. á tratar mal á mi mujer?

Y sin decir mas, descargó un silletazo sobre su cliente.

Este, que estaba cerca de la puerta, no encontró mas recurso para librarse del golpe que abrir la vidriera, razon por la cual la silla cayó sobre los cristales, haciéndolos mil pedazos.

Esto detuvo á los transeuntes y exacerbó al zapa-

tero, porque, á pesar del estado en que se hallaba, comprendió que aquel golpe le iba á costar caro.

Corrió detrás del abogado, y este, que al salir se habia resbalado, cayó en el suelo, haciéndose un chichon considerable, y dió lugar á que cayera el Sr. Roque, tropezando con él.

La policía tardó algun tiempo en llegar.

Esto no sucede siempre, pero entonces sucedió.

El resultado fué que el Sr. de Lara tuvo necesidad de aguardar un cuarto de hora mientras que le vendaban la frente y le buscaban un coche para llevarle á su casa.

El Sr. Roque fué conducido á la prevencion; pero de todos modos, el resultado fué que el abogado se quedó sin botas, ganó un chichon, se estropeó el frac y los pantalones y le fué de todo punto imposible asistir á la audiencia.

Todavía no terminan aquí para estas dos personas las consecuencias de un minuto perdido.

A su tiempo volveremos á verlos.

IV

Efectos de una H.

Doña Mercedes estaba preocupada por el suceso que habia llamado la atencion de todos los vecinos de la calle, y al mismo tiempo por los paseos que enfrente de sus balcones habia dado el amante de Hortensia.

Queriendo ocultar á los ojos de los vecinos que paseaba la calle á la linda marquesita, hacia de cuando en cuando telégrafos á doña Mercedes, y esta estaba en áscuas porque le parecia el jóven muy atrevido y no sabia qué partido tomar si por acaso llevaba su atrevimiento hasta el punto de confiarla en una carta la pasion que sentia.

Un fuerte campanillazo vino á sacarla de su preocupacion.

— Abre, Martina, dijo, que debe ser mi esposo.

— Y tanto como es. Llama con un imperio...

Un minuto despues, entró D. Melquiades gritando :

— ¡ A ver, la sopa, pronto !

— Voy á poner la mesa, dijo la criada.

— ¿ Todavía no está pucsta ?

— No, señor.

— ¡ Vaya una cachaza que tienes !

— Si acaban de dar las cuatro...

— Son las cuatro y uno ; pero está visto, nunca han de estar las cosas á punto.

— Ten paciencia, hombre.

— ¿ Qué paciencia ni qué ocho cuartos? Esto es un desórden, aquí nadie anda derecho. Si tú fueras mujer de tu casa...

— Veo que vienes de mal humor.

— Me sobran motivos.

— ¿ Qué sucede ?

— Nada, tengo el jefe mas bárbaro que hay en las oficinas del Estado.

— ¿ D. Meliton ?

— Un bruto ; es hermano del ama de cria de un hijo del ministro, y me lo ha hecho jefe de seccion. Así es que no sabe dónde tiene su mano derecha. Se ha empeñado en quc *haber* se escribe sin h.

— ¿ Y á tí, qué más te dá? ¿No es tu jefe? Quita todas las hh que te mande.

— ¿Y la gramática? De algo me ha de servir ser hombre de carrera.

— De mucho te sirve la tuya.

— Sí, señora; soy abogado.

— Si no hubiera sido por el empleo, te moririas de hambre con tu título y todo.

— Porque todo anda mal. Pero yo se las he tenido tiesas á D. Meliton, he mandado traer el Diccionario y le he aplastado; que se ande en chiquitas conmigo... Pero, muchacha, esa sopa...

— Ya voy, señor, ya voy.

— ¿Y tú te estás con ese calma?

— ¿Y qué he de hacer?

— Lo que hace una mujer de gobierno; entrar en la cocina.

— Vamos, no vuelvas á las andadas.

— La sopa está en la mesa, dijo Martina entrando.

— Me alegro, tengo apetito... Ya se ve, como que estoy con el chocolate desde las ocho.

Los dos esposos pasaron al comedor, y D. Melquiades, al tomar la primera cucharada :

— ¡Uf! esclamó dejando caer la cuchara con estrépito; esta sopa está ahumada.

— No, hombre, no.

— Te digo que está ahumada, no se puede comer. Venga el cocido, pronto.

El cocido estaba quemado.

— Vamos, es imposible comer en esta casa, dijo D. Melquiades. Si no estuviéramos á 28 me iba á la fonda y te dejaba.

— Pero, mujer, esclamó doña Mercedes encarándose con la criada; ¿te parece decente presentar una comida como esta?

— Toma, señora, yo no tengo la culpa.

— ¿Cómo que no la tienes, descarada?

— Eché mucho carbon...

— Eso es, mucho carbon; como no te cuesta el dinero... Pero no tienes tú la culpa, sino tu ama, que no tiene gobierno y está siempre al balcon.

— Mira, Melquiades, tengamos la fiesta en paz. Ya sabes que yo soy de muy buena familia, y que una de las cosas que te dije al casarnos fué que no habia de estar hecha una esclava.

— Mas te valiera haberme traido dote.

— Lo que estás dicendo es una picardía.

— Razon me sobra. Venga aquí todo el mundo á ver si es justo que un hombre que ha pasado cinco horas trabajando y que viene hambriento á su casa se encuentre con una sopa ahumada, con un cocido quemado y sin mas recurso para apagar el apetito que un trozo de queso bastante duro y un pedazo de pan.

— Fria Vd. un par de huevos al señorito.

— Es el caso que no los hay.

— Pues vaya Vd. á la tienda en seguida.

— No, no; que no baje. Ahora mismo me voy de casa.

— Haz lo que quieras.

— Es que puede ser que no vuelva.

— Tanto mejor.

— ¿Lo dices de veras?

— Ya se ve que lo digo. ¿Es justo tratar á una mujer como tú me tratas?

— ¿Y es justo tener á dieta á un hombre?

— Yo no tengo la culpa.

— Tú la tienes, porque no vigilas á la criada.

— Es una torpe.

— Pues échala de casa.

— Ya se ve que la echaré.

— Y te sucederá lo mismo que te sucede siempre. Se marchará esta y vendrá otra peor. El amo hace al criado.

— Te ruego que no me vengas con indirectas.

— Ea, ya estoy cargado; si no mudas de vida nos separamos.

— Haga Vd. lo que quiera, esclamó doña Mercedes marchándose del comedor y dirigiéndose a gabinete, donde se puso á llorar.

En medio de los sollozos:

— ¡Vaya una comida que me da mi marido! esclamaba.

D. Melquiades se paseaba de un lado á otro.

— Y lo peor es que no viene la criada, decia.

Martina no volvia porque se habia encontrado en la escalera al asistente y le estaba contando todo lo que pasaba en su casa.

Al fin y al cabo llegó.

— Aquí están los huevos, dijo.

— ¿Sí, eh? dijo D. Melquiades cogiéndolos de encima de la mesa; toma los huevos.

Y se los tiró á la cara.

— Esto es una picardía, comenzó á gritar la criada.

— Picardía ó no, vas á coger tu ropa y á marcharte.

— Tiene Vd. que tenerme cuatro dias, segun la ley.

— La ley y tú os vais á paseo.

— Y, además, yo no puedo marcharme si no me paga Vd. los dos meses que me debe.

— Véte ahora, y ven mañana á cobrar.

— No, señor; ¡pues no faltaba mas!

— Te digo que no duermes esta noche en casa.

— ¡Eso es una crueldad! dijo llorando la criada. Yo que les habia tomado á ustedes tanta ley, echarme, ¿y todo porqué? Por una falta que no es mia;

prque quiero decirle á Vd. la verdad, señor. No pensaba decírselo, porque no me gusta meter cizaña en los matrimonios; pero la verdad es que quien ha tenido la culpa ha sido la señora.

— Ya lo sabia yo.

— Vd. ha dicho bien cuando ha dicho que se está todo el dia en el balcon; pero no sabe Vd. de la misa la media. Yo podria contar mucho.

— ¿Qué podrias contar? Habla, infame.

— Pues bien, sí; voy á decirle á Vd. la verdad. Yo estaba, como siempre, al lado de los pucheros, cuando me llamó la señora para que viera lo que pasaba en la calle.

— ¿Y qué es lo que pasaba?

— Nada, que se habian abierto los balcones del cuarto principal de la esquina, y habian sacado un bulto. Todos los vecinos miraban; y entonces la señora me dijo que fuera á averiguar lo que era, y añadió... vamos esto no me atrevo á decírselo á usted porque se va Vd. á poner furioso.

— Habla, serpiente, habla.

— Pues bien, señor; hay un jóven que se está paseando la calle todos los dias, y ella sin duda quiere entenderse con él.

— « Averigua lo que pasa, me dijo la señora, y si ese jóven quiere darte una carta para mí... »

— Qué... habla.

— Vamos, no; no se lo digo á Vd.

— Te mando que hables.

— Aunque me mate Vd. no lo digo.

— Bien está; yo sabré lo que sucede. ¿Conque es decir, que todas las desventuras que me han pasado hoy han sido ocasionadas por la coquetería de mi cara mitad? Ahora te mando que te quedes.

— No, señor.

— Te mando que te quedes.

— Despues de haberme tirado los huevos á la cara...

— Figúrate que no te los he tirado. Nada, nada, te quedas aquí. Quien va á marcharse es la señora.

Y dirigiéndose al gabinete:

— Doña Mercedes, dijo, cuando yo la pedí á sus padres de Vd. ofreciéndoles hacer su felicidad, me prometió Vd., en secreto primero, y despues en presencia del sacerdote, guardar mi honra, ser fiel y ser sumisa. Ha faltado Vd. á todos sus juramentos; es Vd. una mujer falaz, una ingrata. Mientras que su marido de Vd. estracta espedientes y hace minutas, Vd. vulnera su honra con telégrafos. Podria, autorizado por la ley, aguardar á que las cosas pasaran á mayores, sorprenderla á Vd. con su cómplice y asesinarles á los dos, pero no quiero. A partir de este instante, va Vd. á marcharse de mi

casa, va Vd. á ir al lado de sus padres. Yo le pasaré á Vd. la tercere parte de mi sueldo, y me iré á vivir á una casa de huéspedes.

Apenas oyó esta arenga doña Mercedes abandonó el gabinete, y corriendo á la cocina :

— Vas á morir á mis manos, dijo á la criada, esgrimiendo la badila del fogon, y colocándose en actitud amenazadora en frente de la alcarreña.

— ¿Y yo qué le he hecho á Vd.?

— Tú eres una habladora.

— Acérquese Vd. á mí, y la cruzo la cara, dijo poniéndose en jarras la doméstica.

Doña Mercedes, que estaba furiosa, descargó un badilazo sobre su marido, que se colocó entre las dos para apaciguarlas.

La criada se lanzó á su señora.

La señora la sacudió dos ó tres bofetones.

D. Melquiades, que trataba de separarlas, recibió por dos lados.

A los gritos acudieron algunos vecinos y lograron apaciguar á los contendientes.

D. Melquiades tomó tal sofocon, que fué preciso llamar al médico, el cual dispuso que le hicieran una sangría.

Doña Mercedes tomó un coche y fué á casa de una amiga suya, y escribió á sus padres para anun-

ciarles lo que habia pasado, manifestándoles su resolucion de divorciarse.

Martina, que habia recibido algunos arañazos :

— Yo le prometo que me las pagará, dijo acordándose de su ama.

El minuto habia producido aquella catástrofe en casa del empleado.

No lejos del teatro de aquellos deplorables sucesos, estaba teniendo lugar un fenómeno.

Un tendero de comestibles estaba pensando.

Como esto no es lo general, vamos á ver lo que pensaba.

V

Pensamientos de un tendero de ultramarinos.

Mientras que el amo de Estéban, el jóven tendero á quien hemos visto hablar con Casilda la planchadora, jugaba un mus con otro amigo en la trastienda, y mientras Facundo, el chico recien llegado de la tierra, pintaba sobre el papel de estraza en que envuelven los garbanzos, con la pluma de ave esas figuras que hacen suponer en todos los mancebos jóvenes de las tiendas de ultramarinos futuros Rafaeles, Estéban meditaba de este modo:

— Tengo veintiseis años, y soy natural de la Cabada, en la provincia de Santander. Hace diez años que estoy en la corte, y he logrado ponerme en sociedad con mi principal; soy secretario del *Ariel*, tengo media docena de camisas con cuello alto, una corbata verde y otra encarnada, dos chalecos de cuadros vivos, una cadena de dublé y ya me he hecho un retrato al daguerrotipo.

Todo esto quiere decir que estoy muy avanzado en mi carrera.

La vecina tiene muy buenas manos, plancha con gran primor; y, aunque es muy cierto que al llevar las camisas al marqués de la Espina tarda bastante tiempo en volver á su casa, lo cual deberia darme mala espina, tambien es cierto que su tardanza puede consistir en que el marqués no tenga suelto y mande á su criado á cambiar un billete. De cualquier modo, Casilda es una buena muchacha de veinte á veinticuatro años; bien formada, con ojos negros, muy rasgados, y capaz de dar una docena de chiquillos al hombre mas de bien.

Debe tener ahorros, porque es económica. Por otra parte, la he visto en el Ariel, y lo mismo cuando baila conmigo que cuando baila con otro, lo primero que hace es dar á su pareja el pañuelo para que lo lleve en su mano y no la manche el vestido.

Además es sóbria. Hay muchas jóvenes que en el Ariel, á la seis de la tarde, piden café con media tostada. Ella no toma mas que un chico de naranja y á veces se contenta con un vaso de agua y un panal.

Es arreglada, puesto que todo lo lleva de la tienda y nunca deja á deber un cuarto.

Además. me gusta, y si nos casáramos, podríamos con mi dinero tomar una tiendecita y hacer nuestro avío.

Nada, nada, me decido. Ya sabe que estoy muerto por sus pedazos. Aprovecho la primera ocasion de reñir con el amo, le pido mi dinero, me lo da, tomo una tienda, me caso con Casilda, y durante el dia mientras yo vendo, ella plancha. Es un negocio.

Casilda, mientras tanto, planchaba una camisa, y dejando sin saber lo que hacia la plancha sobre la pechera :

— ¡ Qué bueno fuera, dijo, que me cayera la lotería ! Y no seria muy estraño, porque la manera de que ha venido á mis manos el billete es la mas á propósito para que le caiga á una el premio gordo. Podrian tocarme cinco mil duros. ¡ Caramba, qué bocado ! Lo primero que haria seria tirar las planchas. En seguida buscaria una casita, la amueblaria con lujo, me compraria tres ó cuatro vestidos de seda, un manton de Manila, una pulsera y un reló : un reló sobre todo ; y así compuesta, no seria estraño que encontrase un marido de los mas elegantes, porque me está haciendo falta casarme. Una mujer á mi edad y sola, está siempre en peligro, y, aunque ya tengo atrapado al mancebo de la tienda de comestibles, por si acaso.

¿ A qué huele ? Parece que algo se chamusca. ¡ Ay ! Dios mio, es la camisa..... ¡ Pues no he dejado la plancha ardiendo sobre la pechera !..... ¿Ya

está tostada !..... Y es de D. Homobono, el hombre mas avaro del mundo.....

¡ Me la va á hacer pagar, como hay Dios ! ¡ Ya he ganado mi jornal !

Poco despues oyó dos golpecitos á la puerta de casa.

— ¿ Quién es ?

— Abra Vd. corriendo, soy yo, dijo Estéban.

El mancebo, con la corbata encarnada, uno de los chalecos de cuadros y un gaban, cuyo primer poseedor no habia sido él, se presentó á los ojos de Casilda.

Habia pedido permiso á su principal para hacer una visita, y este se le habia concedido diciéndole que no tardara.

Le habia entrado muy fuerte á Estéban, como suele decirse.

Era muy vehemente en sus pasiones, é iba resuelto á arreglar en cuatro dias su matrimonio, porque profesaba la teoría de que esas cosas no deben pensarse.

— ¿ Qué buen viento le trae á Vd. por aquí ? dijo Casilda.

— ¿ Viento ? dijo el mancebo ; si es viento, lo que puedo decirle á Vd, es que no es viento frio.

— Siéntese Vd., si hay dónde.

— Yo en cualquier parte estoy bien.

— Tengo las sillas ocupadas para poner la tabla.

— Aquí en este baul estoy bien.

— Si estará lleno de polvo.....

— No importa; en remangándome los faldones.....

Así lo hizo.

— ¡ Ay ! vecina, añadió suspirando : ¿ á que no sabe Vd. qué me trae por aquí ?

— Vd. dirá.

— Estoy muy malo.

— ¿ De veras ?

— Muy malito.

— ¿ Cosa de avisar á la parroquia para que repiquen ?

— Para que repiquen no; para que avisen al cura, ya es otra cosa.

— Pues qué, ¿ va Vd. á casarse ?

— Tras de eso vengo.

— Cuénteme Vd., cuénteme Vd.

— Esta tarde, vecina, ha acabado Vd. de robarme el corazon.

— Pues mire Vd. lo que es : no lo he notado.

— Ya están Vds. buenas.

— Pues lo que es Vds.....

— Apenas se fué Vd. me puse á pensar ; á pensar, yo, que no pienso en mi vida.

— ¿ Y qué es lo que ha pensado Vd. ?

— Yo tengo diez mil reales en poder de mi amo, y me he dicho : si se los pido y me los da, con seis ú ocho mil reales hago el traspaso de una tienda modesta, pero para empezar buena es. Con los otros dos mil y un crédito tomo géneros, y si los vendo... Si Vd. quiere vamos á que nos eche el cura la bendicion, se viene Vd. á la tienda, y usted planchando y yo vendiendo, ¿ quién nos tose á nosotros?

— ¿ Pero está Vd. en su juicio?.....

— ¡ Ah ! no, vecina ; Vd. me lo ha quitado. Pero estoy muy resuelto, y tan resuelto, que he venido á decírselo á Vd. Si usted me da un *sí*, esta misma noche voy tarde á casa, me riñe el amo, se las mantengo tiesas, grita, grito mas y al final : « Hágame Vd. la cuenta, » le digo. — Conque de usted depende que sea el mas feliz de los hombres.

— Dice Vd. las cosas así, tan de sopeton, que una no sabe..... porque, en fin..... una está..... ¿ á qué ha de estar una sino á casarse?..... pero, aunque nos conocemos, no es mas que por ser vecinos..... y como no sé qué carácter tendrá Vd.

— Soy una malva.

— Luego, Vd. tampoco me conoce.....

— ¿ Que no la conozco á Vd.?...

— Yo tengo el genio fuerte.

— Tanto mejor ; con eso reñiremos á menudo y

luego haremos las paces. — Conque ¿ qué responde Vd.?

— Yo ni digo que sí, ni digo que no.

— Eso no es decir nada.

— Hay cosas que merecen pensarse. Si se casara una por un mes ó dos, pero casarse para toda la vida..... Quiere decir que puede Vd. darse una vuelta por ahí y le contestaré.

— Hagamos otra cosa.

— ¿ Cuál ?

— Vaya Vd. mañana al Ariel.

— Si Vd. se empeña, aunque á mi no me gusta.....

— Sí, vaya Vd.; yo le subiré billetes.

— Lo menos dos, para que pueda ir con una amiga.

— ¡ Qué ! una docena; ¿ no sabe Vd. que soy secretario ?

— Entonces, bien.

— Allí nos vemos, bailamos, y me dice usted su resolucion.

— Corriente.

— ¿ No me da Vd. un resquicio de esperanza ?

— ¡ Qué vivo de genio es Vd. !...

— Siquiera la mano á cuenta.....

— Eso con mucho gusto. La mano se da á todo el mundo.

El hortera se sintió con vivos deseos de imprimir un ósculo en aquella mano ardorosa por el calor de la plancha. Pero tuvo rubor.

¡ Tambien los horteras se ruborizan !

De todos modos, se dijo Estéban al salir de la casa de Casilda, yo estoy dispuesto á campar por mí respeto, á separarme de mi principal, y esta es la mejor ocasion. Veamos qué hora es.

Sacó una saboneta de plata que habia comprado á un cochero, para que este pagase una multa por haber atropellado á un aguador, y vió que eran las nueve.

— Me daré tono, ya que estoy vestido, dijo.

Y se fué al café de la Perla, donde pidió café con media copa.

— Media copa me parece poco para poder hablar fuerte á mi principal..... Pidamos una entera.

— ¡ Estéban ! dijo un jóven de veinitiseis á veintisiete años, acercándose á la mesa en donde estaba el mancebo.

— ¡ Facundo ! gritó este, ¿ tú por aquí ?

— Ya lo ves, aquí estoy.

— Yo te hacia en la tienda.

— Pues no ; he salido.

— Ya lo veo. ¿ No quieres tomar algo ?

— Hombre, venia á buscar á un amigo que me a citado aquí.

— Pues siéntate, y toma algo.

— He tomado café.

— Echa una copa.

— Hombre, bien, si me convidas, la echo. Así como así hace ya un siglo que no nos vemos.

— ¿ Y cómo es que tú tambien andas suelto á estas horas ?

— Como todas las noches.

— ¿ Pues qué, no estás en la tienda ?

— Hace mas de dos meses que reñí con mi amo.

— ¿ Y qué te haces ?

— Negocio.

— ¿ Y te va bien ?

— Muy bien. Si aquí lo peor que se puede ser es mancebo de una tienda. Trabajo por mi cuenta, y si me sopla la suerte como hasta ahora, antes de cuatro años soy un capitalista. — Mira, llena el platillo, dijo al mozo que á la sazon le servia la copa de ron y marrasquino.

— ¿ Y en qué te ocupas ?

— En un negocio muy lucrativo.

— ¿ Es un secreto ?

— No, hombre, no ; para tí no los tengo. Vendo cigarros á una porcion de parroquianos ricos.

— ¿ Y cómo te las arreglas ?

— ¡ Toma ! Los compro al por mayor á una

persona que los recibe de contrabando y los vendo de *occultis*.

— ¿Y ganas?

— Gano algo, pero lo mejor que tiene el oficio es que los que fuman habano son todos personajes. Estoy tratando con duques y marqueses, con diputados y senadores. Apenas llego á su casa me hacen entrar, me reciben en su gabinete, y á veces en la alcoba, me tratan con familiaridad, y, ya sabes, yo que no soy tonto, me aprovecho. Viene alguno de la tierra y quiere un destinillo: hablo á algun parroquiano, y como los barberos, las bailarinas y las jamonas de buen aspecto, consigo al poco tiempo la credencial. Natural es que al paisano á quien sirvo le aconseje en seguida que compre dos ó tres cajas de cigarros de los mejores, para regalárselos al que le ha servido. Me da su importe, yo le llevo las cajas, me pregunta cuánto son, y, á la verdad, no desperdicio la ocasion, las cobro por los dos lados.

— Ya estás tú buen truhan.

— El caso es que si yo tuviera dinero, podria sacar mejor partido de mi situacion. Precisamente he venido á esperar esta noche á un caballero que quiere darme diez mil reales para ir á medias conmigo en la venta del tabaco.

— ¿Y qué interés se le saca al dinero?

— Un doscientos por ciento al año. Ahí tienes

una bonita ocasion para tí, que tú eres económico y debes haber ahorrado.

— Sí, tengo algun dinero, pero en casa de mi amo.

— Entonces no es posible.

— Es que voy á ver si riño con él esta noche, y si pudieras esperar hasta mañana, porque la verdad es que mas vale andar de aquí para allí todo el dia que pasarse la vida detrás de un mostrador.

— Yo lo creo; y sobre todo hoy que hay que vender tantas cosas al fiado. Lo que podemos hacer es que tú te asocies con nosotros por otros diez mi reales, y emprendamos en mayor escala el negocio.

— Pues cuenta conmigo.

— En ese caso, mañana nos veremos.

— ¿ Dónde ?

— Aquí.

— ¡ Mozo ! dijo Estéban, traiga Vd. otro par de copas.

— Hombre, no, no puedo mas.

— Es para celebrar nuestra entrevista.

— Mira que se me va á subir á la cabeza.

— Yo las pago.

— En ese caso...

Y de un sorbo vaciaron las dos copas.

cosa de las once se separaron, y Estéban fué diciéndose por el camino :

— Pues, señor, esta noche se arma la gorda. El patron estará esperándome con una cara de vinagre que tendrá que ver. Apenas llegue, me reñirá, yo le contestaré, me hablará alto, gritaré mas, como tiene un genio tan fuerte, cogerá una pesa ó una silla para tirármela á la cabeza, yo aprovecharé la ocasion para pedirle el dinero, y mañana soy libre.

Llamó á la puerta y..... pero es ya demasiado tarde para entrar en una casa ajena.

Mas tarde contaré lo que pasó.

VI

Rosa.

Casi al mismo tiempo que llamaba Estéban á la puerta de la tienda, entraba misteriosamente en un calabozo de la cárcel del Saladero una jóven de veinticuatro á veinticinco años, pobremente vestida y enlutada.

Para conocerla necesitamos oir la conversacion que habia precedido al logro de sus deseos.

La jóven habia salido á las nueve del obrador donde trabajaba.

Era modista.

Al llegar á su albergue, que no era ni mas ni menos que un pequeño sotabanco de una casa de la calle de Lavapiés, una anciana, que era su abuela, — la infeliz habia perdido su madre — le habia dicho:

— ¿Sabes, hija mia, que estoy con mucho cuidado?

— ¿ Porqué ?

— El Sr. de Lara no ha venido.

— ¿ Quiere Vd. que vaya á su casa ?

— Bueno seria. Ese pobre infeliz por quien nos interesamos, añadió la anciana procurando disimular su emocion, ha sido, como sabes, condenado á muerte, y aunque el Sr. de Lara, su defensor, cree que alcanzará el indulto de la Reina, lo cierto es que el pobre estará con ansiedad, y yo por mi parte hasta saber el resultado de la audiencia, no estoy tranquila.

— Pero ¿porqué se interesa Vd. tanto por ese pobre acusado?

— En primer lugar, porque mi corazon me dice que es inocente, y despues... Ya sabes, le conocí antes de que ocurriera el crímen que le imputan.

— ¿ Llora Vd., abuela?

— No, no lloro; me da lástima, añadió la anciana haciendo un supremo esfuerzo para contener las lágrimas.

— En fin, por mí no ha de quedar, dijo la jóven.

— Sí, Rosa, sí; yo bien sé que vendrás cansada despues de trabajar todo el dia, pero...

— Y bien, que la maestra no nos quita ojo.

— ¡ Pobre hija mia !

— ¡ Bah! no se apure Vd. por mí. Yo en te-

niendo salud, y á Dios gracias la tengo... Si no se hubiera muerto mi pobre madre, no me faltaria nada para ser feliz.

— Anda, hija mia, cena y vé despues á casa del Sr. de Lara.

Sin quitarse el manto y de pié, comió un poco de carne fiambre que habia guardado para merendar y unas cuantas hojas de ensalada, y despidiéndose de su abuela :

— Si tardo no tenga Vd. cuidado por mí.

Habia concebido un plan, y estaba resuelta á realizarle.

Con la mano en el picaporte para abrir la puerta,

— ¿ Ha venido Jorge? preguntó.

— Sí, pero ha vuelto á marcharse.

— ¿ Sabe Vd. si va de baile esta noche ?

— No ha pedido camisa limpia.

— Si acaso viniera y la pidiese, en el cajon de abajo de la cómoda...

— ¡ Cuánto le cuidas ! dijo la anciana fingiendo una sonrisa cariñosa.

— Le quiero como si fuera hermano mio.

— No es estraño, os habeis criado juntos.

— Y eso que él no me hace caso, dijo la jóven quedándose un momento pensativa.

Pero dominándose :

— ¡ Bah ! añadió ; yo soy una pobre modista y

él ha estudiado una carrera. — Hasta luego, abuela; que no esté Vd. con cuidado.

Rosa bajó las escaleras precipitadamente y fué pensando por el camino :

— Cualquiera que me vea andar á estas horas por las calles de Madrid pensará que soy una modista alegre de cascos. ¡ Cómo engañan las apariencias!... Muchos creerán que voy á alguna cita, y, sin embargo, voy á casa de un abogado á preguntar si ha conseguido del corazon de una Reina el perdon para un reo á quien las apariencias tambien condenan, pero que, segun mi abuela y segun el Sr. de Lara, es inocente.

Llegó al portal, y, cruzando calles, continuó meditando de este modo :

— ¡ Suceden unas cosas!... No me puedo olvidar de aquel dia en que llegó á casa ese infeliz á quien han condenado á muerte. No estaba mi madre; pero mi abuela le recibió, y al verle le dió un abrazo muy apretado... Hace año y medio de esto. Yo me tuve que ir al obrador, y los dejé solos. Al volver encontré á mi madre alborozada.

— « Te preparo una gran sorpresa, » me dijo.

Y yo, despues de darla un beso, me fuí á acostar esperando la sorpresa que me habia prometido para el dia siguiente.

Al despertar me encontré sola,

Poco despues llegó mi madre, y al verla me asusté.

Sus ojos estaban escaldados: habia llorado mucho.

Aquel dia cayó en cama para no levantarse.

La sorpresa fué su muerte.

¡Pobre madre mia! ¡Tan buena, tan santa!... ¿Quién sino ella, habiendo perdido á su esposo antes de que yo naciera, habria hecho los sacrificios que hizo por mí?

Este recuerdo hizo asomar á los ojos de la jóven lágrimas de esas que brotan del corazon para desahogarle.

— Yo no volví á acordarme del desconocido, hasta un dia en que pregunté por él á mi abuela.

— «Es un desgraciado, me dijo. Fué antiguo amigo de tu padre, le complicaron en una causa, fué preso, logró escaparse y al volver hace poco, no faltó quien le reconociera y le delatara, y hoy está en el Saladero.»

Sin saber porqué, le tomé un afecto... Dos ó tres veces he ido á verle con mi abuela... Aquella cara no es la de un criminal; si no, me hubiera horrorizado al verle.

Mudando de idea con esa volubilidad propia de la juventud:

— ¡Caramba! dijo; ¡qué lejos está la casa del

abogado ! En otro tiempo me hubiera acompañado Jorge, pero desde que se ha hecho señorito... Él, ya se ve, tiene ambicion, vive en otra esfera... Por la noche se digna dormir en nuestra choza... ¡Es un ingrato !... Pero le quiero mucho... mas que á un hermano, sí; algo mas, mucho mas...

Y haciendo un movimiento de cabeza como quien quiere desechar una idea :

— ¡Gracias á Dios que he llegado! se dijo.

Al entrar por una puerta :

— ¿ A dónde va Vd. tan de prisa, Rosa? le dijo un jóven que estaba en el dintel.

¡ Ah ! ¿ es Vd.?

— Para lo que Vd. guste mandar.

— Venia á ver á D. Diego.

— Lo que es ahora no le puede Vd. ver.

— ¿Está ocupado?

— Sí.

— ¿ Y Vd. sabe?....

— ¿ Lo que Vd. viene á preguntar?

— Sí, ¿Vd. lo adivina ?

— Me lo figuro. Ha venido Vd. tantas veces.

— Pues bien, desearia saber...

— Lo único que le puedo á Vd. decir es que mi amo ha venido muy contento de palacio.

— ¿Sí, eh?

— No seas bromista, hombre, dijo el portero.

— Calle Vd., tio Lesmes, dijo el jóven, que era el criado del Sr. de Lara.

— Conque, de veras, ¿cree Vd. que puedo irme contenta?

— Sí, hija mia, sí.

— Y sin escuchar mas, salió la jóven encaminándose alborozada hácia su casa.

— ¿Porqué la has engañado? dijo el portero casi al mismo tiempo que abandonaba Rosa el portal.

— ¡Pobre muchacha! ¿Habia de decirle lo que ha pasado?

— Lo ha de saber mañana y será peor. Anda, que duerma tranquila esta noche.

— Pues lo que es tu amo, me parece que en ocho dias no se levanta de la cama.

Rosa se detuvo de pronto.

Oyó diez campanadas, y se dijo:

— El pobre preso deseará con impaciencia saber cuál es su suerte... Yo he avisado en casa á mi abuela, no estará con cuidado si tardo... ¡si me dejasen verle!... Pero ir á estas horas hasta el Saladero... ¿Quién dijo miedo? Con eso dormirá el pobre mas tranquilo.

Y, variando de rumbo, por la Puerta del Sol y la calle de la Montera se dirigió al final de la de Hortaleza.

La jóven no habia notado que la seguia un hombre que parecia caballero por el traje.

La habia visto salir de casa del abogado y aunque iba de prisa, habia tenido ocasion de admirar su tez blanca y sonrosada, sus ojos negros, su cabello naturalmente rizado y su talle.

Esto, unido á su modesto traje, le habia hecho concebir la esperanza de qùe podia aquella jóven ser para él una conquista.

Miró al relos, y se dijo :

— El caso es que me espera Facundo en el café de la Perla. Quizás voy á perder un buen negocio, pero la chica lo merece. Sigámosla, y despues iré á la cita.

Al verla variar de rumbo, pensó por un momento mal de ella.

El triunfo va á ser fácil, se dijo.

Y atravesó la Puerta del Sol, la calle de la Montera, y al llegar á la red de San Luis :

— Pues no es tan fácil como me parece, se dijo.

Su asombro creció de punto al verla detenerse delante del Saladero.

— Pues, señor, me parece que va á ser fácil, añadió. Esperaré á que salga.

Y paseando de arriba abajo, estuvo hasta las doce en los alrededores de la cárcel.

¿Cómo podia imaginarse aquel pirata callejero la escena que tenia lugar en un oscuro calabozo?

Rosa llegó á la puerta, y el centinela :

— ¿A dónde va Vd., prenda? le dijo.

— Voy á ver al alcaide. ¿Se puede pasar ?

— ¿Pues no se ha de poder? No digo yo por encima, sino aunque fuera por debajo.

Instintivamente se encendió el rostro de la jóven.

Un hombre que estaba recostado en un banco salió al encuentro de Rosa.

— ¿Qué quiere Vd.? le dijo.

— Desearia ver al alcaide.

— Ahora no puede ser; está muy ocupado jugando al tresillo.

— El caso es que necesito verle.

Al pronunciar estas palabras hizo la jóven un movimiento, gracias al cual se proyectó la luz de un farol sobre su rostro.

Su interlocutor, que era el calabocero, se animó al verla.

— Diga Vd. lo que quiere, á ver si puedo servirla.

— ¿Es Vd. de la casa?

— Sí, señora; y para lo que Vd. trae aquí me parece qne lo mismo sirvo yo que el alcaide.

¿Podré ver á un preso?

— Lo que es á estas horas es imposible.

— Es que queria comunicarle una noticia.

— Dígame Vd. quién es.

— El Sr. Mariano.

— ¿El que está condenado á muerte?

— Sí por cierto.

— No está incomunicado; pero á estas horas... Vuélvase Vd. mañana.

— Lo siento, porque el pobre se alegraria al saber...

— ¿Es Vd. hija suya?...

— No, señor, dijo la jóven; pero como si lo fuera.

— Yo, por mi parte, con mucho gusto le haria á Vd. un favor; pero tengo que faltar á mi deber, y es muy comprometido...

— Con verle un instante... aunque fuera...

— Si no es mas que un instante... á las doce salgo de guardia. Hasta esa hora puede...

El calabocero hablaba con tanto punto suspensivo, porque la jóven le fascinaba, y sus palabras no respondian á las ideas que despertaba en él.

— ¡No sabe Vd. cuánto le agradeceré que me deje ver un instante al preso!

— Venga Vd. tras de mí sin que la vean los soldados, dijo el calabocero.

Rosa le siguió.

Su guia cogió un farol y un manojo de llaves, y, usando una galantería á la que llamaré brutal si mis lectores lo permiten, despues de andar un largo trecho por un corredor:

— Aquí es, la dijo parándose delante de una puerta. El alcaide está muy ocupado y no nos ha visto. Si tiene Vd. interés en hablar con el preso, estése Vd. hasta las doce; pero al oir la primera campanada, salga usted, porque sino se quedaria dentro.

En esto abrió la puerta diciendo:

— Mariano, aquí te buscan.

Empujó suavemente á la jóven, dejó el farol en el calabozo, y cerrando la puerta:

— Por aquí estoy, añadió; cuando vaya usted á salir me da una voz y basta.

El preso estaba sentado en el lecho con la cabeza apoyada en las manos.

Al ver entrar á la jóven se estremeció.

— ¡Ánimo! dijo Rosa; vengo á traerle á Vd. una buena noticia.

Y comenzó entre los dos la escena que voy á referir.

Mientras que conversaban, el calabocero se decia:

— ¡Es toda una hembra! ¡Vaya una cara y unos ojos! ¡Y qué cuerpo!... Como á las doce estaré libre, y no es cosa de que una chica vaya sola por esas calles á tales horas, la acompañaré, y favor por favor... Así como así, no la cogerá de nuevas. Las que vienen á ver á los presos...

Y no acabó la frase.

VII

Una historia triste.

El Sr. Mariano se repuso.

— ¿Porqué has venido á verme á estas horas? dijo á la jóven con acento de cariñosa reconvencion...

— ¿Va Vd á reñirme?

— No, pero...

— Ya que una no pueda hacer otra cosa, al menos... Pero no andemos con rodeos. Al llegar á mi casa me dijo mi abuela que fuera á ver al abogado.

— ¿Y has ido?

— Sí, señor, en seguida. ¡Pues no faltaba mas!

— ¡Él no ha venido á verme! esclamó con tristeza el preso.

— No lo estrañe Vd. Está muy ocupado; yo tampoco le he visto.

— ¿Tampoco tú, y has estado en su casa?

— De allí vengo ahora mismo. Estaba su criado á la puerta.....

— ¿Y él te ha dicho?...

— Que podia volverme contenta.

— ¿Nada mas?

— ¿Qué mas quiere Vd. que me dijera? Él no está en pormenores, pero cuando me ha dicho eso, es que su amo ha ido á Palacio y ha conseguido de la Reina el indulto.

El Sr. Mariano dirigió una mirada melancólica á la jóven.

Habia sufrido mucho, é instantáneamente le habia asaltado la idea de que el no permitir á la jóven ver al Sr. de Lara habia sido por evitarla un gran disgusto.

— Si hubiera tenido buenas noticias que darle, se dijo, se hubiera apresurado á recibirla, y, lo que es mas, habria venido al Saladero á comunicármelas; para un defensor, no hay nada mas urgente que llevar un consuelo á su defendido.

— De modo, que tú crees, repuso en alta voz el Sr. Mariano procurando dominar su emocion.....

— Creo que á estas horas está Vd. perdonado.

— Puede ser, hija mia; como puede ser tambien que no.....

— No diga Vd. eso.

— Sin embargo, hace ya tiempo que deseo verme á solas contigo, y quisiera aprovechar esta ocasion..... Pero es tarde; tendrás que irte; acaso no te dejarán estar conmigo mas que un instante.....

— Lo que es por eso, no tenga Vd. cuidado. El hombre que me ha abierto la puerta tiene buen corazon. ¡Oh! muy bueno, en cuanto le pedí por favor que me dejase ver á Vd., ha accedido, comprometiéndose y no poco. Pero se conoce que ha comprendido que venia á ofrecer á Vd. un consuelo, y hasta me ha dicho que podia estar con Vd. una hora.... Ve Vd., ahora dan las once; hasta las doce podemos estar juntos.

— ¡Dios mio! dijo el Sr. Mariano, acompañando á esta esclamacion un suspiro.

Y dirigiéndose á la jóven:

— Siéntate aquí á mi lado, hija mia. ¿Tú me crees inocente, no es verdad?

— Mi abuela me lo ha dicho y me basta.

— ¡Quiera Dios que sus esperanzas se realicen, que mi abogado haya conseguido el indulto!..... De todos modos, tendremos que separarnos; tú para volver á tu pobre morada y seguir trabajando; yo para acabar mi vida en un presidio y bendecir todos los dias á quien me perdonó la vida.

— Eso no puede ser, dijo la jóven, que hasta

entonces pensaba que el perdon suponia la libertad del acusado.

— Y, sin embargo, es, añadió el Sr Mariano. Pero por la misma razon siento un vivo deseo de hablar contigo, de parecer á tus ojos tal cual soy, de inspirarte cariño para que ese sea mi único consuelo, cualquiera que sea la suerte que la Providencia me depare.

Estas palabras impresionaron fuertemente á Rosa.

— Habla Vd de un modo..... ¿ Acaso cree Vd. que no le quiero como si fuera de mi familia ? Mi abuela me ha dicho que Vd. fué amigo de mi padre, que es Vd inocente..... ¿ Qué mas necesitó saber ?

— ¡ De tu padre! dijo el Sr. Mariano, ¡ de tu pobre padre !

Y sintió que se asomaba una lágrima á sus ojos.

— ¿ Te ha hablado alguna vez tu madre de él? añadió.

— ¡ Me ha hablado tantas veces!...

— ¿ Le queria mucho?

— Mucho; ni un solo dia le olvidó, y hasta en sus últimos momentos pensó en él.

— ¡ Es que tu madre era una santa!

— ¡ Cuánto hubiera yo dado por conocer á mi

padre! Pero murió tan jóven..... Antes de que yo naciera.

— ¿ Estás segura de que murió?

— ¡ Oh! lo que es eso..... segurísima..... Mi madre me lo ha dicho.

— ¿ Y si tu madre se hubiera engañado?

— Qué dice Vd? esclamó Rosa levantándose involuntariamente.

— ¿ Qué te ha contado tu madre acerca de la muerte de su esposo? preguntó el señor Mariano.

— Me ha dicho siempre que se fué á América á hacer fortuna, y que al llegar allí murió.

— Eso creyó su familia, eso creyeron sus amigos; tranquilízate, hija mia, óyeme con valor; tu padre no ha muerto, tu padre vive.

— ¡ Dios mio! esclamó Rosa, ¿ vive?

— Sí.

— ¿ Y dónde está?

— ¿ Desearias verle?

— ¡ Oh! iria á buscarle aun cuando estuviera en el fin del mundo.

— ¿ Tanto le quieres?

— Mi madre me ha enseñado á amarle.

— ¿ Y si tu padre, prosiguió el preso con voz conmovida, se encontrase en una situacion análoga á la mia, si hubiera sido complicado en un crímen,

si por razones de gran peso no pudiera confesar la verdad, y, como yo, estuviera condenado á muerte y subiera al cadalso, no te avergonzarias de que él te hubiera dado el ser? ¿ No sentirias hallarle? ¿ No desearias apartar su recuerdo de tí? ¿ No te horrorizarias de su nombre?

El Sr. Mariano hablaba entre sollozos. Las lágrimas surcaban sus tostadas mejillas; los latidos de su corazon resonaban en medio del silencio del calabozo.

Rosa le contemplaba sin poderse esplicar lo que la pasaba.

El presentimiento habló en su alma.

— ¡ Dios mio ! esclamó de pronto.

Y rechazando la idea que acababa de pasar por su mente:

— No, no puede ser, se dijo.

— Habla, contesta, prosiguió el señor Mariano.

La jóven no acertaba á articular una sola palabra.

— ¿ No me respondes? ¡ Ah !

El Sr. Mariano ocultó el rostro entre sus manos.

La emocion ahogaba á Rosa.

Al fin, cayendo á los piés del preso:

— ¡ Padre mio ! esclamó, Vd. es mi padre, ¿ no es verdad ?

— ¡ Yo ! esclamó el Sr. Mariano ; ¡ yo ! No ; no lo soy..... ¡ te lo juro !..... Alza, hija mia, alza, te hablo en su nombre, pero yo no te he dado el ser.

Estas últimas palabras las pronunció con una seguridad tal, que desconcertó á la jóven.

— Pues si Vd. no es mi padre, dijo Rosa, si sabe Vd. que vive, ¿ dónde está?

— Oye, hija mia. Hace veintiseis años que tu pobre padre, despues de haber cumplido el deber de todo ciudadano pobre, sirviendo á su patria en las filas del ejército, obtuvo la licencia absoluta. Los últimos cuatro años habia sido asistente de un capitan, á quien queria mas que á su padre, porque le habia tratado bien, y sobre todo porque le habia hecho un favor de esos que nunca pueden pagarse.

Al año de estar á su servicio habia muerto su padre, un pobre labrador, dejando en la miseria á su esposa. Su hijo hubiera podido solicitar de la Reina la licencia absoluta para ir á cuidar á su madre. Pero no supo nada de lo que pasaba hasta un dia en que le dijo su amo :

« Juan, tu padre ha muerto y tu madre ha quedado muy pobre. Yo no soy rico, pero he resuelto

descontar de mi paga seis reales diarios para que todos los meses reciba tu madre de tus manos nueve duros. Te he tomado afecto y no quiero que te separes de mí, ni tampoco que perezca en la miseria la autora de tus dias. »

— ¿ Cómo se llama ese hombre? preguntó Rosa.

— Tú le conoces, porque ha protegido mucho á tu familia.

— ¿ El brigadier Iraldez ?

— Él mismo.

— Me lo ha dicho mi corazon.

— Oye aun mas, hija mia. Al tomar la licencia, su amo le proporcionó una ocupacion honrosa y pudo auxiliar á su madre y casarse con una jóven á quien habia conocido en casa de un marqués á quien visitaba mucho su amo.

Vivieron algun tiempo felices y una noche llegó á su casa el capitan Iraldez.

— « Juan, te necesito, le dijo.

— » Vamos donde Vd quiera, mi capitan.

— » Dí á María que no vendrás hasta mañana.

Los dos se fueron y en el camino le dijo el capitan :

— » No tengo secreto alguno para tí. Hace algun tiempo que estoy en relaciones con la hija del mar-

qués á cuyo servicio ha estado tu esposa. He pedido su mano á su padre, me la ha negado porque quiere casarla con un primo suyo, hombre muy rico, que no hará la felicidad de Margarita, primero, porque no le ama; despues porque aunque fuera obediente y accediera á los deseos de su padre, hay una causa poderosa que imposibilita su casamiento. He resuelto, pues, arrancarla de la casa de sus padres y huir con ella al estranjero, en donde la pobreza no amenguará en nada nuestra ventura. Cuento contigo para esa arriesgada empresa.

— » Ha hecho Vd. bien, señor, le contestó tu padre.

— » Ahora son las nueve, y ya lo tengo todo preparado. A las diez bajará de su casa, los dos la esperaremos á la puerta y partiremos á la administracion de diligencias de Bayona. Tengo tomados dos billetes, y tú nos acompañarás hasta la administracion para llevar el equipaje. Al mismo tiempo, quiero que lleves un arma cualquiera por si acaso se opone álguien á nuestro plan.

— » Estoy completamente á vuestra disposicion.

— » Toma este cachorrillo.

— » Es inútil, tengo navaja.

— » Espérame á las diez menos cuarto en la esquina de la calle.

— » No faltaré. »

— Si el capitan le hubiera pedido la vida á tu padre, se la hubiera dado : ¡ tal era la gratitud que sentia hácia él !

A las diez menos cuarto se hallaba Juan en la esquina de la calle, y vió detrás de las cortinas de las vidrieras de uno de los gabinetes de casa del marqués dibujarse la figura de su hija.

Estaba inquieta y no hacia mas que acercarse á las vidrieras.

Al poco tiempo llegó su amo vestido de paisano, y completamente desfigurado para no ser conocido.

Un hombre le seguia, y sin reparar en tu padre, que estaba en la esquina, llamó á su amo.

Este le reconoció.

Era el primo de la marquesa.

Lo que hablaron no lo pudo oir tu padre.

Lo único que vió fué que su amo, sacando una pistola del bolsillo, la disparó sobre su interlocutor.

Este cayó desplomado, y el capitan echó á correr á tiempo que acudieron los serenos.

Lo único que pensó tu padre entonces fué salvar á su amo.

Cogiendo la pistola en la mano se acercó al moribundo y le arrebató el reloj que llevaba, el bolsillo del dinero, y, á fin de detener á la justicia, que

podia correr en pos del capitan, fué al encuentro de los serenos que llegaban y les dijo :

— « Atrás, ó mato al primero que me detenga. »

No tardaron los serenos en acorralarle, y fué reducido á prision.

— ¡Ah! esclamó la jóven entusiasmada; bendito seas, padre mio, cumpliste tu deber.

El Sr. Mariano no pudo menos de estrechar las manos de la jóven, y conteniéndose añadió :

— Fué conducido á la cárcel de Corte y puesto incomunicado.

Al dia siguiente le tomaron declaracion y confesó que un mal pensamiento le habia obligado á cometer aquel crímen.

Ante aquella confesion, desaparecieron las sospechas que habian infundido á las autoridades las declaraciones del marqués y de sus criados.

No tardó en saber el capitan Iraldez la generosidad de Juan, y al dia siguiente fué á ver á su esposa.

Le refirió lo que habia pasado, y le ofreció salvarle á toda costa.

En vez de huir se presentó en todas partes.

El marqués le cerró las puertas de su casa.

Su hija reveló á su padre la situacion en que se hallaba, y el marqués la maldijo.

Acto continuo se la llevó de Madrid para encerrarla en una provincia y ocultar su deshonra.

El capitan tenia que salvar á tu padre, y no encontrando medio alguno y viendo que los tribunales iban á condenarle á muerte, él, que hasta entonces habia sido ajeno completamente á la política, conspiró como todos los que conspiraban para arrojar á los frailes de los conventos, y cuando estalló la revolucion, al frente de una gran masa del populacho, fué á la cárcel, rompió las cadenas de tu padre, le puso en libertad, le envió al estranjero y acto continuo fué á buscar á su amada.

La infeliz habia muerto despues de dar á luz un niño.

El capitan confió su hijo á tu pobre madre, y ya sabes quién es.

— ¿Jorge? esclamó la jóven.

— Sí.

— Todo lo comprendo ahora. ¡ Ah! lo que acaba Vd. de contarme me ha llenado de tristeza y alegría. ¡No me creo digna de un padre tan generoso! Ahora mas que nunca desearia verle, caer á sus piés, estrecharle en mis brazos.

— ¿Aunque tuviera por aquel acto que entregar su cabeza al verdugo?

— ¿Qué dice Vd.? esclamó horrorizada la jóven.

— Oye el fin de la historia.

Tu padre creyó que el tiempo habria hecho olvidar su fisonomía ; creyó que los años habrian des-

figurado su rostro. Deseaba abrazar á su esposa, ver á su hija, y volvió á España.

— ¿Volvió?

— Sí; pero el mismo dia de su llegada, al cruzar una calle, vió que un hombre se le quedó mirando; era un portero de un convento. Su fisonomía se le habia quedado muy impresa, porque en los momentos de la revolucion le habia tenido á su alcance, y al verle de rodillas implorando perdon, le habia defendido del populacho y le habia salvado la vida. Aquel hombre no le habia olvidado. ¿Y sabes cómo pagó la deuda de gratitud que habia contraido con él? Delatándole á la justicia, señalándole como el autor del robo y del asesinato del marqués, espiándole, siguiéndole hasta su propia casa y entregándole á los tribunales.

En aquel momento sonó la primera campanada de las doce.

El calabocero se acercó á la puerta, y las llaves se agitaron.

— Llegó la hora de separarnos, dijo la jóven. Por Dios os lo pido. ¡Dígame Vd. dónde está mi padre!

— Ya sabes su historia; por ahora no puedo decirte mas. ¡Dios sabe si mañana!...

— ¡Por Dios, revéleme Vd. ese secreto!

— No puedo esperar mas, dijo el señor Mariano

— Hasta mañana, hija mia, dijo el señor Mariano.

— Adios..... esclamó la jóven.

No pudo acabar la frase, porque el crujido de la cerradura resonó en su corazon de una manera fatídica.

— Vamos, que es tarde, dijo el calabocero. Yo la acompañaré á Vd., porque no está bien que una muchacha vaya sola á estas horas por la calle.

La jóven no le oyó.

Rosa y el calabocero salieron de la cárcel.

El pirata callejero que la aguardaba se desesperó al verla acompañada.

— No, pues de todos modos no ha de escapársele; los seguiré á los dos.

La jóven iba ensimismada.

A las frases que de cuando en cuando le dirigia el calabocero, respondia maquinalmente.

— No se moleste Vd., yo iré sola.

— Va muy afligida, se dijo su acompañante; pero al menos sabré en dónde vive, y volveré á verla.

Al dar las doce y media en el reloj de la Trinidad llegó Rosa á su casa.

— ¿Podré volver mañana á ver al preso? dijo á su acompañante.

— Sí; dijo este de pronto.

— ¿Le buscaré á Vd. allí?

— No; vaya Vd. á la calle del Limon, y en el

núm. 1 pregunte Vd. por la tia Cotilla. Desde allí iremos á la cárcel

— ¿A qué hora?

— Al dar las ánimas.

— ¡Dios le pagué á Vd. tanta bondad!

— Ya me la pagará Vd., dijo el calabocero recreándose en aquella inmunda esperanza.

El pirata callejero conservó en la memoria el número de la casa en donde entró la jóven.

En la escalera encontró Rosa á un jóven á quien ya conocia, porque habia ido algunas veces á buscar á Jorge.

— ¿Cómo tan tarde? le dijo al verla.

— ¿Viene Vd. de casa de D. Luis? preguntó la jóven.

— Sí.

— ¿Y Jorge?

— Ahí queda..... no se lo diga Vd., pero está en peligro.

— ¿En peligro de qué?

— De batirse mañana con un hombre que donde pone el ojo pone el tiro.

— ¡Ay Dios mio!

— ¡Silencio! Por Dios no me descubra Vd., que en los lances de honor el secreto es lo primero.

¡Tantas emociones eran demasiado para una jóven de tan pocos años!

VIII

La ceniza de un cigarro.

Ante el peligro de Jorge olvidó Rosa las emociones que habia esperimentado aquella noche.

¿Qué habia pasado al jóven?

Una cosa muy sencilla.

Jorge, como habrá comprendido el lector, era el afortunado amante de Hortensia.

Cuando la marquesa sorprendió á los dos tórtolos en su conversacion por el ventanillo, Jorge echó á correr, y, despues de derribar á D. Onofre, salió al portal y traspuso la esquina de la calle del Carbon con la rapidez de un cohete.

No se detuvo, y al llegar á la esquina de la calle de Jacometrezo tropezó con un caballero muy gordo que acababa de comer copiosamente en la fonda Suiza y caminaba hacia el café con la felicidad del hombre que ha satisfecho sus apetitos gastronómicos y va fumando un rico habano.

El caballero gordo tenia la pretension de poder fumarse un cigarro sin perder un átomo de ceniza.

Su mayor gloria era llevar medio cigarro blanco y medio negro.

Se recreaba en su habilidad cuando tropezó Jorge con él y se cayó el cigarro de su mano.

— ¡Animal! esclamó con esa buena educacion que en tales momentos caracteriza á los hombres meridionales.

— ¿Me lo dice Vd. á mí? esclamó el jóven deteniendo su marcha y encarándose con el caballero gordo.

— A Vd., sí, señor; ¿no lleva Vd. ojos en la cara?

— ¿Sabe Vd. que es Vd. un grosero?

— Y Vd. un canalla.

No mediaron mas palabras.

Las manos continuaron la conversacion.

Jorge apabulló el sombrero á su contendiente.

Este le dió una soberana bofetada, y al misma tiempo en que iba á devolvérsela:

— ¿Jorge, qué haces? dijo un amigo del jóven á quien hemos visto en la escalera de su casa, interponiéndose entre los dos adversarios.

— Déjame, que voy á matar á ese miserable.

Dos mozos de cordel completaron la obra pacífica del amigo de Jorge.

La cosa no podia quedar así.

Aquel caballero habia dado una bofetada en público al amante de Hortensia.

— Me dará Vd. una satisfaccion, le dijo.

— No tengo inconveniente.

— Tenga Vd. mi tarjeta.

— Ahí va la mia.

Los adversarios se separaron y los curiosos se quedaron riéndose.

El litógrafo de la esquina fué el que quedó mas satisfecho por el gasto de tarjetas que habian hecho.

— Vente conmigo.

— Ante todo, veamos quién es mi adversario y dónde vive, para que vayas á exigirle una reparacion.

— La tarjeta nos enterará; lee.

Aquí pone Meliton Gomez Perez... ¡Y mira qué casualidad! Vive en la calle de la Esgrima.

— ¿Crees que eso me asusta? Te aseguro que la bofetada que me ha dado le va á costar muy cara.

— Si no quisieras molestarte podias hacer que la justicia se encargara de cobrarla. Hay una tarifa, y ya es sabido : una bofetada cuesta treinta y dos reales. Aunque, por otra parte, te conviene ese duelo. Ya sabes que soy gacetillero de un periódico; esta noche pondré que ha tenido lugar un lance desagradable en la calle del Carbon, que hay manchas que lavar, etc. Esto despertará la curiosidad, se pronunciará tu nombre, y te armas.

Esta observacion hizo que le doliera mas la bofetada que acababa de recibir, y, entrando en el café de las Columnas, á donde habian llegado :

— Vé á casa de ese hombre, entiéndete con sus padrinos, y aquí te espero, dijo Jorge á Luis.

Se sentó á una mesa, pidió una chica alemana, y, acordándose de que Hortensia le habia dado una carta, aprovechó la ocasion para leerla.

« No pasees tanto la calle, le decia la jóven, porque mi mamá empieza á sospechar algo y va á prohibirme que salga al balcon.

» Como tú, creo que el amor acorta las distancias é iguala las gerarquías ; pero conozco que mi mamá accederia mejor á tus proyectos si tú tuvieras un título como yo, ó por lo menos fueras muy rico y tuvieras mas porvenir que el de esa cantidad que segun me has indicado, deben entregarte cuando tengas treinta años.

» Por lo demás, no dudes de mi amor. Yo no seré feliz sin tí; has sido el primer hombre que me ha impresionado, y serás el último. Dicen que las mujeres somos volubles; yo quiero convencerte de que somos constantes.

» Piensa en mí.

Tu

H. »

— El caso es que tiene razon, se dijo Jorge. La fatalidad me inclina á buscar mi centro en el gran mundo. Si amo á Hortensia, me parece que la amo porque es hija de una marquesa, no por otra cosa. Y aunque, gracias á mis relaciones, parezco algo en el gran mundo, lo cierto es que no soy mas que un pobre huérfano que se ha criado y ha vivido en el seno de una pobre familia, sin mas esperanza que una herencia al cumplir los treinta años. Hortensia me ama, no hay duda; si no, me escribiria de otro modo. Aunque su madre se oponga, podré sacarla depositada de su casa, y ella me seguirá, no hay duda, me seguirá. Si pudiera encontrar alguna posicion decorosa.

Mas de una hora estuvo comentando su pensamiento, cuando llegó su amigo Luis.

— ¿Está ya todo arreglado? le preguntó Jorge.

— Aun no.

— ¿No has visto á mi adversario?

— Le he visto, y, recibiéndome con la mayor amabilidad, me ha dado mil escusas. La cosa hubiera podido arreglarse muy bien; pero acordándome del efecto que producirá cuando se sepa que tienes un duelo pendiente, he rechazado todo arreglo.

— Has hecho bien.

— Le he dicho que nombre una persona que se

entienda conmigo, y no queria, cuando entró un caballero de visita.

« Llega Vd. á tiempo, » le dijo.

Y volviéndose á mí :

— « Este caballero se entenderá con usted, » añadió.

Cambiamos tarjetas, y, ¡ mira qué casualidad ! El padrino de tu adversario es el jefe del personal de una direccion del ministerio de Hacienda; yo lo sé, porque cuando pretendia una plaza de escribiente, antes de que me dedicase á escritor, me recomendaron á él.

— ¿Y habeis hablado?

— Hemos quedado en vernos esta noche á las nueve, en el café de Levante.

— ¿Para arreglarlo definitivamente ?

— Pues : para elegir las armas, sitio, hora..... A propósito, te aconsejo que no elijas el sable; tu adversario es muy corpulento, tiene mucho blanco, y en este caso la pistola es preferible.

— Te doy ámplias facultades.

— Pues entonces me voy. Pasaré por la Carrera de San Gerónimo, allí encontraré algunos amigos, los enteraré del lance, llegaré hasta la puerta del Casino, y nada mas que hasta la puerta, porque no soy sócio. Despues iré á la redaccion y.....

— Aquí á las diez, ¿ no es eso?

— No faltaré.

Jorge tenia un billete de doscientos reales.

Todos los meses iba un eclesiástico á su casa, daba trescientos reales á la abuela de Rosa por la manutencion del jóven y doscientos á él para sus gastos particulares.

Dió el billete al mozo para que cobrara, y este le devolvió cuatro monedas de dos duros y dos pesetas.

— Para el lance de mañana, se dijo, necesito dinero; esto no me basta. Don Jacinto no me adelantará el mes próximo. Voy á entrar á jugar, por la primera vez de mi vida.

Y siguiendo por la Carrera de San Gerónimo, torció á mano izquierda, entró en la calle de la Victoria, y se detuvo en una casa próxima á la de la Cruz.

Iba resuelto á no arriesgar mas que una moneda.

Pero perdió la primera puesta y quiso recuperarla arriesgando otra.

Perdió tambien, y, al perder por segunda vez, sintió la fiebre que caracteriza al jugador.

— Cuatro duros á la sota, dijo.

Un minuto despues tenia ocho duros.

Ahora podria irme, pensó; pero ¿porqué no seguir la suerte?

— Media onza al as.

Y se encontró con una.

Cinco golpes favorables pusieron á Jorge en posesion de media talega.

Nunca habia visto junto tanto dinero.

Temeroso de perderlo, escurrió el bulto y salió á la calle.

— Mi cabeza arde, se dijo; de buena gana iria al Retiro á pasear. Pero, no; las arbodelas son muy solitarias y podrian robarme. Voy á comer en el Cisne. ¿Qué son cinco ó seis duros para mí?

Y despues de dar unas vueltas por las calles, llegó al anochecer á casa de Farrugia.

De pronto se acordó del desafío, y se estremeció.

El dinero inspira mucho amor á la vida.

Pero era jóven, pundonoroso, y no podia retroceder.

A las diez volvió al café de las Columnas.

Su amigo no se hizo esperar.

— Ya está todo arreglado, le dijo.

— ¿Sí, eh?

— He pasado una hora con el padrino de tu adversario. ¡Qué hombre tan campechano!

— ¿Y en qué habeis convenido?

— En que el duelo sea á pistola.

— Mejor hubiera sido á sable.

— Tú me dejaste el derecho de eleccion. Nada,

nada, á pistola; y, lo que es mas, á punta de pecho; una bofetada merece eso y mucho mas.

Jorge no contestó.

Antes de poseer diez mil reales hubiera arriesgado su vida, no por una bofetada, sino por una palabra...

Con media talega le parecian los duelos una manera brutal de arreglar cuestiones de honor.

Pero he dicho que era pundonoroso y guardó silencio.

— Te advierto, añadió su padrino, que tu adversario es un hombre terrible. El Sr. Manzanillo, su amigo el oficial del personal, me ha confiado en secreto que no es este el primer lance en que se ha vísto, y me ha dicho que tiene una puntería...

— Bien, hombre, bien; no hablemos mas del asunto.

— Te digo esto, porque si quieres podemos entrar en un tiro de pistola; una ó dos horas de tirar al blanco podrán aprovecharte mañana.

— Sí, tienes razon; vamos.

Y se encaminaron á la calle del Barquillo, al tiro de pistola que habia en lo que es Circo de Paul.

Jorge salió desesperado de aquella casa.

Habia tirado seis docenas de tiros y no habia dado una sola vez en el blanco.

El pulso le temblaba siempre.

— Vamos á casa, dijo, y sea lo que Dios quiera.

Su amigo le acompañó, y despues de decirle que al dia siguiente muy temprano iria á buscarle en coche:

— Vas á hacerme el favor, le dijo, de darme algun dinero, porque ya sabes que no cobro mas que una onza al mes, y todas estas cosas exigen gastos.

— Toma quinientos reales, le dijo Jorge dándole un billete.

— Muy rico estás.

— Demasiado rico, añadió con tristeza.

— Pues hasta mañana y ¡ánimo!

Acto continuo bajó la escalera y encontró á Rosa.

Cuando la jóven llegó á su casa, Jorge sufria horriblemente.

— Es demasiada felicidad la mia, se habia dicho; ¡el amor de Hortensia y diez mil reales! ¡Mañana me mata de fijo ese hombre!

Y esta idea le dominó por completo.

IX

Varias satisfacciones.

Rosa entró á ver á su abuela, que la aguardaba con impaciencia y cuidado, la tranquilizó, y despues de darla un beso :

— Voy á ver á Jorge, le dijo, está muy triste y quiero que me cuente lo que le pasa.

Cuando la jóven entró en el aposento de su compañero de la infancia, este se hallaba profundamente preocupado, y no supo que habia entrado Rosa hasta que la jóven, dejando caer suavemente una mano sobre un hombro :

— Tú estás muy triste, dijo, y vas á revelarme lo que tienes.

— No tengo nada, contestó Jorge mirándola con sorpresa y volviendo á caer en su indiferencia.

— Eres un ingrato.

— ¿Porqué dices eso?

— ¿Te avergüenzas de vivir á nuestro lado?

— ¡Oh! lo que es eso, no; tu madre fué una madre para mí; tú, una hermana; un hombre como yo, que no ha conocido á su familia, no puede olvidar nunca estos favores.

— Estoy segura, añadió Rosa, de que te sacrificarias por nosotros, de que nos entregarias gustoso hasta tu última moneda, de que arrostrarias cualquier peligro por salvarnos; pero hay una cosa que nos niegas, y que es lo que mas desearíamos, sobre todo yo, que, como has dicho muy bien, soy una hermana para tí.

— ¿A qué aludes?

— A la confianza, á la espansion; nos juzgas inferiores á tí, incapaces de comprenderte, y vives con la conciencia entre nosotros, pero con el pensamiento muy lejos.

— ¡Rosa! esclamó Jorge mirando á la jóven, sorprendido al oir aquel lenguaje.

Si así no fuera, añadió Rosa, hace ya mucho tiempo que habrias buscado consuelo á tus pesares en mi cariño, que me habrias revelado las inquietudes que te atormentan, los proyectos que abrigas. Esta misma noche, al entrar en tu cuarto, me hubieras dicho: ven, hermana mia, ven; corro un gran peligro; pide á la Virgen, á quien tanto veneras, que defienda mi vida.

— ¿Cómo sabes?... preguntó Jorge levantándose con inquietud.

— Yo no sé nada; pero como paso la vida en el obrador y cuando estoy en casa no tengo nada en qué pensar y me recreo en adivinar tus pensamientos, estoy acostumbrada á leer en tus ojos, y al verte esta noche he comprendido que te sucede algo estraordinario.

— Te equivocas.

— ¿Ves cómo me engañas? añadió lajóven mirándole fijamente.

— No, balbuceó Jorge.

— Repito que eres un ingrato. Llego á las doce de la noche, sola; te ha dicho mi abuela que he ido á saber si ha conseguido algo el abogado en favor de ese pobre preso á quien tanto queremos, y nada me preguntas.

— Es verdad... ¿Traes buenas noticias?

— ¿Qué te importa, si estás preocupado? Y, sin embargo, ese hombre que está al pié del cadalso, que no ocupa apenas tu pensamiento, me ha hecho esta noche revelaciones que venia resuelta á contarte, porque te interesan en estremo.

— ¿A mí? preguntó Jorge con curiosidad. Habla, Rosa.

— ¿Por ventura me das tú el ejemplo?

— Estoy preocupado, sufro mucho. Si lees en mi corazon, como dices, comprenderás...

— Comprendo, sí, que luchas, que te ahogas en la atmósfera en que vives, que te avergüenzas de tu posicion, que aspiras á volar á otro mundo mas brillante, mas espléndido.

— Pues bien, es cierto.

— Y yo, que te veo alejarte por momentos, iba á hacerte una revelacion que halagará tu vanidad y aumentará la distancia que nos separa.

— Eso no es posible. Pero te ruego que no desistas de tu propósito. Habla.

Rosa pensó que comunicando á Jorge algunas de las noticias que el Sr. Mariano le habia trasmitido le ofreceria un consuelo, y, aunque su alegría debia ser un martirio para ella, no vaciló en ofrecérsela.

— Se trata de un secreto, dijo.

— ¿Que me conviene?

— Sí.

— ¿ Relativo á mi orígen, tal vez?

— No te has engañado.

— ¡ Oh, habla, por Dios, Rosa, habla!

La jóven refirió á su hermano todo cuanto le habia dicho el Sr. Mariano, pero sin nombrar al brigadier Iraldez, limitándose á decirle que era hijo de una marquesa.

— ¿ Conque soy noble? ¿ Conque mis padres han

ocupado una posicion! esclamó Jorge, no ocultando la alegría que rebosaba en su alma.

— Sí, y yo soy hija de un criado de tu padre, añadió la jóven gozándose en su propio mal.

— Pero ese hombre ¿no sabe el nombre de mi padre? ¿no te lo ha dicho?

— No le ha sido posible.

— ¡Oh! yo iré á verle.

Y recordando de pronto el duelo que tenia pendiente, y sintiéndose mas que nunca encontrarse en aquella situacion:

— Iré mañana, si puedo, añadió con profunda melancolía.

Rosa se quedó muy triste.

Pero al ver que se animaba Jorge:

— Al menos he distraido su pena, se dijo; que sea dichoso. Me basta su felicidad.

Y separándose de él se fué á su habitacion, resuelta á no dormir para poder levantarse muy temprano y buscar el medio de librar á Jorge del peligro que le amenazaba.

Tampoco Jorge durmió.

Estaba mas seguro que nunca que al dia siguiente le matarian.

El amor, el juego le habian favorecido, y no contenta aun la suerte, le habia permitido oir aquella revelacion que le daba derecho para realizar sus

deseos, sus ilusiones, sus esperanzas; que le aseguraba para la época señalada una pingüe herencia, y acaso un título de nobleza.

Los primeros rayos del alba le encontraron febril, luchando entre el honor y la conveniencia.

La felicidad le acariciaba con un puñal.

A las seis en punto sonó un campanillazo. Rosa estaba ya vestida y fué á abrir.

— ¿Vive aquí D. Jorge Martinez? preguntó un criado.

— Sí, señor; aquí es.

— Déle Vd. esta carta.

— ¿Espera contestacion?

— No, señora.

Rosa entró en el cuarto de Jorge.

— ¿Qué es eso? preguntó con ansiedad el jóven.

— Una carta para tí.

— A ver.

Y leyó al pié del sobre:

«S. S. S.,

Meliton Gomez Perez.»

— ¡Ah! esclamó. Déjame.

Y cuando estuvo solo arrojó la carta sobre la mesa.

— No me atrevo á leerla, se dijo. Luis no ha de tardar. ¡Dios mio, qué feliz y qué desgraciado soy!

— Luis llegó, en efecto, poco despues.

— ¿Estás dispuesto, chico? le dijo.

— Sí, contestó Jorge con voz trémula.

— Pues en marcha.

— Me ha escrito ese hombre.

— ¿Quién?

— Mi adversario.

— ¿Y qué te dice?

— No he querido leer su carta.

— Yo la leeré.

Y sin aguardar á que le diera licencia para ello, rompió el sobre y sacó de él dos pliegos de papel doblados.

« Me ha exigido Vd. una satisfaccion, leyó Luis; no en vano ha apelado Vd. á mi honor. Ahí tiene Vd. lo que desea.

» Le espero..... »

Luis no acabó la frase.

Lanzándose sobre el papel doblado, lo abrió y esclamó:

— Chico, eres el hombre mas feliz de la tierra. Mira y convéncete.

¿Qué contenia aquel escrito?

Mis maestros en la novela, me han enseñado á no contar estas cosas á los lectores, hasta obligarles á leer algunas páginas mas.

X

Un aderezo.

Dejamos á la marquesa de Valle Oscuro camino de la calle del Cármen para ir á casa de Samper á comprar el aderezo antes de que la generala se lo arrebatase.

Habia, pues, aplazado la fuerte reprimenda que merecia su hija y la no menos fuerte á que se habia hecho acreedor su mayordomo por haberse detenido, si bien es cierto que ya habia sido castigado rodando las escaleras por efecto del empuje del amante sorprendido que pidió salvacion á la fuga.

La marquesa se iba diciendo :

— Yo ajustaré las cuentas á mi hija, y si es preciso irá á un convento ; y en cuanto á mi mayordomo, mañana le despediré. Ahora lo·que importa es que la generala no se anticipe á comprar el aderezo. ¡ Oh ! eso seria terrible. Somos enemigas, y su triunfo me deshonraria á los ojos de la buena sociedad de Madrid.

Llegó la marquesa en casa del joyero y entró, no sin llevarse antes un susto, porque vió una carretela á la puerta y le pareció que era la de la generala.

— ¿Qué hacer? se dijo. Si es ella voy á verme en un gran compromiso.

Afortunadamente salió de la joyería un caballero á quien reconoció la marquesa, subió á la carretela y el carruaje partió.

— ¡ Dios mio! esclamó. ¡Si se llevará el aderezo!

Y entró en la joyería.

— Buenos dias, señora marquesa, dijo un dependiente.

— ¿Llego tarde?

— Vd. siempre llega á tiempo.

— No quiero decir eso. Pregunto si han venido á buscar el aderezo.

— ¿El que dije á Vd. ayer que deseaba la generala?

— El mismo.

— No, señora.

— Respiro.

— Pero ese caballero, añadió el dependiente, lleva el último precio en que podemos darle.

— Yo doy una onza mas.

— No crea Vd., señora marquesa, que será para

Vd. el aderezo por esa circunstancia, sino porque le ha gustado á usted, y conociéndolo yo, para no quedar mal con la generala, la he entretenido. Pero aun cuando Vd. no hubiera venido y ese caballero hubiera vuelto á comprarle, antes hubiéramos ido á saber su respuesta de Vd.

— Es mio, es mio; llévele Vd. á casa con la cuenta, pero en seguida.

Y, ébria de gozo, abandonó la joyería sin acordarse de las escenas que habian pasado en su casa.

Mientras que tan alborozada estaba la marquesa porque podia lucir el aderezo que tanto deseaba su rival, Hortensia, encerrada en su gabinete, aguardaba sobrecogida la llegada de su furibunda mamá.

— ¡Válgame Dios! se decia la pobre niña. Ya todo se ha descubierto, y, como es natural, se opondrá á que tenga relaciones con Jorge. Y yo le amo y no podré olvidarle nunca. Pero si mamá me prohibe salir á los balcones, vigila á los criados para que no me traigan cartas de él y hasta, si llega el caso, me aleja de Madrid, yo no sé lo que va á ser de mí. ¿Porqué no he de tener valor? ¿No ha amado ella? Yo no cometo ningun crímen. Jorge es bueno, me ama..... Tendré carácter, sufriré con resignacion las reprimendas de mamá, la confesaré la pasion que siento, le diré que mi felicidad es Jorge..... Una mujer enamorada lo puede todo.

Y al decir esto se estremeció porque oyó un campanillazo.

— Ahí está, dijo. Me abandona el valor.

— Hortensia, vida mia, entró diciendo su mamá. Ven á darme un abrazo. Soy la mujer mas feliz del mundo. Cuando yo he llegado aun non habia adquirido la generala el aderezo. Van á traerlo dentro de poco..... ven, ven, estréchame.

Hortensia creyó al pronto que su madre se habia vuelto loca.

— ¿Qué es eso? ¿Tienes miedo? añadió la marquesa. ¿Has llorado? ¡Ah! ya recuerdo. ¿Crees que voy á reñirte porque te sorprendí hace poco burlando la vigilancia de tu madre?

— Y... balbuceó la jóven, ya sabes que....

— Tranquilízate, hija mia; no quiero ocultártelo. Has creido darme un disgusto y me has dado una satisfaccion.

— ¿Qué dices? esclamó la jóven.

— Voy á ser franca contigo, para que lo seas en adelante conmigo.

— Sí, mamá, eso quiero.

— Yo sabia que estabas preocupada. A una madre no se le ocultan nunca esas cosas. Pero temia que te hubiera fascinado con sus engañadoras palabras un hombre que suele ir con frecuencia á los mismos salones á donde vamos, que pasea á ca-

ballo muchas tardes al lado de nuestro coche, que se muestra muy rendido contigo, pero que es un seductor, un calavera, un libertino, y estaba en áscuas pensando que pudieras haber dado oidos á sus promesas y hubieras caido en la red para ser una víctima mas de las muchas que ha hecho ese miserable.

— ¿ A quién te refieres, mamá ?

—¿ Pues qué lo ignoras ?

— Sí.

— ¡ Angel mio !

— Has despertado mi curiosidad.

— Aludo al vizconde de Castilla.

— Es muy elegante, muy fino, muy buen mozo. Nunca falta al teatro Real, va á las carreras, tiene los mejores caballos..... Es un dandy.

— Es un infame seductor.

— ¿ Y dices que se muestra rendido conmigo ? ¿ Que me hace la corte ? preguntó la jóven con curiosidad.

— No soy yo sola quien lo dice. Ya me han llamado la atencion las amigas.

— Pues mira lo que es, yo no lo habia notado; en adelante le observaré.

— Huye, hija mia, huye de esa víbora. Confíame siempre todos tus proyectos, y no temas. ¿ Cómo he de oponerme yo á tu felicidad ?

— ¡ Qué buena eres, mamá ! Me has quitado un peso de encima.....

— ¿ Temias que te riñese ?

— ¡ Oh ! sí ; estaba temblando como la hoja en el árbol.

— Ven, dáme un beso.

— ¡ Qué tonta soy !..... ¡ El vizconde !..... ¡ Y yo que no lo habia notado !.....

— Supongo, añadió la marquesa, que ahora que estás mas tranquila me confiarás tus proyectos, me dirás quién es ese jóven con quien te he sorprendido hablando.

— ¡ Ah ! sí, Jorge.

— ¿ Desde cuándo le conoces ?

— Hace ya mas de un mes.

— ¿ Y le has encontrado en algun salon ?

— No ; no va á donde vamos nosotras.

— Pues entonces, ¿ cómo le has conocido ?

— ¿ Te acuerdas aquella tarde que tuvimos que venir á pié desde el Caballero de Gracia, porque se rompió una rueda al coche ?

— Sí.

— Pues él me dió la mano para bajar y nos siguió hasta casa.

— No lo reparé.

— Al dia siguiente paseó la calle, repitió la misma operacion durante una semana, y al fin se

atrevió á enviarme una carta..... Me decia unas cosas tan bonitas, que, por curiosidad, le contesté, permitiéndole que me escribiera. Mas tarde hablamos alguna que otra vez por el ventanillo.

— Supongo que será de buena familia.

— Sí, creo que sí.

— ¿ Cómo se llama ?

— Jorge, ya te lo he dicho.

— ¿ Y su apellido ?

— Pues mira, no lo sé. Siempre firma las cartas « Jorge, » como en las novelas..... y nunca se me ha ocurrido preguntarle.

— ¿ Pero es rico ? ¿ tiene buena posicion ?

— Como nos hemos visto siempre tan de prisa, no he tenido oportunidad.....

— Yo me enteraré.

— Sí..... sí.....

— ¿ Tú le amas ?

— Sí ; es decir, como es el primer hombre que se ha dirigido á mí..... De lo que estoy segura es de que no es un calavera como el vizconde..... Mire usted, quién diria que un jóven tan fino, tan elegante..... ¿ Y es seductor ?

— Es un malvado. Figúrate que á una pobre muchacha... Pero no, no ; tú no estás en el caso de saber estas cosas.

— ¿ Qué, mamá ?

— Nada, hija mia, nada. Me parece que han llamado á la campanilla. Será el aderezo. Ya verás qué precioso es.

El aderezo llegó, en efecto.

— ¿ Trae Vd. la cuenta ? preguntó al dependiente.

— No, señora ; ya enviará Vd. su importe cuando guste.

— ¡ Qué fino es Samper ! Dígale Vd. que ya iré yo por allí. — Conque vamos, hija mia, añadió la marquesa ; prepáralo todo para esta noche. Quiero que te pongas tus mejores galas, que eclipses hasta á tu misma madre.

— ¿ Irá el vizconde al baile ?

— ¡ Pues no ha de ir !... ¿ Porqué lo dices ?

— Para librarme de él.

Y la jóven al retirarse á su aposento :

— No me lo perdono, se fué diciendo ; pensar que no he reparado en sus galanterías..... He de ver por curiosidad.....

Don Onofre fué objeto por parte de la marquesa de las mayores atenciones.

No hay como ser feliz para sentir la generosidad.

XI

Una escena cómica en la forma y trágica en el fondo.

Mientras que la marquesa iba al baile con su hija y se desesperaba porque la generala no llegaba y no podia humillarla á los ojos de sus amigas; mientras la generala, á su vez, sufria por la misma causa que habia sido objeto de la curiosidad de todos los vecinos de la calle del Desengaño; mientras que el Sr. Mariano y Rosa conversaban; mientras que Estéban comunicaba sus proyectos á Casilda é iba, despues de salir del café de la Perla, á buscar la ocasion de reñir con su amo; mientras que el Sr. Roque dormia la mona en la prevencion, y estaba en el lecho completamente magullado el Sr. de Lara; mientras que doña Mercedes huia de su marido y se refugiaba en casa de una amiga y D. Melquiades se desesperaba en compañía de la alcarreña; mientras que, por último, Jorge y su amigo iban al tiro de pistola á

adquirir práctica para matar á un hombre, D. Meliton, que no era hombre de armas tomar, buscaba con afan el medio de evitar aquel lance impropio de su edad y de su posicion, y nada agradable á su carácter pusilánime.

El Sr. Manzanillo llegó á su casa muy á tiempo.

— Yo lo arreglaré todo, dijo en secreto á D. Meliton. Déjeme Vd. obrar.

— ¿ En dónde nos veremos?

— A las nueve y media en la oficina. Ya sabe Vd. que esta noche tengo que hacer allí.

— No faltaré.

D. Meliton era soltero.

Un dia vió en la Red de San Luis á una jóven que llevaba en la mano un canastillo con camisas planchadas, y le gustó tanto, que acercándose á ella :

— Jóven, le dijo, ¿ es Vd. planchadora?

— Para lo que Vd. guste mandar.

— Yo ando buscando una, y si Vd. quisiera servirme.....

— Con mucho gusto.

— Pues vaya Vd. á mi casa mañana.

Y le dió las señas.

La planchadora era Casilda.

Al dia siguiente fué á casa de D. Meliton, que, despues de haber sido saqueado por las criadas, habia decidido no tener mas que fámulos, y apenas

entró la planchadora, no ocurrriéndosele nada que mandar al criado :

— Vaya Vd. inmediatamente á la Puerta del Sol, le dijo, y vea Vd. qué hora es.

— Sin ir puedo saberlo, contestó el mozo.

— Es que necesito saber si adelanta ó atrasa mi reloj.

— Ya sé lo que Vd. necesita, dijo el criado, y se fué.

La escena que pasaria entre Casilda y D. Meliton la ignoro.

Lo único que puedo decir es que la planchadora arrugó la cara del jefe de seccion con una bofetada de sus manos, y que salió precipitadamente... de su casa diciéndole :

— Ande Vd. y busque una mona que le planche.

— ¡ Uraña ! ¡ esquiva ! dijo D. Meliton.

Y se quedó diciendo :

— No, pues lo que es esta chica, me gusta y he de buscarla.

Desde aquel dia apenas salia de la oficina se iba á comer á la fonda Suiza, y por la calle del Carbon iba á la del Desengaño, se detenia delante de los Basilios, con la esperanza de que se asomase Casilda á la pequeña ventana que la ponia en comunicacion con la calle, y en seguida se marchaba al café de Levante, á reunirse con sus amigos de oficina.

Aunque ya le habrán juzgado mis lectores, y no tendrán la mejor opinion de él, debo decir que las circunstancias que le habian elevado al puesto que ocupaba le hacian objeto de grandes atenciones por parte de sus compañeros. Todos sabian que el ministro no le negaba nada.

La tarde en que Jorge dejó caer su cigarro iba pensando en la planchadora, y enfurecido al pronto, se fué del seguro y trató de mala manera al jóven.

La cosa tomó un giro que no le agradó nada.

En el primer momento hubiera sido capaz de dar un trastazo al jóven; pero eso de empuñar una espada ó una pistola no le parecia un modo de arreglar las cuestiones con sus adversarios.

— Si yo le he dicho bruto, él me ha dicho animal; y, aunque es verdad que le he dado una bofetada, él por su parte hubiera respondido si no se hubiera interpuesto su amigo. Con que así, hemos quedado en paz.

— No, señor, le decia su padrino; en sociedad no se arreglan las cosas así. Vd. no tiene mas remedio que dar una satisfaccion á ese caballero.

— Cierto; pero si le doy una estocada ó un balazo, no creo que le dejaré muy satisfecho.

— Las leyes del honor.....

— La verdad, Sr. Manzanillo; yo no soy hombre de arma tomar, y si ese jóven es espadachin, me

atraviesa como dos y tres son cinco. Hágame Vd. un favor.

— Mande Vd.

— Se lo pido á Vd. como amigo, no como jefe.

— De todos modos lo haré con gusto.

— Averigüe Vd. quién es ese jóven.

— Me lo dirán sus padrinos.

— En la oficina espero contestacion. Usted arregle las cosas para que yo no me bata..... No porque tenga miedo, sino por el escándalo; ya ve Vd., qué se diria..... ¡Un jefe de seccion!.....

— Cierto.

— Dígale Vd. que soy muy valiente, que ya he tenido otros lances y que he dejado mal parados á mis enemigos.

— Esté Vd. tranquilo. Yo arreglaré las cosas á medida del deseo de Vd.

El Sr. Manzanillo averiguó poco despues que Jorge era un muchacho modesto, sin posicion, sin fortuna, pero con muchas necesidades.

Cuando lo supo D. Meliton:

— ¿Y persiste, dijo, en que le dé una satisfaccion?

— Nada mas justo; le ha dado Vd. una bofetada.

— Pues se la daremos; sí, señor, que se la daremos.

Y arrellanándose en su sillon:

— A ver, Sr. de Manzanillo, traiga Vd. la lista de los empleados.

— ¿La lista?

— Sí, hombre, sí.

— ¿Para qué?

— Para dar una satisfaccion á ese jóven.

— No comprendo.

— Ya verá Vd., ya verá Vd. Venga esa lista, por de pronto.

Y frotándose las manos cuando llegó el Sr. de Manzanillo:

— Es necesario que me haga Vd. en esa lista un hueco de seis ú ocho mil reales.

— Pero, Sr. D. Meliton....

— Nada, nada, es preciso; empiece usted á leer.

— Entre los de la clase, ¿no es verdad?

— Sí, hombre, sí.

— D. Pedro Gomez.....

— No; ese es sobrino mio.....

— D. Julian Marchamalo.

— Ese que marcha mal.

— Le protegen nada menos que tres diputados.

— ¡Quieto! ¡quieto!

— D. Lucas Tornos.

¿Y ese?

— Está casado con una hija de la hermana del jefe.

— Otro.

— D. Diego Rico.

— Hombre, ese no necesitará el sueldo. Dejémosle cesante.

— No podemos quitarle porque es hechura del antiguo ministro que respetó al sobrino del actual, como Vd. sabe. Sigue D. Blas Herranz.

— Y á ese, ¿quién le protege?

— Es uno de los empleados mas probos, mas laboriosos, mas.....

— Pero ya es viejo, tiene cesantía..... Venga esa plaza. Apúnteme Vd. el nombre, que me voy á ver al Ministro.

El Sr. Manzanillo obedeció, y D. Meliton, que por lo visto se veia atacado de los nervios en presencia de la *h*:

— Herranz es sin *h*, dijo, y tachó el nombre.

— No, señor, es con ella.

— Le digo á Vd. que no.

— Le digo á Vd. que sí. Vea Vd. el Diccionario.

— ¡Qué Diccionario, ni qué!..... Pero á propósito. Esto me recuerda que puedo realizar mi deseo y castigar á un empleado que se me ha subido hoy á las barbas. Estiéndame Vd. una credencial para el puesto que desempeña D. Melquiades Vasconcellos á favor de ese jóven, y al mismo tiempo el oficio declarando cesante al primero. Me voy á ver al Ministro.

— Pero, D. Meliton, mire Vd. que es el que mejor sabe sumar.

— No importa; se ha atrevido á decirme que *hacer* se escribe con *h*.

— El Diccionario....

— Lo que siento es que el Diccionario no esté empleado; si no sufriria su misma suerte. Vamos, despache Vd., porque quiero ver al Ministro antes que se vaya. En cuanto le refiera lo que me pasa firmará como en un barbecho.

Así pasó, en efecto, y por la mañana pudo dar á Jorge la satisfaccion que le pedia.

Al mismo tiempo que Jorge se entusiasmaba, se tiraba de los pelos D. Melquiades y esclamaba, como todos los que se quedan cesantes :

— ¡ Vaya un gobierno ! ¡ Vaya un país ! ¡ Si aquí todo está perdido ! ¡ Si esto no tiene remedio ! Yo les aseguro que me las pagarán. Hoy mismo me hago demócrata ó absolutista.

Conque ya saben Vds. lo que significaba el papel que tan grata sorpresa causó á Jorge.

Pero lo que aun ignoran es lo que habia pasado en el baile á la jóven Hortensia, y los motivos que habian impulsado á la generala á no asistir á aquel brillante sarao.

Esto último es muy importante.

Vamos á saber quién era la generala.

XII

Una generala y un brigadier.

Antes de conocer á la generala, tenemos que entrar en relaciones con un brigadier.

El Sr. Mariano ha acortado el camino.

El brigadier Iraldez, que es el militar á quien me refiero, habia guardado fidelidad á la memoria de su amada, que hubiera sido esposa suya si la muerte no le hubiera privado de esta dicha.

Pero tuvo ocasion de distinguirse en la guerra civil, y para que no oscureciese su gloria aquel hijo ilegítimo, ocultó á todo el mundo los lazos que con él le ligaban, y confiándole á la esposa de Juan, le señaló una pension para que atendiera á sus necesidades.

Al mismo tiempo enviaba al fiel criado cada tres meses una cantidad suficiente para que pudiera vivir y hallar alguna distraccion á los pesares que tenia su alma por verse lejos de su familia.

— Es necesario ocultar á Jorge que es hijo mio, dijo á la madre de Rosa.

Jorge no supo nada hasta el momento en que Rosa le confió la revelacion que acababa de hacerle el Sr. Mariano.

Pero veia todos los meses llegar á D. Jacinto, entregarle doscientos reales y trescientos á la madre de Rosa, y sabia, porque en una ocasion se lo habia dicho contestando á una pregunta suya, que sus padres habian muerto y que en su testamento habia dispuesto que recibiera todos los años los réditos de una cantidad que al cumplir treinta años le entregarian íntegra.

Alguna que otra vez habia visto en casa de la pobre mujer que le servia de madre al brigadier Iraldez.

Pero este, temeroso de descubrirse, fingia no hacerle caso; además, estuvo separado de él mucho tiempo, porque, habiendo seguido siempre al duque de la Victoria, quiso participar con él de su destierro, y desde el año de 1843 hasta 1854 solo dos ó tres veces, y para eso de temporada, estuvo en la corte.

El año 1854, en los momentos mas críticos de la revolucion, pudo salvar la vida á un jóven oficial, y este acto le valió la gratitud de su padre, que era un bizarro general.

La generala Mendoza y su esposo trataron desde entonces con el mayor afecto al brigadier Iraldez.

Desgraciadamente, el jóven oficial pereció al tomar una barricada en el año 1856, y, como era único hijo, la generala cayó en una profunda tristeza.

Las puertas de su casa se cerraron para todo el mundo, menos para el brigadier Iraldez, en quien aquellos desgraciados padres veian siempre al salvador de su hijo.

Poco despues el general, anciano, enfermo y achacoso, murió, y la generala, jóven aun, llevó á su lado á un sobrino suyo, reconcentrando en él todas sus afecciones.

Un tio de la generala falleció en Méjico, dejándola heredera de una inmensa fortuna.

Aunque tenia muy buenos sentimientos, esta inesperada noticia la consoló bastante, y, conociendo que necesitaba vivir, buscó en los salones algo con que llenar el vacío que habia en su alma.

Su sobrino tendria entonces unos veintidos años.

La generala dió órden á su banquero para que facilitase al jóven todo el dinero que le pidiese, y el afortunado sobrino, abusando de aquella prueba de bondad, se entregó á toda clase de escesos.

El brigadier Iraldez, que vivia muy retirado y

haciendo ahorros para poder ofrecer á su hijo misteriosamente, cuando cumpliera los treinta años, el capital que esperaba, iba de tarde en tarde á ver á su antigua amiga.

En sus conversaciones mezclaba la generala la narracion de sus triunfos en los saraos y las amargas quejas de los disgustos que le daba su sobrino.

La generala era una de esas mujeres de cuarenta y cinco años, bien conservada, con todo el aspecto de una matrona, y como á su belleza física unia una fortuna inmensa y un esquisito gusto para vestirse y adornarse, tenia infinitos pretendientes.

Por mas que le halagase la corte que le hacian, estaba resuelta á no contraer segundas nupcias, y se contentaba con despertar envidia en las demás mujeres elegantes de Madrid.

La marquesa, como hemos visto, era solo por esta causa su mayor enemiga.

Quince ó diez y seis dias antes del en que he dado comienzo á esta historia, faltó de pronto de los salones.

Al comentar su ausencia, la atribuian unos á los sérios disgustos que le daba su sobrino, y las señoras á su deseo de hacerse interesante.

El dia anterior al que robó un minuto á los vecinos de la calle del Desengaño próximos á los Basi-

lios, una amiga de la marquesa fué á visitarla y le anunció que la generala Mendoza pensaba ir al baile que debia dar al dia siguiente la duquesa del Soto, y que se habia fijado ya en un precioso aderezo de casa de Samper.

— No será para ella, se dijo la marquesa.

Y ya hemos visto que habia cumplido su palabra.

Pero, ¿porqué no fué al baile?

¿Porqué ofreció á su amiga el triunfo que ambicionaba?

— No ha venido porque me he anticipado á comprar el aderezo que ella queria, dijo la marquesa.

Esta version no era exacta.

Precisamente en los momentos en que la marquesa sorprendió á su hija hablando por el ventanillo con Jorge, entró el brigadier Iraldez en casa de la generala.

La pobre señora estaba my afligida.

— Siempre triste, mi buena amiga, dijo el brigadier.

— Ese muchacho va á quitarme la vida á pesadumbres. Esta mañana he recibido una carta de mi hermana que confirma el despacho telegráfico de ayer. Me echa la culpa de la desgracia du su hijo, dice que al satisfacer todos sus caprichos le he pre-

cipitado en el abismo, que es natural que un jóven con dinero haga lo que él ha hecho, que no he puesto cuidado en apartarle de las malas compañías, y por último me acusa de haber obrado mal impidiendo á su hijo que se marchara en pos de esa mujer.

— Al fin es madre.

— Lo peor del caso es que tiene razon.

— Tranquilícese Vd., señora. A estas horas camina ya al lado de su madre.

— ¿Lo ha arreglado Vd. todo?

— Con el auxilio de D. Quintin.

— ¿Habrá que hacer algun obsequio á ese caballero?

— No le aconsejaré á Vd. que no; es muy interesado.

— ¿Y le acompañará el doctor?

— Me ha prometido no separarse de él hasta dejarle al lado de su madre. Por supuesto, que aun cuando ha estado en la casa quince dias, habrá que pagar el mes entero. D. Quintin no perdona un ochavo.

— ¿Qué me importa? Lo que yo siento es que al verle su madre va á enfurecerse mas, y reñir para siempre con mi cuitada hermana produciria en mí un hondo sentimiento. Vd. ha hecho todo lo que podia hacer.

— No hablemos mas del asunto y preste Vd. atencion á un egoista.

— ¿ A un egoista ?

— Sí.

— ¿Quién es?

— Yo.

— ¿Vd., brigadier?

— Siento que la súplica que voy á hacer á Vd. parezca favor por favor; pero no tengo otro remedio.

— Hable Vd., ya sabe que deseo complacerle.

— Vd. es íntima amiga de la esposa del Ministro de Gracia y Justicia.

— Como que fuimos compañeras de colegio.

— ¿Y se atreveria Vd. á pedirle un favor?

— Segura de obtenerle.

— En ese caso, voy á interesarla á usted por un reo á quien han condenado en segunda instancia á la pena de muerte.

El brigadier refirió á la generala con algunas variantes la historia que el señor Mariano habia contado á Rosa.

— Pero un hombre así, esclamó la generala despues de oirle, debe ser perdonado y premiado.

— Sin embargo, la justicia tiene que creer su declaracion.

— Y el hombre á quien salvó; ¿ vive?

— Vive y está dispuesto á salvarle la vida; pero tiene un hijo y desea conservarla para velar por él. Si no hubiera mas remedio, si fuera llevado á las gradas del patíbulo el hombre heróico que le salvó, aceptando sus culpas, iria á los tribunales y proclamaria la inocencia del reo. Pero antes yo, que me intereso por los dos, suplico á Vd. que influya con la esposa del Ministro para que, refiriéndole lo que yo le he contado á Vd., le incline á impetrar el perdon de nuestra soberana cuando en el próximo Viernes Santo adore los altares.

— Esta misma noche iré á ver á mi amiga.

— ¿No va Vd. al baile de la duquesa?

— No, de ningun modo pensaba ir. La inmensa pena que produce en mí la desgracia de mi sobrino me ha quitado el gusto para todo. Despues de haberle oido á usted, de saber sus deseos, estoy segura de que gozaré mas yendo á hablar á mi amiga en favor de ese infeliz, que pasando unas cuantas horas en el baile.

— El abogado defensor del acusado debe á estas horas estar en Palacio impetrando la clemencia de S. M.

— Razon de mas para que yo no pierda el tiempo.

— Gracias, mil gracias, bandadosa amiga.

— En cambio de este favor tengo que pedirle á Vd. dos. Uno ahora y otro mas tarde.

— Concedidos los dos.

— El primero es que haga Vd. el favor de ir en mi carruaje, que está á la puerta, á casa de Samper..... ya sabe Vd., calle del Cármen.

— Sí.

— Va Vd. á decirle de mi parte que ya no quiero el aderezo. En cambio, elegirá usted para D. Quintin una petaca y una fosforera de oro cincelado. ¿Quedará satisfecho?

— No merecen tanto sus servicios.

— Conque quedamos en que me hará usted este favor, dispensándome que me tome tanta libertad; pero como se trata de elegir un regalo para un caballero, nadie mejor que usted.

— Voy en seguida. Pero antes indíqueme Vd. cuál es el segundo favor.

— Es cuestion de curiosidad.

— No importa.

— ¿Cuando obtenga el indulto de ese acusado, me dirá Vd. quién fué su amo?

— Sí, generala, se lo juro á Vd.

— Pues hasta mañana.

— Hasta mañana.

El brigadier fué á casa de Samper, y él era el que salia al entrar la marquesa.

¡Cuán lejos estaba la madre de Hortensia de imaginar el motivo que le habia impedido saborear la derrota de su rival!

En cuanto á Hortensia, la verdad es que estaba muy triste al abandonar el baile.

— ¿Te has divertido mucho? le preguntó su madre.

— No, mamá.

— Ya sé porqué es, se dijo la marquesa. Como no ha estado tu pretendiente.....

Y mientras la marquesa pensaba de este modo, decia su hija al acostarse:

— ¡Tambien ha sido casualidad no haber ido esta noche el vizconde de Castilla! ¿Qué le habrá pasado? Tal vez alguna otra mujer... Como yo no le he hecho caso.... El va todos los dias á la Castellana á caballo.

Aquella noche soñó que el vizconde le hacia una declaracion, y que era tal la fascinacion de su mirada, que no podia resistirle.

La imaginacion le hacia creer en sueños que escalaba su cuarto, que la cogia en sus brazos desmayada, y se la llevaba á través de los campos en un caballo volador.

Se despertó sobresaltada, y despues de tanquilizarse, volvió á cerrar los ojos para continuar soñando.

A las doce se levantó.

Ya hacia mas de una hora que Jorge paseaba la calle aguardando la ocasion de ver á una criada para entregarle una carta y conseguir que la elevase á manos de su amada.

Antes de hacer aquella centinela le habia pasado una escena que merece contarse en capítulo aparte.

XIII

Un marido y una mujer.

Apenas supo Jorge que la satisfaccion que le daba su adversario era un empleo de ocho mil reales, corrió á anunciar su suerte á Rosa y á su abuela.

La pobre niña se fué al obrador muy contenta, y Jorge con su amigo á almorzar á la fonda.

Á las once se separaron, despues de haber escrito el afortunado jóven una carta á su amada confiándole su ventura y ofreciéndole su posicion.

Se despidió de Luis y se dirigió á la calle del Desengaño, resuelto á hacer llegar á manos de la jóven la epístola.

Al entrar en la calle del Cármen, vió á una señora que se quedó mirándole.

— Caballero, caballero, le dijo, celebro hallar á Vd. Es necesario que haya entre los dos una esplicacion.

— No tengo el gusto de conocer á Vd.

— Es inútil ese disimulo.

— Aseguro á Vd., señora, que no la he visto en mi vida.

— ¿No es Vd. el Sr. Jorge Martinez?

— Para servir á Vd.

— ¿No vive Vd. en la calle de Lavapiés, núm. 16, cuarto 4°.?

— Sí, señora.

— ¿No pasa Vd. todos los dias por delante de los Basilios?

— Veo que me conoce Vd.

— Y Vd. á mí tambien. Pero despues de lo que ha pasado, quiere Vd. hacerse el desentendido.

— ¿Alude Vd. al encuentro de ayer tarde con un caballero en la calle del Carbon?

— No, señor; aludo á los paseos con que me ha comprometido Vd.

— ¿Yo?

— No crea Vd. que le culpo; el hombre es libre.

— Pero ¿qué quiere Vd. decir, señora?

— Quiero decir que ha podido Vd. muy bien figurarse que era soltera ó viuda; pero desgraciadamente soy casada.

— Le juro á Vd....

— Sí, ya comprendo. Va Vd. á jurarme que si lo hubiera sabido no se hubiera fijado en mí. Eso

hacen los hombres de honor, y yo le tengo á Vd. por tal. Pero mi esposo se ha enterado de todo, me ha creido criminal y nos hemos separado por culpa de Vd., caballero, por culpa de Vd.

— Vamos, señora, yo no puedo permitir.

— Veo que es Vd. hombre de corazon. Me lo habia figurado y por eso me he atrevido á hablarle. Esta será la última vez que nos veremos en el mundo. Pero por lo mismo voy á perdirle á Vd. un favor.

— Antes, señora, es necesario que usted sepa...

— ¿Los móviles que le han impulsado á Vd. á dirigirse á mí? Yo los respeto y los deploro.

— No es eso, es que...

— Echemos un velo sobre el pasado. Pero mi porvenir está en manos de Vd. Yo por nada del mundo hubiera faltado á mi deber. Mi esposo ha dudado de mí y yo amo á mi esposo; tengo esta debilidad, caballero, pero le amo.

— Hace Vd. bien.

— En el primer momento he escrito á mi ma dre para que venga á buscarme; pero luego me he arrepentido. Aspiro á una reconciliacion.

— Esa conducta le honra á Vd., dijo Jorge, renunciando á dar esplicaciones porque no le dejaba su interlocutora.

— Va Vd. á hacerme á mí el favor de ir á ver á mi marido.

— ¿Yo?

— Sí, señor. Va Vd. á decirle que no paseaba Vd. la calle por mí, sino por otra.

— Y es la verdad.

— ¡Bien! ¡muy bien! Dígalo Vd. así, de esa manera, á mi marido... ¡Oh! ¡es usted un hombre de mundo! En cuanto él se convenza... él es bueno, es cariñoso y vendrá á buscarme, y á Vd. le deberé la felicidad y la paz de mi alma.

— Está muy bien, señora, dijo Jorge, resuelto á irse cuanto antes y á no hacer nada de lo que le decia doña Mercedes, que no era otra su interlocutora, como habrá comprendido el lector.

— Antes de despedirnos, añadió la señora de Vasconcellos, le haré á Vd. una confesion. Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, antes de estar casada, por ejemplo, hubiera sabido apreciar en lo que valen las cualidades que le adornan á usted.

Jorge no quiso oir mas.

— Señora, que Vd. lo pase bien, le dijo. Voy á cumplir sus órdenes.

Y como estaba de buen humor porque habia almorzado bien, porque tenia diez mil reales, un destino y la seguridad del amor de Hortensia, se fué riendo de la escena que le acababa de pasar, y al lle-

gar á la calle del Desengaño, solo pensó en el medio de hacer llegar á manos de Hortensia la epístola.

D. Melquiades habia recibido el oficio declarándole cesante y habia lanzado las frases huecas que ya han oido mis lectores.

A esta desesperacion unia la de verse separado de su esposa, y, sobre todo, la de que su criada habia salido á las ocho de la mañana á la compra y á las once no habia vuelto.

Deseando estaba que llegara para descargar sobre ella su mal humor, cuando llamó la alcarreña.

— Señor, señor, le dijo al entrar desarmándole desde luego, venga Vd., venga usted, y verá al que persigue á la señora.

— ¿Está en la calle?

— Sí.

— Descargaré sobre él mi ira, se dijo don Melquiades.

— Vaya Vd. al balcon y le verá.

— Sí, quiero conocerle.

Y asomándose detrás de las vidrieras, vió á Jorge dar dos ó tres paseos, mirando mas hácia sus balcones que hácia los de Hortensia para disimular.

Furioso como un tigre, abrió la puerta, bajó las escaleras y se detuvo porque vió en el tramo del

piso principal al seductor con una de las criadas de la marquesa.

Apenas le entregó la carta echó á correr, y D. Melquiades llamando á la criada :

— Jóven, responda Vd., le dijo.

La criada se asustó.

— ¿Tiene relaciones con Vd. ese jóven ?

— ¿Es Vd. de la policía? contestó la criada reponiéndose.

— Necesito saberlo.

La criada, que se habia enterado de la trifulca que habia habido en el cuarto segundo ;

— Esté Vd. tranquilo, le dijo, que ese jóven no viene por su mujer de Vd., sino por mi señorita.

— ¡ Caballero ! ¡ caballero ! gritó D. Melquiades corriendo las escaleras detrás de Jorge.

Tan precipitadamente bajó, que le alcanzó en la esquina de la calle de los Leones.

— Perdóneme Vd., le dijo, pero necesito hacer á Vd. una pregunta.

— Mande Vd., contestó el jóven ignorando quién era aquel sugeto, que sin sombrero y con zapatillas habia corrido detrás de él.

— Le he visto á Vd. hace un instante hablando con la criada de la marquesa.

— ¿Y qué tenemos? preguntó Jorge cuadrándose por si acaso iba á pedirle una esplicacion.

— Que he esperimentado una inmensa alegría.

— Esplíquese Vd.

— Necesito oir de sus labios de Vd., para ser completamente dichoso, que ama usted á la hija de la marquesa.

— ¿Está Vd. en su juicio?

— Creo que no.

— Yo tambien lo creo.

— Conque conteste Vd., mire Vd. que de su respuesta pende la paz de un matrimonio.

Jorge adivinó entonces quién era su interlocutor.

— Pues bien, sí, dijo; acabo de entregar á la criada una carta para la hija de la marquesa.

— Luego ¿no conoce Vd. á mi mujer?

— No, señor.

— Déme Vd. un abrazo.

— Repare Vd. que nos mira la gente.

— Tiene Vd. razon; vámonos al portal de mi casa y le abrazaré.....

— De ningun modo, tengo prisa.

— Yo necesito manifestar á Vd. mi gratitud..... mi..... ¿Cómo se llama Vd.?

— Tenga Vd. mi tarjeta, dijo Jorge.

— Y, dejándole con la palabra en la boca, se separó de él.

D. Melquidades, olvidándose de que estaba cesante, ébrio de gozo porque tenia pruebas de la inocencia de su mujer, se dirigió á buscarla.

No habia dado diez pasos, cuando tropezó de manos á boca con el Sr. Manzanillo.

Aquel hombre le recordó su cesantía.

— ¿Conque me ha limpiado Vd. el comedero? le dijo.

— Yo, amigo mio, ni entro ni salgo. Obedezco las órdenes superiores.

— ¿Y á quién debo el favor?

— Pues qué ¿no lo ha sospechado Vd.? Á D. Meliton.

— Ahora comprendo. Ha tenido la culpa la *h* de ayer.

— No solo la *h*. D. Meliton se vió en un grave apur.

Y en dos ó tres palabras le refirió la causa de su cesantía.

— Dígale Vd. al jefe que no se ponga á mi vista, porque en cuanto le vea le apaleo.

Y continuó su camino, formando un proyecto cuya realizacion no tardarán en ver mis lectores.

El resto del dia lo empleó en buscar á su mujer, sin encontrarla.

Al ir á su casa por la noche le aguardaba doña Mercedes.

Antes habia dado un paso maquiavélico.

Pero dejamos á Estéban llamando á la puerta de la tienda á las once de la noche, con ánimo de armar camorra con su principal, y necesitamos volver á su encuentro.

XIV

Un amo que no se enfada cuando conviene á su criado.

— Es necesario echárselas de hombre desde el primer momento, se dijo.

Y dió un aldabonazo con todas sus fuerzas.

El dependiente jóven abrió la puerta.

— Buenas noches, dijo Estéban con desenvoltura.

Y notando que el chico le miraba :

— ¿Porqué me miras así? añadió.

— Entre Vd. aquí, so calavera, esclamó el principal, que estaba en la trastienda, con voz afable y cariñosa. Hemos echado una cana al aire, ¿no es eso?

— Sí, señor, ¿porqué lo dice Vd.?

— Porque me alegro.

— ¿Se alegra Vd.? preguntó Estéban asombrado.

— Sí, hombre, sí; siempre estás metido en casa.

Nada tiene de estraño que una noche quieras gozar de libertad.

— Es que han dado las once.

— Pues mira, has venido mas temprano de lo que yo esperaba. Cuando ví que á las diez no habias llegado, ese, me dije, no vendrá hasta las doce ó la una. Así es que eso mas tengo que agradecerte. ¿Traes ganas de cenar? Yo no he cenado por esperarte; conque nos iremos á la mesa.

Aquella inesperada condescendencia desconcertó al mancebo.

No sabiendo qué partido tomar, se puso triste.

— Si estoy así un rato, se dijo, me preguntará qué es lo que tengo y le soltaré una patochada.

— Siéntate, Estéban, siéntate, que vendrás muy cansado.

— No, señor.

— ¡Ya verás, ya verás qué cena! Lo que mas te gusta. Bacalao á la vizcaina.

Era, en efecto, uno de los platos que mas agradaban á Estéban, y se animó apenas se lo anunciaron.

Un momento despues volvió á caer en la premeditada melancolía para buscar el motivo que deseaba de armar camorra.

Durante la cena estuvo muy obsequioso el amo. Hizo varias preguntas á Estéban, y aunque este

le respondia de mal modo, su principal, riéndose y frotándose las manos :

— Mala mosca te ha picado esta noche, le dijo; pero sin que lograra Estéban que se incomodase.

— Voy á ver si le irrito, se dijo el jóven. — Ha de saber Vd., añadió en alta voz, que he ido á visitar á una muchacha.

— ¡Ah, picaruelo! ¿Conque andamos en esos tratos?

— Sí, señor; una muchacha que me gusta mucho.

— Nada mas natural; yo á tu edad hacia lo mismo. No sé qué diablos tienen las mujeres, que le vuelven á uno loco. Y, si he de decir la verdad, me alegro de que te espabiles, porque empezaba á formar mala opinion de tí al ver que no hacias caso de las hijas de Eva.

— Despues he estado en el café.

— ¿Con los amigos, tal vez, eh? Bien hecho. De cuando en cuando es necesario un poco de espansion. Habreis hablado por los codos.

— Y he bebido ron y marrasquino...

— Si lo hubieras tomado despues de comer hubiera sido mejor. Ya sabes lo que dice la zarzuela :

« Cuando acabo de comer,
y me siento remolon... »

— Pues, señor, no hay modo de enfadar á este hombre, se dijo Estéban.

— Estoy seguro de que vas á dormir muy bien esta noche.

— No, señor; no tengo gana de dormir. Voy á pasar la noche en vela.

— En ese caso, te daré *La Correspondencia* para que te entretengas. No importa que no madrugues; el chico abrirá la puerta y barrerá la tienda.

Y, dándole un golpecito en el hombro, se fué á su cuarto.

— ¿Qué cambio es este? pensó Estéban. Yo que aguardaba que me recibiera á palos, me encuentro con el hombre mas amable del mundo. Pues lo que es mañana le hablo con claridad. Quiere decir que le pediré mi dinero sin reñir antes, porque yo no vacilo. ¿Cuánto mas vale pasarse los dias visitando personajes, ofreciéndoles tabaco, que no estando detrás de un mostrador? Cuando Casilda sepa la nueva profesion que voy á adoptar, me querrá mas; ¡qué tiene que ver! Lo que es mañana... Pero ahora caigo; mañana reñimos de fijo. Tengo que ir á la cita que me ha dado Facundo. El amo no me dejará... Sí, sí, no hay duda, ahora sí que se arma:

Y, aunque se acostó tarde, la costumbre le hizo levantarse temprano.

A cosa de las doce:

— Necesito salir, dijo á su principal.

— Nada mas justo; te has portado muy bien. Acostándote anoche tarde has madrugado. Vé, hijo mio, vé y vuelve cuando quieras.

Estéban no se hizo de rogar.

Fué á la cita, y ya estaba aguardándole su camarada.

— Bien, hombre, bien; me alegro de que seas puntual. ¿Estás resuelto á entrar conmigo en el negocio?

— Contigo y con el otro.

— No me hables del otro. Es un canalla.

— ¿Cómo un canalla?

— Sí; ¿querrás creer que anoche no fué á la cita por seguir á una muchacha?

— Hombre, eso lo que quiere decir es que es muy enamorado.

— No es eso solo; le he visto esta mañana, le he pedido media onza para un gasto preciso, y me la ha negado.

— No tendrá dinero.

— Pues por eso no nos sirve.

— ?De modo que renuncias á su cooperacion?

— Cuantos menos bultos mas claridad. Los dos bastamos y sobramos. Con tus diez mil reales, mi actividad y mis relaciones, nos ganamos un par de duros diarios cada uno, como hay Dios.

— ¿Pero estás seguro?

— Segurísimo. De eso no hay que hablar. Supongo que ya habrás reñido con tu principal y que le habrás pedido el dinero.

— No me ha sido posible.

— ¿Cómo que no?

— Nunca ha estado conmigo mas amable que ayer y hoy.

— Porque habrá olido que le vas á pedir los cuartos.

— Así será, pero ello es que me ha desarmado.

— Pues chico, debes pedirle el dinero.

— No me atrevo.

— ¡Qué bobo eres!

— Si halláramos un medio.....

— Mil hay.

— Uno nos basta.

— Se me ocurre uno escelente.

— Habla.

— Me firmas un recibo declarando que me debes diez mil reales.

— Pero eso no es verdad.

— ¡Toma! desde luego.

— Bien, ¿y qué?

— Te vas á casa, y dentro de una hora paso por allí, te llevo el recibo y le dices á tu amo: « Necesito dinero. » Él te contestará: « Ahora no lo

tengo. » Entonces te diriges á mí y me dices : « Vd. puede esperar, ¿no es eso? » Segun y cómo, » contesto yo. « ¿Puede Vd. aguardar hasta mañana con la garantía de mi amo? » Yo respondo que sí. Me das el recibo, y al dia siguiente voy á cobrar. Como es muy natural, tu amo te preguntará en qué has empleado ese dinero. Le mandas enhoramala diciéndole que no tiene para qué meterse en camisa de once varas. Reñís, y al dia siguiente cuando yo vaya á cobrar me esperas cerca, á la vuelta nos venimos juntos, te entrego el dinero y empezamos á negociar.

— No es mala idéa.

— Pues á ponerla en práctica.

— Todo te lo encuentras hecho, eres el diablo.

— Mozo, gritó Facundo, un tintero y un papel; yo te dictaré el recibo.

— Por supuesto, añadió el montañés acordándose del país en que habia nacido, que tú me darás para mi resguardo otro recibo.

— Hombre, me ofendes.

— Es que somos mortales.

— Bien, hombre, te daré lo que quieras : pero yo pensaba...

— Chico, cuanto mas amigos mas claros.

Estéban firmó el recibo y Facundo el resguardo; pero de tal manera, que su amigo le dijo :

— ¡ Cómo has variado de letra!

— Hace ya tanto tiempo que no escribo, que he perdido la forma.

— Vaya, pues hasta luego.

— Que vayas esta tarde.

— Antes de un par de horas me tienes allí.

Antes de volver á la tienda pasó Facundo por casa de Casilda.

— Llega Vd. á tiempo, le dijo la planchadora.

— ¿De veras, prenda?

— Me acaba de traer el cartero una carta, y como me estorba lo negro...

— ¿Quiere Vd. que se la lea?

— Sí.

— Pues ya estoy á sus órdenes.

— ¿Quién firma?

— Meliton Gomez Perez.

— ¡Oh, sí, D. Meliton! dijo la planchadora; no necesito saber lo que me dice.

Y quitándole la carta de las manos se la guardó en el pecho.

— ¿Es de alguno que le hace á Vd. el oso?

— ¿Porqué lo dice Vd.?

— Porque me gustaria lo mismo que un dolor de muelas.

— ¿Es Vd. celoso?

— Mas que un gato.

— Mala condicion para marido.

— Quien bien quiere... dice el refran. ¿Conque me contesta Vd.?

— ¿No hemos quedado en que hablaríamos mañana en el Ariel?

— Es verdad; ya se me olvidaba. Esta tarde iré á buscar los billetes.

— Pues mañana hablaremos, que ahora tengo que hacer.

Y poniéndose la mantilla se despidió de Estéban.

Este se fué á la tienda y Casilda á la calle de los Leones, para que el memorialista le leyera la carta.

Estéban entró muy satisfecho creyendo en la eficacia del medio que le habia sugerido su amigo para pedir el dinero á su principal.

¡Qué escenas le aguardaban!

XV

Un negocio entre amigos.

— ¿Dónde está el amo? dijo Estéban al otro mancebo de la tienda apenas volvió á casa.

— Está en su cuarto con un escribano.

— ¿Y qué hacen?

— No lo sé; pero no le ha puesto muy buena cara.

A poco rato salió el principal con el escribano.

— Ven, Estéban, ven; le dijo llevándole á su habitacion. No te puedes imaginar la desgracia que me ha sobrevenido.

— ¿A Vd.?

— Sí.

— ¿Qué ha pasado?

— Ya sabes que era presidente de la sociedad minera *El Cuerno de Oro*.

— Sí, ¿y qué?

—¡Que la tal mina, que yo compré bajo palabra

á D. Eleuterio, aquel hombre tan timorato, tan cumplido, era ni mas ni menos que un pozo de agua, y se ha averiguado la verdad ; los accionistas á pesar de ser amigos mios, han presentado una demanda al tribunal, y he sido condenado á devolver el importe de las acciones y de los dividendos con embargo de todos mis bienes para garantizar el pago. Afortunadamente, tenia mil duros, y con tus diez mil reales he podido parar el golpe, que estaba viendo desde anoche. Es una pérdida espantosa; pero no tengas cuidado, hijo mio, ese dinero tuyo será siempre para mí un crédito preferente, y dentro de ocho ó diez años te los devolveré con los intereses que hayan devengado.

Estéban se consternó.

— El caso es que yo necesitaba ese dinero, contestó el jóven, habia emprendido un negocio por mi cuenta, y...

— Pues hijo, francamente, lo he gastado.

— ¿Y no tendrá Vd. medio de buscarlo por ahí? Haga Vd. que le presten.

— Si se tratara de cuatro ó cinco mil reales, con mucho gusto, pero diez mil es muy difícil.

— Con cuatro á cinco mil reales tendré bastante para empezar, pensó Estéban.

Y añadió en voz alta :

— Me contento con eso.

— ¡ Es una atrocidad dar diez mil reales por cinco mil !

— Es que Vd. me dará la otro mitad cuando pueda.

— Descontando los réditos de lo que pague por el préstamo.

— Mire Vd. que es fuerte cosa lo que me pasa.

— ¿ Qué resuelves ?

— Que me dé Vd. esa cantidad.

— En fin, haré un sacrificio.

El tendero, que era muy cuco y habia tendido un lazo á Estéban, en quien adivinó deseos de separarse de él, hizo como que salia y volvió poco despues.

— Hasta la tarde no puedo entregarte ese dinero, le dijo.

Estéban ardia en deseos de ir cuanto antes á buscar a su amigo, para que no se presentase con el recibo, y pidiendo permiso á su amo partió á realizar su deseo.

Facundo se dirigia á la tienda para desempeñar su papel.

— Es inútil ; dáme el recibo, le dijo Estéban,

— ¿ Te ha entregado el dinero ?

— Me va á dar la mitad.

— ¿ Y te conformas con eso ?

— Es que de lo contrario tengo que resignarme á aguardar ocho ó diez años para cobrarlo todo de una vez.

— Eres un mentecato, y aunque te empeñes no te doy el recibo.

— Pero ¿ porqué ?

— Porque voy á cobrar esta misma tarde todo el dinero.

— Es imposible.

— Ya verás, ya verás ; de todos modos has de reñir con tu amo..... Conque véte por ahí y no vayas hasta la noche. En cuanto llegues te echará de su casa ; pero tú vienes á buscarme al café y te entregaré la cantidad.

Estéban, entusiasmado con la idea de vestir á todas horas de caballero y de alternar con los personajes mas principales de la corte al venderles tabaco, condiciones con las cuales pensaba agradar mas y mas á Casilda, se dejó guiar por su amigo.

Este se presentó al tendero.

— Tengo que hablar con Vd., le dijo.

— Hable Vd.

— ¿ Tiene Vd. en su casa á un dependiente que se llama Estéban Menendez ?

— Sí, señor.

— ¿ Es verdad que tiene en poder de usted diez mil reales ?

— Es verdad.

— Pues vengo á cobrarlos.

— ¿Usted?

— Yo, sí, señor. Mire Vd. el recibo.

— Pues, hijo, lo siento mucho; pero aun cuando quisiera favorecer á Vd., no podria complacerle, porque estoy sin numerario.

— El caso es, dijo Facundo, que yo necesito dinero para un asunto muy urgente, y seria capaz hasta de hacer la locura de dar á Vd. el recibo por menos de lo que vale.

— ¿Sí, eh? preguntó el tendero viendo un negocio. ¿Y en cuánto me lo daria Vd.?

— En ocho mil.

— Estamos mny lejos.

— ¿Cuanto se alarga Vd. á dar?

— No tengo mas que dos mil reales disponibles.

— ¡Bah, bah! que Vd. lo pase bíen; yo obligaré á ese jóven á que le pida á Vd. su dinero para pagarme.

— No sé porqué me parece que no ha adquirido Vd. de buena manera ese recibo.

— ¿Qué dice Vd.?

El tendero, acercándose á su oido:

— Le digo á Vd. que me dé el recibo en dos mil reales ó sale Vd. de aquí acompañado. Mire Vd. quién e tá allí en frente.

Sacundo volvió la cabeza y vió á un municipal.

— ¡ Cómo se vale Vd. de la ocasion ! Vengan esos cien duros.

El tendero le dió cuatro billetes de quinientos reales y se guardó el recibo.

— Yo ataré corto al dependiente, se dijo.

Al anochecer llegó Estéban.

Habia pasado la tarde en la secretaría del Ariel, y antes de entrar en su casa habia dejado dos billetes de señora á Casilda.

Su amo le recibió con seriedad.

— Supongo que ya tendrá Vd. ese dinero, dijo Estéban.

— ¿ Qué dinero ?

— El que ha quedado Vd. en darme.

— Yo no tengo nada de Vd.

— ¿ Cómo que no? dijo Estéban sorprendido.

— En buen apuro me ha puesto Vd. esta tarde.

— ¿ Qué quiere decir eso?

— Quiere decir que podria mandarte á la cárcel como estafador.

— ¿ A mí ?

— A tí, que has estado á punto de sacarme cinco mil reales con ánimo de enviar despues á un acreedor tuyo para que le diera diez mil reales.

— ¿ Qué, ha venido alguno ? preguntó Estéban haciéndose el desentendido.

— Sí, señor; ha venido un caballero, y, despues de avergonzarme, me ha entregado este recibo que me he visto en la necesidad de abonarle para evitar un escándalo.

— Pues bien; si le ha pagado Vd., nada tenemos que hablar.

— No sabia yo á quién tenia en mi casa.

— Pues si no está Vd. contento conmigo, con despedirme estamos al otro lado.

— ¿Me echas bravatas? Pues ahora mismo vas á ponerte de patitas en la calle.

— No me lo dirá Vd. dos veces.

— Anda, desagradecido; como vuelvas á poner aquí los piés, te echo á palos.

— Mucho dijeron de eso.

El tendero le llenó de improperios; pero Estéban deseaba á toda costa ir en busca de su amigo para recoger el dinero, y, desentendiéndose de las ofensas que le inferian, corrió al café.

— ¿Ha estado aquí el caballero con quien tomé anoche café y estuve esta mañana? preguntó al mozo.

— No, señor, dijo este.

— Iré á su casa, pensó Estéban.

Y así lo hizo.

Al preguntar por él le dijeron que no le conocian.

A las doce de la noche le habia buscado en todos los cafés, habia preguntado por él á todos los dependientes del comercio que le conocian, y lo único que habia logrado saber, despues de muchas horas de pesquisas, fué que su último principal le habia echado de casa porque le habia robado una cantidad de dinero.

Aquella noche durmió Estéban en la posada de Zaragoza, que aun estaba en la calle de Sevilla.

Mientras Estéban buscaba á Facundo, Casilda, despues de haber oido leer la carta de Don Meliton, se habia ataviado y estaba en el café de San Antonio en uno de los cuartos mas retirados conversando con el jefe de seccion que le habia dado cita allí para hacerle proposiciones ventajosas.

En aquellos momentos se hallaba tambien Rosa en un trance bastante apurado.

Sigámosla al dirigirse desde su casa á la de la tia Cotilla para ir á ver por segunda vez al Sr. Mariano.

XVI

De Scila á Caribdis.

Rosa perdió de vista á Jorge.

Se fué al obrador; al salir de allí, con arreglo á las instrucciones que le habia dado su abuela, estuvo en casa del Sr. de Lara, y entonces el criado le refirió la verdad de lo que habia sucedido el dia anterior, añadiendo que no habia querido decírselo antes para que no pasase mala noche.

Esto entristeció á la jóven.

Aun no se habia dictado la sentencia; pero como el fiscal pedia la pena de muerte para el reo y era seguro que la sala se la impondria, consideraba como una desventura el fatal suceso que habia impedido al abogado presentarse á la Reina.

Rosa era capaz de cualquier sacrificio, y se dijo:

— Quiere decir que si el abogado continúa malo, una tarde me iré á la plaza de Oriente cuando salga

la Reina á paseo, la echaré un memorial y puede ser que se apiade de mí. Pero es preciso que mi abuela ignore todo esto, porque su tranquilidad es lo primero.

Fué á su casa á comer, dijo que no habia podido ver al Sr. de Lara, en lo cual no habia mentido, y deseosa de realizar su proyecto de ver de nuevo al Sr. Mariano, para que completase la narracion de la noche anterior :

— Esta noche, dijo á su abuela, llegaré tarde ; tan tarde ó mas que ayer.

— ¿ Pues qué pasa ?

— Hay una labor muy urgente y la maestra quiere que velemos.

— No me gusta mucho que te retires tan tarde.

— Qué quiere Vd., abuela, hay que dar gusto á los que nos proporcionan el sustento, tanto mas cuanto que nos pagará medio jornal por las tres ó cuatro horas de la noche que trabajemos.

La pobre niña estaba muy ajena de que aquel dia acechó todos sus pasos un hombre.

Desde por la mañana muy temprano acudió á pasearse por los alrededores de su casa el jóven que la noche anterior la habia esperado cerca de dos horas en los del Saladero.

Fué con ella, aunque á corta distancia, hasta su obrador, y allí preguntó á la portera, despues de

darle una propina, á qué hora salian las oficialas.

La portera satisfizo su curiosidad, y diez minutos antes de la hora que le indicó llegó nuestro hombre.

Pero en vez de seguirla, siguió á otra de sus compañeras, porque era hábil pirata y comprendió que aquel era el mejor medio de lograr sus deseos.

Vió salir del obrador à una muchacha de veinte á veintidos años, guapa, de carácter abierto, de provocadora mirada; en fin, una de esas mujeres que *toman varas*, en el lenguaje técnico de los piratas callejeros.

La jóven se detuvo dos ó tres veces delante de otros tantos escaparates, señal segura de que queria conversacion.

No tardaron los dos en ponerse al nivel, y, entonces, gracias á su esperiencia y á la gana de lábia que tenia la chica, logró, despues de gastar un poco de pólvora en salvas, saber acerca de Rosa lo que sabian todas sus compañeras.

La acompañó hasta cerca de su casa, quedaron en volver para hablar, y por la noche, embozándose en una capa, llegó el pirata, á quien llamaremos Manuel, á situarse en el portal de la casa de enfrente al del obrador para ver salir á Rosa.

Fué una de las primeras que salieron, y Manuel la siguió.

Estaba resuelto á hablar con ella.

— Señorita, le dijo, va Vd. á tener la bondad de oirme un instante. No crea usted que mi deseo de hablarle tiene por objeto emprender una de esas conquistas que acostumbran los hombres desocupados hacer á estas horas en que salen las modistas de sus obradores. Se trata de una cosa séria y le agradeceré á Vd. que me permita acompañarla para esplicarle el objeto de este paso que he dado.

— Caballero, no le conozco á Vd., dijo Rosa.

— Para que me conozca Vd. es para lo que quiero hablarla.

— Diga Vd. lo que tenga por conveniente, añadió la jóven parándose.

— Hace dos dias, prosiguió Manuel, tuve ocasion de ver á Vd. por primera vez.

— Y se prendó Vd. de mí, ¿no es eso? dijo Rosa; lo mismo me han dicho una porcion de hombres que se me han acercado.

— No, señora; no me prendé de Vd.

— ¡Ah! vamos, eso es otra cosa.

— Me interesé por Vd.

— Mil gracias.

— Pero no me interesé porque fuera usted bella.

— No lo soy; conque...

— ¿Quiere Vd. que le diga que lo es?

— Al contrario, me ofenderia.

— Pues bien; me interesé porque al pasar Vd., una persona que estaba conmigo esclamó contemplando á Vd.: ¡Pobre muchacha! ¡Es muy desgraciada!

— Se equivocó de medio á medio. Si no tiene Vd. que decirme otra cosa, que usted lo pase bien, porque se me hace tarde.

— Si Vd. me lo permite, la acompañaré.

— Es inútil; estoy acostumbrada á ir sola.

— ¿No quiere Vd. que sepa á dónde va? ¿Teme Vd. que al verla dirigirse al Saladero forme mala opinion de Vd.?

Rosa, que habia dado dos pasos, se detuvo.

— Oiga Vd.; yo voy al Saladero, dijo, y no lo oculto á Vd. ni me avergüenzo.

— Ya sé que tiene Vd. allí una persona á quien quiere mucho.

— Es muy cierto.

— Eso nada tendria de estraño; pero lo que si lo tiene es que para entrar á ver á ese preso tiene Vd. que aceptar un favor de una persona que, segun mis noticias, está resuelta á cobrarlo con creces.

— Me hace Vd. entrar en curiosidad.

— Sigamos un momento; yo la abandonaré á Vd. cuando me lo mande.

— Conque dice Vd...

— Digo que el hombre que la acompañó á Vd. anoche hasta su casa es un inmundo adorador de su balleza y que debe Vd. esperar de él lo mas malo.

— ¿Habla Vd. con sinceridad?

— Si no le conociera á él, si no supiera la inocencia de Vd., ¿me atreveria á dar este paso?

— Pero ese hombre...

— Ese hombre ha faltado á su deber con la esperanza de sembrar beneficios en su corazon de Vd., para recoger el premio muy pronto

— Soy pobre, no puede esplotarme.

— Pero hay en Vd. un tesoro de pureza que pudieran mancillar sus manos.

— Caballero, ¿por quién me toma Vd.? dijo Rosa con dignidad.

— No se ofenda Vd., Rosa.

— ¿Sabe Vd. mi nombre?

— Conozco á fondo su vida de Vd.

— Es Vd. curioso?

— Soy humanitario.

— Yo le doy á Vd. las gracias y le suplico que se retire.

— Tenga Vd. la bondad de contestar antes á una pregunta : ¿va Vd. á buscar al calabocero?

— Sí, señor.

— ¿A que no le ha dicho á Vd. que vaya à la cárcel?

— No.

— Ya lo sabia yo.

— ¿Qué tiene eso de estraño? Él no vive allí.

— La ha engañado á Vd. Ese hombre, cuya brutalidad solo iguala á su repugnante aspecto, es un perseguidor de todas las jóvenes desgraciadas que necesitan ir a la cárcel á ver á sus parientes. Ese miserable, que gana mucho porque proporciona entrevistas á los presos con sus amigos cuando le sobornan bien, tiene comercio con una vieja asquerosa que vive en la plazuela de las Salesas.

— ¿La tia Cotilla? preguntó vivamente Rosa.

— ¿La conoce Vd.?

— No; pero me ha indicado que vaya á buscarle á casa de esa mujer.

— No debe Vd. ir.

— Porqué?

— Vuélvase atrás, yo se lo ruego. Esa mujer es una miserable encubridora de las infamias del calabocero, y no hay una jóven que haya llegado á su casa que no haya salido de allí para morirse de vergüenza ó para dejar esplotar sus atractivos á una madre Celestina.

— Me asusta Vd., esclamó Rosa horrorizada.

— Ahora comprenderá Vd. qué motivos tan po-

derosos me han impulsado á molestarla.

— Pero si no puedo creer...

— ¿Quiere Vd. convecerse por sí misma? Vaya Vd. á casa de la tia Cotilla, yo buscaré á un municipal y estaré paseando por los alrededores. Grite Vd. cuando se vea amenazada y la salvaremos.

— No, no, esclamó aterrorizada Rosa, no quiero someterme á esa prueba. Pero ¿qué hacer para ver á ese infeliz?

— Si no creyera Vd. interesada mi proposicion, yo me atreveria á ofrecerle para mañana la realizacion de sus deseos.

— ¿Vd.?... Pero ¿quién es Vd.?

— Considéreme Vd. como un conocido, como un amigo nada mas. Como conocidos, como amigos nos veremos, y cuando Vd. sepa quién soy y la opinion que le merezcan mis virtudes; cuando haya hecho merecimientos, puede ser que me atreva á comunicarle á Vd. un sentimiento que oculto. Hasta entonces acepte Vd. mis servicios sin la obligacion de agradecerlos.

Rosa se volvió á su adlátere.

— ¿Conque desiste Vd. de ir á casa de la tia Cotilla?

— Sí, señor.

— Pues bien; mañana, cuando Vd. salga del obrador, me hallará Vd. en la Puerta del Sol, es-

quina á la calle de Carretas, y, si no lo lleva Vd. á mal, le daré una carta para el alcaide del Saladero á fin de que la permita hablar con el preso.

— Acepto ese favor de un amigo.

— Para no comprometerla á Vd. vamos á separarnos; yo iré detrás de Vd. á alguna distancia hasta que la vea entrar en su casa.

Así lo hicieron, y Rosa llegó mucho antes de lo que esperaba su abuela.

Dijo que le dolia un poco la cabeza y se acostó.

— ¡Qué fino es ese jóven! pensaba; me ha salvado de un inmenso peligro. ¿Quién me hubiera dicho que velaba por mí? Hace espontáneamente lo que Jorge debia hacer por obligacion, por cariño; mi agradecimiento será eterno.

XVII

Lo que recoge quien siembra vientos.

Casi al mismo tiempo entraron Jorge en su casa y Estéban en la posada de Zaragoza.

Los dos estaban desesperados.

El tendero, en medio de sus desventuras, podia dejarse acariciar de la esperanza de que al dia siguiente iria la planchadora al Ariel, podria bailar con ella y recibir el dulce sí.

Para consolarse se dijo :

— Buscaré un empleo, aunque sea de portero en una oficina, y con lo que ella y yo ganemos podemos hacer casa.

La desesperacion de Jorge no tenia ni siquiera el consuelo parecido.

Esperaba tener que batirse y recibir una estocada, y en vez de un adversario halló un amigo, y en vez de una estocada halló una credencial.

Con una credencial y diez mil reales en el bolsillo creia ser por lo menos dueño del mundo.

Despues de apaciguar á D. Melquiades, se fué á hacer tiempo con ánimo de volver mas tarde á ver si Hortensia contestaba á su carta.

La jóven hizo la seña convenida, Jorge entró en el portal, y una doncella salió á entregarle una carta.

— Hé aquí, sin duda, el complemento de mi felicidad, se dijo. Va á responderme afirmativamente á mis preguntas.

Y ébrio de gozo se dirigió á un café para leer la epístola.

« Ayer, decia Hortensia en su carta, creia que mi mamá se enfureceria conmigo. En contestacion á tus preguntas, puedo decirte que no solo no se enfadó, sino que me ha ofrecido enterarse de quién eres y proteger nuestro amor, si, como cree, eres digno de mí.

» En vista de tanta bondad, he resuelto obedecer á mi madre, que no se opondrá, estoy segura, á tu felicidad. Por lo demás, ya sabes que te ama, etc. »

— Pues si su mamá no se opone, lo mas natural es que yo me presente, porque hoy, gracias á Dios, tengo una posicion.

Y se volvió á la calle del Desengaño.

Hortensia le vió y él le hizo una seña indicán-

dole que iba á entrar.

— Mamá, mamá, dijo la jóven, he visto entrar en casa á ese muchacho con quien estoy en relaciones; tal vez viene á verme.

— ¿Tú le amas? preguntó la marquesa.

— Lo que tú quieras, mamá.

— En ese caso, déjanos solos cuando venga.

Acto continuo resonó un campanillazo.

Hortensia se puso encendida como la grana.

Un criado se presentó y anunció á Jorge.

— Que pase á la sala.

Y, con arreglo á las costumbres del buen tono, le hicieron esperar un cuarto de hora.

En este tiempo tuvo el pretendiente calor y frio mas de veinte veces.

Al fin se abrió una puerta y se presentó la marquesa.

— Tome Vd. asiento, caballero.

— Gracias, señora.

— ¿Podré saber el objeto de su visita?

— Sí, señora; yo soy... quiero decir, yo tengo la dicha... en una palabra, señora, yo vengo á dar un paso solemne cerca de Vd.

— Le oigo con el mayor gusto.

— Señora, yo me llamo Jorge Martinez.

— Muy señor mio..

— Tengo un capitalito y un empleo de ocho mil

reales en las oficinas de Hacienda.

— ¿Es Vd. empleado?

— Como buen español.

— ¿Y qué mas?

— Ha de saber Vd. que me he tomado la libertad de... no me atrevo, señora; la confesion que tengo que hacer es muy delicada.

— Hable Vd. con franqueza.

— Pues bien; prendado de las virtudes, de la belleza de su hija de Vd...

— ¡Ah! ¿Es Vd. sin duda un jóven de quien me ha hablado, que ha tenido la dicha de conseguir sus simpatías?... Lo sé todo, porque mi hija, que está muy bien educada, no tiene ningun secreto para su madre.

— Vd. estrañaria ayer cuando nos sorprendió...

— ¿Qué habia de estrañar? Mi hija no hace nada que yo no lo consienta.

— Y ella le ha dicho á Vd...

— Me ha dicho que le ha dirigido á usted unas cuantas cartas.

— Es cierto.

— Que ha contestado á ellas...

— Haciéndome feliz.

— Que es Vd. muy buena persona

— Me ha favorecido en estremo.

— ¿Y á cuánto asciende ese capitalito? Porque el

empleo ya sabe Vd. que es tan efímero...

— ¿Oh! no, señora.

— ¿Desde cuándo le desempeña Vd.?

— Aun te he tomado posesion.

— ¡Oh! pues entonces puede ser que á estas horas ya esté Vd. cesante. Conque decíamos que el capitalito... y no estrañe Vd. que sea hasta indiscreta; pero cuando se trata de colocar á una hija á quien se adora, á quien se desea ver feliz, y cuando esta hija no es, á Dios gracias, una pobre, porque si bien es cierto que las vicisitudes porque ha pasado mi familia, las luchas políticas, han mermado una gran parte mi fortuna, sin embargo, tiene un dote muy regular y Vd. será el primero que desee por su propio decoro aportar por lo menos á la sociedad conyugal el doble de lo que lleve la esposa que Vd. elija.

— No crea Vd. que mi capital es muy crecido.

— ¿Lo tiene Vd. en casas?

— ¡Oh! no, señora.

— ¿En tierras?

— Tampoco.

— ¿En papel del Estado?

— No, señora.

— ¿Pues en qué?

— En billetes de Banco.

— ¿Y no tiene Vd. miedo á los ladrones?

— No, señora.

— Por otra parte, ¿no es una lástima que no lo tenga Vd. empleado? A réditos se coloca muy bien ahora el dinero.

— Ya lo colocaré.

— Conque deciamos que posee Vd...

— Media talega.

— La marquesa estuvo á punto de soltar una carcajada.

— ¿Y con media talega y un empleo del cual no ha tomado Vd. posesion aspira Vd. á casarse con mi hija?

— Si Vd. apoya mis deseos...

— Es cosa que merece pensarse.

— Tengo motivo para creer que su hija de Vd. me ama, y que, del mismo modo que yo, no será feliz si un eterno lazo no liga nuestras almas.

En aquel momento resonó un grito en el gabinete contiguo.

— ¿Qué es eso, hija mia? preguntó asustada la marquesa.

— No es nada, no es nada, dijo reponiéndose.

Jorge aprovechó la ocasion para llamarla y hacer que revelara delante de su madre las promesas que le habia hecho.

Antes de pasar adelante, digamos el motivo de aquel grito.

Hortensia se habia colocado detrás de la vidriera

del gabinete para oir la conversacion de su madre y Jorge.

Tenia apoyada la mano sobre la puerta, y para variar de postura moviéndose un poco, puso un dedo sobre una cosa blanda.

Miró lo que era, y vió que era una cochinilla de Indias que se paseaba tranquilamente por la puerta.

Horrorizada de haber tocado aquel insecto, lanzó un grito que le obligó á comparecer ante su madre.

Madre é hija se vieron en un brete.

— He confiado á su mamá de Vd. nuestros proyectos, dijo Jorge á Hortensia. Pídale Vd. como yo que nos haga felices.

— Yo... lo que mamá diga.

— Yo, lo que mi hija disponga.

Y así estuvieron cinco minutos hasta que la marquesa :

— Esto no es puñalada de pícaros, esclamó; venga Vd. mañana á saber mi resolucion. Por de pronto, lo único que siento es que no tenga mas fortuna.

Jorge se despidió, y por el camino se dijo :

— Ayer era pobre, hoy tengo diez mil reales. Al mostrarse bondadosa la fortuna conmigo, es acreedora á mi gratitud, debo buscarla. Poniendo

los diez mil reales á una carta podria ganar veinte mil reales, lo cual es algo, al dia siguiente guardar diez mil reales y jugar otros diez mil, y así en dos ó tres dias reunir cuatro mil duros.

Como los pensamientos le guiaban, no tardó en encontrarse delante de la puerta de la casa de juego.

— No, no conviene jugar los diez mil reales de una vez, se dijo. Arriesguemos la mitad.

Hízolo así y ganó.

Dió unos cuantos paseos, y volvió á acercarse al tapete verde.

— Diez mil reales á esa sota.

Todos se le quedaron mirando.

Un segundo despues habia duplicado aquella cantidad.

Tenia veinticinco mil reales.

Como todos le miraban, no tuvo mas remedio que seguir jugando; pero arriesgó cinco mil reales nada mas.

Ganó tambien.

— Pues señor, esta noche estoy de suerte, se dijo. Si me hubiera atrevido un poco me iba de aquí con los cuatro mil duros. Me contentaré hoy con d s mil.

Y puso diez mil reales á un caballo.

El caballo le dió un par de coces.

Su indignacion no tuvo límites.

— ¡ Qué pálido se ha puesto Vd. ! le dijo uno.

— Yo, no señor.

— Amigo, el que está á las maduras tiene que estar á las duras, yo he perdido mas que Vd., y, sin embargo, no me altero.

— Digo que estoy tranquilo, dijo Jorge, y en prueba de ello, ahí van esos cinco mil reales á ese as.

Los cinco mil reales se fueron.

En resúmen : despues de estar cinco horas en la casa de juego perdiendo cuando jugaba fuerte, ganando cuando jugaba flojo, perdió, onza á onza, duro á duro y peseta á peseta, lo que habia ganado y sus diez mil reales.

Al llegar á su casa le dió el portero dos cartas.

En una de ellas reconoció la letra de Hortensia, y á la débil luz del farol de la escalera, leyó :

« Amigo mio : He resuelto con pena negar á Vd. la mano de mi hija. »

En la otra carta, escrita con la misma letra del sobre, decia la amada :

« Juré obedecer á mi madre, y la obedezco. Me ha hecho muchas reflexiones, ha invocado mi obediencia, mi cariño, y, aunque me cuesta mucho renunciar á la dicha que nos figuramos, me resigno á cumplir la voluntad maternal, conservando de

usted un agradable recuerdo y deseándole toda clase de felicidades. »

¿Tenia ó no motivos para desesperarse?

¿Que sí, dice el lector?

Pues todavía no tenia bastantes.

Llegó á su casa.

Casi sin saludar á Rosa ni á la anciana, entró en su cuarto, tiró el sombrero sobre la mesa, dejó la otra carta que aun no habia abierto, pensó largamente sobre la pequeñez de las cosas humanas, sobre la ingratitud de las mujeres, sobre el perjurio de Hortensia, y se prometió buscar una muchacha de la Inclusa y casarse con ella.

¿Quién sabe las ideas que cruzaron por su mente?

— ¿Quieres cenar? le dijo Rosa.

— No, no ceno.

— ¿Estas malo?

— Así, así.

— En efecto, tienes muy encendido el rostro, tu mano arde.

— Y tengo al mismo tiempo la espalda mas fria que la nieve.

— Te haré una taza de tila.

— No, no hagas nada, acuéstate; yo tambien voy á dormir.

— Pues buenas noches.

Jorge se paseó por su cuarto.

— ¡ Ah! veamos esta carta, dijo reparando en la que habia dejado sobre la mesa.

« Muy señor mio, decia la epístola : Siento en el alma decir á Vd. que poderosas influencias han obligado al jefe á reponer en su destino al empleado que desempeñaba el cargo para que ha sido Vd. nombrado con fecha de esta mañana. Queda, pues, sin efecto la credencial, y en cambio, deseando, como deseo, demostrar á usted mi afecto, le envio otra credencial para Fernando Póo.

» Cuando nos veamos esplicaré á Vd. las poderosas razones que he tenido para tomar esta determinacion. »

— Mañana mato á ese hombre, dijo Jorge en el colmo de la desesperacion.

Su frente ardia ; los ojos querian saltarse de las órbitas : la fiebre le devoraba.

Dejándose caer en el lecho, sintió un frio mortal, y no tuvo mas remedio que llamar en su auxilio.

Rosa y su abuela le arroparon, mandaron al sereno en busca de un médico, y cuando aquel llegó, le halló con todos los síntomas de un fuerte ataque cerebral.

Hasta habló de sacramentarle ; ¡ conque figúrense

Vds. cómo se pondrian Rosa y su abuela!

Cuando á las ocho de la mañana volvió, pudo tranquilizarlas.

— Afortunadamente, las medidas que he tomado han sido eficacísimas; ya no hay tanto peligro. Los síntomas han desaparecido. Todo hace esperar una reaccion favorable. Que traspire, que tome sudoríficos y no hable con nadie. El reposo y la voluntad de Dios harán lo demás.

Rosa no fué aquel dia al obrador, y por consiguiente á buscar la carta de recomendacion para que le permitieran ver al Sr. Mariano.

Antes de pasar adelante indiquemos cuáles eran las poderosas razones que habia tenido D. Meliton para reponer en su destino á D. Melquiades.

XVIII

Amor y miedo.

D. Meliton habia ido al café de San Antonio, se habia sentado en uno de los sitios mas sombríos y habia pedido café con leche en vaso.

En aquellos tiempos los que iban al café tomaban por diez ó doce cuartos café con leche, agua con leche y un piloncito envuelto en un papel, ó un caramelo.

D. Meliton se hizo servir todas estas golosinas, y entre sorbo y sorbo estiraba el cuello cada vez que oia abrir la puerta para ver si llegaba Casilda.

La planchadora llegó con su traje de gala.

No pudiendo contener su impaciencia, la llamó apenas la vió entrar, dando ocasion á que todos reparasen en ella.

— ¡Qué cosas tiene Vd.! dijo Casilda cuando llegó, debo estar mas colorada...

— ¿Qué sirvo á la señora?

— ¡ Uf ! vengo tan sofocada...

— Que le traigan á Vd. naranja.

— No, no; tráigame Vd. un café con media tostada de abajo.

— ¿ Y una media copita ? añadió D. Meliton creyéndose por aquella ocurrencia nada menos que un Maquiavelo.

— Como no sea de rosoli, no la quiero.

— No hay de eso aqui, contestó el mozo.

— Pues entonces el café y la media tostada. Que pongan bastante manteca.

Y aquella mujer y aquel hombre dieron principio á una escena de amor.

— No se cómo tiene Vd. vergüenza, dijo Casilda.

— ¿ Porqué, mujer ?

— Despues de la mala pasada que me quiso Vd. jugar, ¿ tiene Vd. valor para llamarme ?

— Aquello fué un arrebato.

— Aun no sé lo he perdonado á Vd.

— Vamos, pelillos á la mar.

— Hacerme entrar en su casa, cerrar la puerta con llave, mandar al criado fuera y atreverse...

— La pasion me cegó; ya ve Vd. que ahora...

— Sí, señor; he leido su carta de Vd. y me ha parecido llena de cortesía. Por eso he venido.

En esto llegó el mozo.

— Me guardaré el pilon en el bolsillo para una chica de la vecindad, dijo Casilda.

— Tenga Vd. el mio.

— ¡ Cá ! no, señor ; no tengo á quien dársele.

— ¿ No tiene Vd. ni perro siquiera ? Vamos, tómele Vd.

— Lo tomo porque no crea Vd. que le hago un desaire. Pero que esto no sirva de precedente..... Conque, ¿ qué tiene Vd. que decirme ?

— Casilda, no lo puedo remediar, pero estoy muerto de amor por Vd.

— Qué fuerte le ha entrado !

— Hablo de veras.

— ¡ Si Vd. es un señor y yo soy una pobre!

— Todo lo que tengo lo daria con gusto por.....

— Calle Vd., calle, no diga Vd. andaluzadas.

— Hablo de veras.

— No me venga Vd. á mí con esas cosas. ¡ Si conoceré yo á los hombres! Todos Vds. son lo mismo. Al principio mucho café con tostada, mucho pilon, mucha camelacion, muchos mimos, y cuando una, que es una infeliz, cae en sus garras de Vds... En primer lugar se vanaglorían Vds. por ahí, y luego, al poco tiempo, si te he visto no me acuerdo. Así es que, no se ofenda Vd., yo soy pobre, vivo de mi trabajo; pero estimo en mucho mi honor y

me tengo jurado, sépalo Vd. de aquí en adelante, que lo que es en mí no ha de mandar mas que mi marido. Y, para no gastar palique, como usted no se ha de casar conmigo, ni yo con usted, si no tiene Vd. otra cosa que decirme, me voy.

— Pero, por Dios, Casilda, no sea Vd. así. Todo podria arreglarse. ¿Quién le ha dicho á Vd. que yo, conocedor de sus virtudes, no estoy dispuesto á darle mi mano?

— Mucho dijeron de eso.

— No sea Vd. tonta.

— De menos nos hizo Dios; pero si le conozco á Vd.

— Vamos, monona, dijo D. Meliton dando un pisotoncillo á Casilda.

— Las manos quietas.

— No son las manos; son los piés.

— No sea Vd. tan sobon.

— Conque vamos, Casilda, ¿quiere Vd. venir mañana á mi casa para que hablemos?

Casilda hizo con las narices y con los lábios un movimiento imposible de trascribir aquí, y esclamó:

— ¡Como no se limpie Vd.!

— ¿Es decir, que cree Vd. que no hablo con formalidad?

— Hoy ha comido Vd. bien...

— Vaya, basta de bromas, dijo D. Meliton poniéndose sério. La verdad es que yo estoy enamorado de Vd., que yo necesito... y que estoy resuelto á que nos casemos. Conque piénselo Vd., que hablo con sinceridad, y, para que vea Vd. que no la engaño, reflexione Vd. hasta mañana. Nos veremos aquí por la noche, y si Vd está resuelta, en seguida manda Vd. buscar sus papeles, yo los mios, y en diez ó doce dias nos casamos.

— ¡ Qué prisa tiene Vd. !

— Mucha, hija mia.

— Yo, si fuera cierto que Vd. viniera con buen fin... porque ¿ á qué está una ? A casarse ; pero luego...

— Nada, nada ; déme Vd. una esperanza siquiera.

— Ni le digo que sí, ni le digo que no... en fin, yo vendré mañana ; pero ahora me voy.

— La acompañaré á Vd.

— Es mucho honor.

— En marcha.

— Salieron, en efecto, del café, y D. Meliton ofreció el brazo á Casilda.

Por el camino le dijo dos ó tres veces :

— No se acerque Vd. tanto.

— Es que me empuja la gente, contestaba.

Al llegar á la puerta de su casa apretó su

mano, y se volvia ébrio de gozo cuando oyó un ¡alto ahí!

A favor de la luz de un farol reconoció al que le hablaba, y retrocedió.

— Déme Vd. el brazo, dijo su interlocutor.

— Caballero...

— Déme Vd. el brazo, hombre.

— ¡Yo! ¿para qué?

— Tenemos que hablar.

— Es que á mí no me asusta Vd., dijo D. Meliton haciendo un supremo esfuerzo, porque su interlocutor era nada menos que D. Melquiades.

— ¿Yo asustarle á Vd.? ¿Y á qué fin, si le ando buscando á Vd. para darle un abrazo?

— ¿A mí?

— Sí, hombre, sí, pero vámonos, porque la gente nos observa.

— ¿A dónde?

— Al café; quiero convidarle á Vd.

— Si salgo ahora mismo del café.

— Eso no importa; aunque reviente Vd. esta noche, tiene Vd. que tomar una copa á mi salud.

— Pero esplíquese Vd.

— Sé todo lo que ha pasado.

— ¡Y bien?

— Confieso que en el primer momento tuve intenciones de ir á romperle á Vd. el alma.

— ¡Qué atrocidad!

— Me metí en el bolsillo dos pistolas cargadas hasta la boca.

D. Meliton hizo por desasirse del brazo de D. Melquiades.

— Tranquilícese Vd., las he dejado en casa. Era una infamia lo que habia Vd. hecho conmigo. ¡Quitarme el destino por haberle probado que no sabia gramática!

— Poco á poco; yo...

— Hombre, no sea Vd. bárbaro; *haber* se escribe con *h*. Pues como iba diciendo, iba resuelto á la oficina á hacer una barbaridad; porque ya ve Vd., un hombre que se ha quedado cesante, sin un cuarto, con mujer, con hijos, es decir, sin hijos; pero pudiendo tener hijos, porque Vd. no dude que yo...

— No, hombre, no.

— Llego á la oficina y todos habian salido; pero me encuentro á Manzanillo, su cómplice de Vd., y, presentándole las dos pistolas: — O me repone Vd., le dije, ó le mato.

— Si ya está Vd. repuesto, me contestó. Si ha sido una equivocacion de un escribiente; si apenas lo ha sabido D. Meliton se ha puesto furioso y les ha echado á todos una peluca... « ¡Cómo, dijo él que dijo Vd., un empleado tan probo, tan inteli-

gente, tan laborioso, dejarle cesante! Á ver, inmediatamente que se corran las órdenes para reponerle en su destino. Y esta noche, añadió Manzanillo, en cuanto venga el escribiente que se quedará de guardia, estenderá la credencial. Ahora son las diez, añadió, pondré los oficios, se firmarán y no se acostará Vd. sin estar repuesto. »

— ¿Pero de dónde saca Vd.?...

— Qué ¿no es cierto? ¿Me ha engañado Manzanillo? ¿Me ha dejado Vd. cesante? No importa; aunque he dejado las pistolas, aun tengo, un cachorrillo.

— No, no, dijo D. Meliton asustándose al ver el arma; es cierto lo que le ha dicho el oficial de personal... ¿Pero lo trae usted cargado?

— Sí, señor.

— Malo, hombre, malo; porque esas armas se disparan, y...

— No hay cuidado. Por lo demás, estoy agradecido á Vd., D. Meliton.

— Pues si lo está Vd., el mejor favor que puede hacerme es dejarme en paz ahora.

— ¿Va Vd. al ministerio á ver si está despachado eso?

— Sí, señor.

— Bien está. Por supuesto, ¿despues de separarse de esa jóven con quien coquetea Vd.?

— Hombre, poco á poco.

— ¡De esa jóven á quien piensa Vd. seducir, camastron! Hasta las doce espero. Si á esa hora no ha llegado á mis manos la credencial, me meto en el bolsillo las pistolas, me voy á casa de Vd. y aunque sepa que mañana me cuelgan... no digo mas.

D. Meliton se apresuró á ir á la oficina, y, no encontrando allí á Manzanillo ni á ningun escribiente, puso él mismo las órdenes y bajó á ver al ministro; para no dar á conocer su miedo, ocultó los motivos que le impulsaban á hacer aquella súplica, y gracias á esto, al mismo tiempo que recibia Jorge el nombramiento para Fernando Póo celebraba su reposicion D. Melquiades en los amantes brazos de su perdonada mitad.

Bien es verdad que no tenia criada.

XIX

Gabilan y paloma.

El tal minuto, como ven mis lectores, nos va ocupando demasiado.

No solo ha dado lugar à los sucesos en que hemos visto figurar á la marquesa y á su hija, al Sr. Lara y Roque Berlanga, á Estéban y Casilda, á Jorge y á D. Militon, al Sr. Mariano y á Rosa, á don Melquiades y á Doña Mercedes, sino que si fuera á referir todos los acontecimientos que tuvieron lugar por efecto de aquel minuto perdido en aras de la curiosidad por los vecinos de la indicada parte de la calle del Desengaño, tendria que prolongar mi narracion hasta lo infinito, y es hora ya de concretarnos. Tenemos, pues, á un pobre reo inocente en realidad, culpable en apariencia, próximo á subir las gradas del patíbulo; tenemos á una jóven honrada, bella, á un ángel, perseguida por un hábil pirata callejero y por un hombre repugnante.

Ella, aunque no quiere confesárselo, siente un amor en su alma inestinguible, inmenso; tenemos á Jorge, despues de haber saboreado los favores de la fortuna, sin recursos, con un desengaño amoroso y dominado por una enfermedad de las mas graves.

Tenemos á la marquesa buscando los medios de deshacerse de un aderezo que no le ha servido mas que para sufrir una derrota, puesto que derrota ha sido para ella no triunfar en presencia de su rival, y á su hija Hortensia olvidando los juramentos de amor hechos á Jorge para obedecer á su madre, ó mas bien para observar con libertad las atenciones del seductor, del calavera vizconde de Castilla.

Al pobre Estéban lo hemos dejado en la posada de Zaragoza, víctima de la codicia de su amo y de la truhanería de su amigo Facundo, pero con la esperanza del amor de Casilda.

A la jóven planchadora la hemos dejado con un octavo de la lotería en su bolsillo, con dos billetes de señora para ir al Ariel y la palabra de casamiento de D. Meliton.

A su tiempo sabremos qué ocurrió á todos los personajes de mi historia, sin olvidar al bueno de Roque y a su compadre el Sr. José.

Vamos á reducirnos por ahora á asistir al desenlace del episodio mas dramático, mas interesante en

mi concepto de todos cuantos constituyen esta novela.

Cuando Jorge estuvo fuera de peligro, fué Rosa al obrador con esperanza de hallar al jóven bondadoso que le habia ofrecido los medios que tenia para otra entrevista con el Sr. Mariano.

Al retirarse á su casa salió á su encuentro.

— He sabido todo lo que pasa á Vd., le dijo Manuel, y he aguardado esta ocasion para cumplir mi promesa. Aquí tiene usted la carta para el alcaide, me la ha dado el vizconde de Castilla, un personaje muy importante, y puede Vd. estar segura de que con ella logrará Vd. sus deseos.

— No sé cómo mostrar á Vd. mi gratitud.

— Llamándome su amigo por ahora.

— Adios, amigo mio, dijo la jóven.

Y guardándose la carta fué á enterarse del estado en que se hallaba el Sr. de Lara.

— Ya se ha levantado, puede Vd. verle, le dijo su doméstico.

La jóven entró en el despacho del abogado, y le halló todavía con compresas.

— ¿Qué noticias me da Vd., Sr. de Lara? le dijo.

— No son buenas; el haber yo estado enfermo nos ha perjudicado en estremo.

— ¿Y no habrá remedio?

— Condenado á muerte en segunda instancia, yo hubiera querido para él el indulto al mismo tiempo de presentar el escrito de apelacion ; y de seguro hubiera realizado mi deseo sin el percance que me ha tenido en cama. Ahora no hay mas remedio que atenernos á la vista.

— ¡ Cuánto sufre el pobre Sr. Mariano !

— No sufro yo menos, porque le he tomado cariño, porque estoy seguro de su inocencia y porque es un hombre de gran corazon. Pero el diablo anda suelto á veces y el otro dia se opuso á mis designios.

— ¡ Válgame Dios qué desventura !

— Y el caso es que yo me he empeñado en sacarle adelante. Si él me hubiera confiado toda su historia, yo habria encontrado modo...

— Si es por eso, dijo la jóven, yo seria capaz de cometer una indiscrecion refiriéndole á Vd. todo lo que sé.

— ¿ Y qué es lo que Vd. sabe?

— Nada, contestó Rosa, porque la historia que me ha contado cuando le he visto no es la suya, sino la de mi pobre padre.

El Sr. de Lara hizo que Rosa le refiriese las confidencias que le habia hecho el acusado.

Habia sido mas esplícito con ella que con él, y concibiendo una idea :

— Tranquilícese Vd., hija mia, tranquilícese Vd., que me parece que ya he encontrado el medio de salvarle. Voy á tener una entrevista con un caballero, y entre los dos conseguiremos nuestro objeto.

Rosa comprendió que no debia ser indiscreta, y se retiró.

Inmediatamente escribió el Sr. de Lara una carta al brigadier Iraldez.

Pero el criado volvió con la epístola.

— El brigadier, le dijo, ha salido hace dias precipitadamente para el estranjero.

Rosa hubiera podido anunciárselo desde luego, porque al enviar recado á su casa de la enfermedad de Jorge, tuvo la misma noticia.

XX

Esperanzas de la patria.

Para saber los motivos que habian obligado al brigadier Iraldez á salir precipitadamente de Madrid, voy á llevar á mis lectores al elegante gabinete de la casa que habitaba en la calle de Hortaleza el jóven vizconde de Castilla.

No estará demás que conozcamos á este D. Juan Tenorio de la aristocracia madrileña, porque mas adelante va á figurar en algunas escenas de las mas esenciales.

El vizconde de Castilla habia quedado huérfano á los ocho años, y por esta razon heredero de la fortuna de sus padres, que era inmensa.

Un tio suyo, hombre del antiguo régimen, desempeñó el cargo de tutor del jóven, y, obedeciendo á las ideas que su rígida educacion habian despertado en él, lo primero que hizo fué meterle en el colegio de los escolapios de San Antonio.

A los catorce años le sacó de allí y le llevó á Francia, en donde, haciendo diabluras y leyendo novelas, llegó hasta los veinte años. Por aquel tiempo murió su tutor, y el que le reemplazó, esperando esplotarle en el porvenir, comenzó á darle toda clase de gustos.

Enrique, que así se llamaba, quiso volver á España, y volvió.

Quiso saber á cuánto ascendia su fortuna, y al convencerse de que era muchas veces millonario, se presentó en la sociedad de Madrid con un lujo inusitado.

Deseoso de imitar las proezas del jóven Lovelace y olvidándose de que con el oro conseguia sus triunfos, llegó á atribuir á su habilidad, á su figura y sus cualidades las conquistas que hacia, y hubiera jurado sin temor de jurar en vano que no habia una sola mujer, por virtuosa que fuera, que á su sola mirada no quedase rendida.

No hay para qué decir que se le reunieron una porcion de jóvenes alegres, los cuales, al mismo tiempo que celebraban sus triunfos amorosos, su esplendidez, su brillo y hasta su ingenio, vivian á su costa.

El año que menos, gastaba un millon.

Le conocian en todos los teatros y circos; en los andaluces le saludaban por su nombre; en los cafés,

hablando de él, decian los mozos : « el señorito. »

No habia un solo maestro de esgrima que no hubiese almorzado con él.

Los toreros mas afamados eran sus íntimos amigos.

Los chalanes iban á verle siempre que se presentaba una buena proporcion, y aseguraban que era un hombre con quien se podia tratar.

Los vendedores de cigarros le llevaban el mejor género, porque estaban seguros de una buena propina ; en una palabra, era todo un personaje.

Por capricho, habia tenido unos amores en el barrio de Lavapiés, y cuando iba á ver á la *señora* tenia siempre media docena de matones que despues de escupir por el colmillo :

— Vaya Vd. sin cuidado, le decian ; nosotros le guardaremos las espaldas.

Almuerzos, cenas, bailes, asaltos, paseos á caballo, cacerías, citas amorosas, juego ; hé aquí sus ocupaciones.

Cuando nosotros le conocimos habia ya viajado por toda Europa y tenia en su gabinete una coleccion de retratos de mujeres que constituian la galería de las hijas de Eva que no habian podido resistir el fuego de sus ardientes miradas.

Aquella habitacion la llamaba su *memorandum*, y no consentia que entraran en ella muchos de los

amigos que le favorecian con sus visitas por temor de que encontrasen caras demasiado conocidas.

Su fortuna, aunque era muy crecida, estaba en cuarto menguante en los momentos en que he fijado la accion de esta historia.

Cansado de gozar, habia encontrado á un adulador que le habia dicho :

— Hombre, Vd. debia escribir sus memorias.

— ¡ Si en mi vida he escrito !

— Querer es poder.

— Y el caso es que mi vida es de las mas interesantes que pueden leerse.

— Pues anímese Vd. á escribirla. Lo único que le falta á Vd. es la auréola de la fama de escritor.

Este era un nuevo juguete para el niño mimado de la fortuna y lo primero que hizo fué comprar media docena de cajas de papel Brístol y dos ó tres plumas de punta de diamante.

Por lo regular con estos objetos de escritorio se hace muy buena letra, pero se escribe mal siempre.

Sin embargo, el vizconde se encerró en su casa, mandó comprar una porcion de libros para leerlos, y á todo el que le preguntaba en dónde andaba metido :

— Ya verá Vd. qué sorpresa le doy, respondia.

La verdad es que hasta entonces no habia escrito

mas que dos ó tres cuartillas que habia leido en confianza á todos los que habian ido á verle.

Todos aplaudian, y como veia crecer su fama con solo dos ó tres cuartillas, se dormia sobre sus laureles y no progresaba en sus tareas.

Algunos dias antes del en que fueron algunos amigos á visitar al vizconde, y conversando con él esplicaron los motivos de la partida instantánea del brigadier Iraldez, llamó á su puerta un jóven bastante bien vestido.

— Dígale Vd. al señorito que está aquí Manuel, dijo al ayuda de cámara.

Inmediatamente le mandó pasar.

— ¡ Hola, truhan ! ¿ le dijo al verle ; qué vienes á buscar aquí ?

— Vengo á saber si se le ha pasado á usía el enfado.

— No creas que has sido tú el primero que me ha robado en el mundo.

— Al menos he sido franco.

— Yo no he olvidado que en el tiempo que has estado á mis órdenes me has prestado escelentes servicios, y, aunque estuviste mas de un mes ayudando á gastar mi dinero, aquella mujer tuvo la culpa.

— ¿ La francesa, eh ? ¡ son tan lagartas !

— Milagro que te engañó á tí. Pero, en fin, no

hablemos del pasado. ¿Te hallas en algun apuro y recurres á mi bolsa? Y qué haces, ¿sirves?

— ¡Cá, ! no señor; he puesto una casa de préstamos. Por cierto que van á ella muchos amigos de V. S.

— ¿Te has hecho usurero?

— Yo no doy la cara. Tengo allí una persona de toda mi confianza, y para ganar mas, porque los tiempos están malos, voy á dedicarme á vender cigarros. He sabido que un tal Facundo se los trae á V. S., y como los que yo sirva serán mejores, cuento con V. S. y con todos sus amigos.

— Bien, hombre, bien, se te protegerá.

— Aun tengo que pedir á V. S. otro favor. ¿Tiene V. S. relaciones con el alcaide de la cárcel?

— ¿Tienes algun pariente allí?

— ¡Dios me libre!

— ¿Quieres que te recomiende á él por si acaso te ponen á sus órdenes?

— ¡Qué buen humor tiene hoy el señorito!

— ¿Qué es lo que quieres? Habla.

— Una carta de recomendacion para el alcaide, rogándole que permitiese entrar á ver á un preso á una jóven que es de su familia.

— ¿Tú la proteges?

Manuel se encogió de hombros.

— ¿Es guapa?

— No, señor, regular.

— No conozco al alcaide; pero no importa. Una carta mia en todas partes es atendida.

— En ese caso, si V. S. me lo permite la escribiré.

— Mucha prisa tienes.

— Por hacer un beneficio.

— Anda, tuno, dijo el vizconde levantándose y proyectando un puntapié.

Manuel retrocedió dos ó tres pasos, y se sentó á escribir.

El vizconde firmó.

— Ven pronto con cigarros, le dijo.

— Ya verá V. S. qué buenos. Si los que tiene V. S. no le gustan, los revenderé.

— Lo que yo compro no lo revendo, lo tiro.

— Avíseme V. S. cuando vaya á tirar.

Manuel se fué, y, gracias á este paso que habia dado, pudo entregar la carta á Rosa.

He contado la escena para que mis lectores se formen una idea mas completa de aquel perseguidor encubierto de la jóven.

Vamos ahora á lo que mas nos interesa.

Serian las doce.

Un hábil peluquero peinaba al vizconde y le contaba dos ó tres anécdotas de las mas recientes en la crónica escandalosa.

El vizconde le daba un duro por cada noticia de estas que le hiciera reir.

Aun no habia terminado su *toilette*, cuando entraron dos ó tres jóvenes de los mas elegantes de Madrid que debian almorzar con el vizconde.

— Véte, hombre, véte, dijo al peluquero. Hoy no has tenido suerte; no me has hecho reir.

Y dirigiéndose á sus amigos mientras el Fígaro se marchaba :

— O no pasa nada en Madrid que digno sea de saberse, ó ese zascandil deshonra á su clase.

— Pues qué, ¿no te ha contado, dijo uno de ellos, lo que ha sucedido al sobrino de la generala Mendoza?

— ¿A Cárlos Villavicencio?

— Sí.

— ¿Le han puesto la camisa de fuerza?

— No, hombre, no; iba en compañía del Dr. Aparicio y le ha jugado una mala pasada.

¿Cuál? ¿cuál?

— Los dos iban en la berlina de la diligencia, y en Valladolid, momentos antes de partir el carruaje, se vió el doctor precisado á entrar en el cuarto núm. 100. En aquel momento llamaron á los viajeros, y ¿qué hace Cárlos? Echa el cerrojo por fuera y dice á los mozos que encuentra al paso : « Aun-

que llamen allí no abran ustedes. Es un loco famoso á quien he encerrado. »

Y, subiendo en la berlina, partió un momento despues. El mayoral no notó la falta hasta llegar á Burgos, y como sabia qué clase de mozo era el tal Cárlos, lo dijo en la fonda y mandó aviso á Madrid. En la fonda hizo infinitos destrozos, y con la noticia del suceso enviaron á la generala la cuenta exorbitante á que ascendian los desperfectos.

— Ese chico va á matar á disgustos á su tia.

— Parece mentira que una causa tan fútil le haya puesto de ese modo.

— Temian que se escapara á Francia en busca de la deidad consabida.

— Yo le habria mandado dar media docena de baños rusos.

— De cualquier modo, yo lo siento. Sé que la generala está angustiada, y que ha pedido á su íntimo amigo.....

— El brigadier Iraldez, ¿no es eso?

— ¿Pues quién habia de ser?

— Yo creo que los dos se entienden.

— Él es todo un buen mozo.

— Y ella una escelente jamona.

— A este le dió unas calabazas.....

— ¿A mí? ¿Cómo habia yo de acercarme á aquel libro en folio?

— ¿Qué ha hecho el brigadier Iraldez? Habla.

— Partir inmediatamente á Burgos por órden de la generala y ver qué es lo que ha hecho su sobrino, buscar un médico, y en su compañía no dejarle hasta el término de su viaje.

— Pero lo mas gracioso es que ha sabido que el médico estuvo ocho horas justas encerrado.

— ¿Vive aun?

— Al abrir la puerta, como habia dado golpes y gritado tanto, le aguardaban con una manta; y salir, echársela encima y maniatarle, todo fué uno. Las últimas noticias no dicen si al fin y al cabo se han convencido de que no era loco, ó si por efecto de tantos sucesos ha perdido la razon.

— Es chistoso todo eso, dijo el vizconde.

Y fué con sus amigos á sentarse á la mesa, porque los llamó el ayuda de cámara para almorzar.

Ya sabemos los motivos que habian obligado al brigadier Iraldez á partir.

Desgraciadamente para él, habia seguido ignorando la triste situacion en que se hallaba Jorge.

XXI

Un hombre desesperado.

Jorge habia entrado en una reaccion favorable, y el peligro de su enfermedad habia desaparecido.

Pero una profunda melancolía se había apoderado de su alma.

Rosa le habia asistido con mas interés, con mas cariño que si hubiera sido un hermano suyo.

Las noches las pasaba en vela y de dia no iba al obrador, porque habia logrado que su maestra le dejase coser en casa.

Al ver en tanto peligro á Jorge se habia convencido de que el sentimiento que le inspiraba no era solo un cariño fraternal: era algo mas, bastante mas, y como al mismo tiempo que se habia hecho aquella confesion, habia medido la distancia que le separaba de ella, no dió cabida en su alma á las ilusiones.

Dispuesta á sacrificarse, lo único que sentia era que Jorge no se animase.

Pasaba horas enteras sentado en el lecho con la cabeza apoyada en las manos, con la mirada fija.

¿Qué pensaba?

Rosa creia tener derecho á leer en su alma, y se desesperaba al ver que no penetraba en su corazon.

— ¿Cómo te encuentras? le decia á menudo.

— Mucho mejor.

— Pero estás triste.

— No.

— ¿Qué te pasa?

— Nada; me encuentro bien.

Rosa sufria horriblemente.

Cuando ya pudo retirarse á dormir, se levantaba una ó dos veces para darle caldo.

Siempre le hallaba sentado en el lecho, siempre pensativo, siempre melancólico.

La ambicion se habia apoderado de su alma.

Habia perdido una fortuna, ó por lo menos la cantidad que habia tenido en sus manos le habia parecido una fortuna, y la habia perdido.

Habia soñado en el amor de Hortensia, habia abrigado la esperanza de ser su esposo y engalanarse con un título de marqués, y aquellas ilusiones,

aquellas esperanzas se habian desvanecido como el humo.

Hortensia habia faltado á sus juramentos.

Pero ¿habia faltado por haberse estinguido el amor en su pecho?

— No, se decia Jorge. Hortensia me ama, estoy seguro de ello. Acaso me ama tanto como yo á ella. Pero su madre le habrá pedido que me olvide, le habrá exigido este sacrificio, fundándose, como todas las madres, en que no constituye la felicidad de sus hijas solo el amor, sino que es necesario que el que pida su mano tenga fortuna, tenga posicion: Si en vez de ser un pobre hubiera podido decirle: « Soy tambien hijo de un marqués, puedo reivindicar este título, tengo una fortuna, mi posicion es igual á la de Hortensia, » la marquesa me habria aceptado y su hija habria sido mi esposa. ¡ Oh ! ahora mas que nunca siento despertarse en mi alma la ambicion.

No hay sacrificio que no arrostre por poder humillar á esa orgullosa señora que ha destruido nuestra felicidad. Si yo pudiera averiguar... Si yo pudiera saber por qué razon soy hijo de marqueses..-¿ Han muerto mis padres y no he heredado sus títulos? ¿ Por qué razon esa fortuna que he de recibir á los treinta años no se me entrega ahora? Si yo descubriese todo el misterio que cubre mi pasado...

¡Oh! sí; es preciso tomar una resolucion. Si es un secreto dolorso, tanto mejor; con eso apuraré el cáliz de amargura de una vez; con eso podré saber á qué atenerme. Dios mio, dadme fuerzas, restablecedme pronto para que pueda descifrar el enigma. No viviré, no descansaré hasta saber lo que deseo.

Y, dominado por esta idea, ni agradecia los sacrificios que habian hecho por él Rosa y su abuela, ni adivinaba en la mirada de la jóven toda la ternura, todo el amor que sentia hácia él, ni tenia otro afan que el de rasgar el velo de su nacimiento.

El Sr. Mariano, segun le habia dicho Rosa, podia darle algunos informes.

Pero con su ambicion habia crecido su orgullo, y se avergonzaba ante la idea de tener que ir á una cárcel á pedir la revelacion de aquel secreto á un reo.

Despues de muchos dias de meditacion, cruzó una idea por su mente.

— D. Jacinto debe saberlo, dijo; él es el que ha de entregarme mi fortuna; él es el que todos los meses viene á traerme la mezquina cantidad con que cubro mis atenciones.

Y llamando á Rosa:

— Quiero pedirte un favor, le dijo.

— Habla, esclamó la jóven, entusiasmándose ante la idea de que podia servirle.

— Cuando salgas, vé á casa de D. Jacinto y ruégale que venga por aquí.

Rosa comprendió sus designios.

— Esta misma tarde vendrá, añadió.

En efecto; al anochecer se presentó el eclesiástico en casa de Jorge.

Este pidió que los dejasen solos, y sorprendiendo al anciano:

— Es necesario, le dijo, que me revele Vd. la verdad. Es Vd. ministro de Dios, y no puede engañar sin cometer un horrendo pecado. ¿De quién soy hijo?

El sacerdote se sorprendió.

Despues de una breve pausa:

— Es cierto, dijo, que no puedo ni quiero engañar á Vd. Mi carácter rechaza aun esas mentiras necesarias; pero al mismo tiempo mi ministerio me impide hacer las revelaciones que en momentos solemnes y en el tribunal de la penitencia me hacen los que acuden á mí á cumplir los deberes que impone la religion.

— ¿Segun eso, mi orígen es un misterio?

— Un triste misterio.

— ¿Ha conocido Vd. á mis padres?

— Sí.

— ¿Y no quiere Vd. decirme su nombre?

— Me es de todo punto imposible.

— Pues bien; yo sé que desciendo de una noble familia, que tal vez puedo usar el título de marqués.

El eclesiástico se inmutó.

— ¡Por Dios! añadió Jorge estrechando sus manos; apiádese Vd. de mí, contésteme Vd. al menos á unas preguntas. ¿Porqué se ocultan mis padres? ¿Han muerto? ¿Tienen motivos para avergonzarse de mi nacimiento? ¿Soy por acaso hijo natural?

— Sí, Jorge, sí, dijo el sacerdote; pero no me pregunte Vd. mas; no puedo decir ni una sola palabra mas.

— Basta; todo lo comprendo. No crea Vd. que esa declaracion me ha hecho daño; al contrario, me ha tranquilizado.

Hub una breve pausa.

— Me siento fatigado, dijo Jorge, desearia dormir.

Don Jacinto se despidió.

Apenas salió de su cuarto, Jorge sintió necesidad de llorar, y lloró.

Despues, tranquilizándose:

— Podria acabar de una vez con mis sufrimientos, se dijo; pero no, no debo, no quiero. Yo lavaré la mancha de mi orígen. Es necesario que parta in-

mediatamente de Madrid. Ese empleo que he despreciado puede abrirme de nuevo las puertas de la fortuna. Yo no sé lo que haré; pero me siento con ánimo para luchar, y solo cuando sea rico, cuando sea poderoso, volveré á humillar á esa aristócrata, que me ha despreciado, á demostrar á su débil y tornadiza hija que ha tenido la felicidad en sus manos y que la ha dajedo escapar. No quiero nada de los que me han dado el sér; que conserven esa miserable pension con que cautelosamente han inspirado mis sospechas; que gasten esa fortuna con que me brindan á los treinta años ;. yo los desprecio.

Aquel dia se mostró mas sosegado, mas amable que los anteriores.

Al dia siguiente pidió permiso al médico para salir.

Lo obtuvo, y no pudo menos de pasar por delante de los balcones de Hortensia.

En la calle del Desengaño encontró á la criada que le servia de intermediaria.

— Señorito, señorito, voy á decir á la señorita Hortensia que le he visto á Vd.

— Es inútil.

— Está muy afligida, y de seguro me dará alguna carta para Vd.

A su pesar esperó Jorge.

La doncella volvió, en efecto, con una carta muy concisa.

« Sé que ha estado Vd. enfermo y lo siento en el alma.

» He obedecido á mi madre obedeciendo á la razon, pero mi corazon me dice que espere.

» ¡Animo y confie Vd. en mí! »

Esta epístola, escrita á impulsos de un sentimiento de piedad, propio de la inesperiencia de la jóven, que llegó á creer que Jorge se moriria si no le daba aquella esperanza, decidió mas y mas á Jorge á realizar su propósito.

Lo primero que hizo fué visitar á don Meliton.

— Acepto el empleo, le dijo, y voy á partir inmediatamente para Fernando Póo.

D. Meliton le dió una carta muy espresiva para el vizconde de San Javier, que por entonces desempeñaba en aquella colonia las funciones de jefe de la Hacienda.

Aquella noche volvió temprano el jóven á su casa.

Se proporcionó algunos recursos, logrando milagrosamente que su amigo Luis le devolviera los quinientos reales que le habia prestado el dia de su triunfo, y lo dispuso todo para partir á la mañana siguiente.

Encerrado en su cuarto, escribió dos cartas.

Una á Hortensia en la que le decia :

« Espéreme Vd. »

Otra á Rosa :

« He sabido que no tengo derecho á usar el nombre de mis padres, le decia ; estoy avergonzado de haber vivido á sus espensas tanto tiempo.

» Voy á partir muy lejos. Lo siento por tí, que has sido mas que una hermana para mí. »

— ¡ Pobre Rosa, dijo ; cuánto va á sentir mi ausencia !

¡ Me quiere tanto, y es tan digna de ser feliz ! ¡ Oh ! si yo pudiera... dijo de pronto, si yo...

Cruzó una idea por su mente, una idea que cayó sobre su corazon como una semilla.

— ¡ Bah ! se dijo : ella será feliz sin mí.

Y prosiguió la carta.

« Pide á la Vírgen que me ampare, que me proteja, y si conoces á mis padres díles que les perdono, aunque me han hecho muy desgraciado, y que voy á buscar la muerte ó la fortuna. Si consigo lo último, no olvidaré los beneficios que debo á tu familia. Si lo primero, reza por mí. »

Aquella carta la dejó encima de su mesa dentro de un sobre lacrado, pero en blanco.

La otra la envió por el correo interior á Hortensia.

No teniendo valor para despedirse de Rosa, aguardó á que fuera al obrador.

Poco despues dijo á la anciana :

— Tal vez volveré tarde ; no me esperen ustedes á comer.

Y para que no conocieran su emocion, partió inmediatamente.

El tren salia á las ocho y media y eran las ocho.

Media hora despues caminaba en un wagon de tercera con direccion á Tembleque, donde pensaba tomar la diligencia para llegar á Cádiz y embarcarse.

¡ El hombre propone y Dios dispone !

XXII

Una llave.

Cuando Rosa volvió del obrador, le dijo su abuela :

— Esta tarde vas á tener que quedarte en casa.

— ¿Porqué ?

— Me ha mandado un recado el Sr. de Lara diciéndome que vaya á verle.

— ¿ Habrá malas noticias ?

— No lo creo. He preguntado al criado, y aunque me ha dicho que no sabia nada, tambien me ha asegurado que la situacion del Sr. Mariano no habia empeorado.

— El caso es que no le he dicho nada á la maestra.

— Cuando vaya á ver al Sr. de Lara me pasaré por allí y le diré que te dispense por esta tarde.

— Entonces, bien.

— No quiero que se quede la casa sola, pudiera venir Jorge.

— ¿Cómo no está ya aquí?

— Ha dicho que no vendrá á comer.

— ¡Ah! eso es otra cosa; entonces comeremos.

Abuela y nieta se sentaron á la mesa, y despues de comer se quedó sola Rosa.

— Abuela, abuela, dijo en el momento en que la anciana cerraba la puerta despues de haber salido.

Iba á avisarla de que se habia dejado puesta la llave de un baul que siempre cerraba con el mayor cuidado.

Pero cruzó una idea por su mente.

Y cuando la anciana le dijo:

— ¿Qué quieres?

Rosa contestó:

— Que haga Vd. el favor de traerme dos cuartos de seda.

Cuando estuvo sola echó el cerrojo y se dijo:

— Hace ya mucho tiempo que deseo saber qué es lo que guarda mi abuela con tanto afan en ese baul. Ella, que todo lo tiene abierto, que no desconfía de mí, guarda siempre la llave en el bolsillo, y todavía no ha abierto el baul una sola vez en mi presencia. ¿Porqué será esto? ¿Porqué recatará de mí los objetos que encierra bajo esa llave

que ha olvidado? No sé porqué me dice mi corazon que debo abrir el cofre y examinar lo que hay en él.

Quedó un rato pensativa.

— ¡Bah! añadió: eso seria cometer una mala accion. ¿Por ventura tiene la pobre anciana algun secreto para su nieta? Y si acaso los tiene, ¿no haria mal en descubrírselos? ¡oh! ¡es horrible! ¡Esa llave me está incitando, es una tentacion! Tambien mi madre tenia el mayor cuidado de no dejar la llave puesta. ¿Qué habrá ahí, Dios mio?

Rosa procuraba dominarse; pero cuanto mas desechaba las ideas que cruzaban por su mente, mayor fuerza empleaban para fascinarla.

«¿Qué mal hay, le decia una voz secreta, en que abras el baul? Tal vez no hallarás nada, pero no te mortificarán las dudas.»

«Bajo esa llave, le decia otra, hay secretos que te interesa descubrir. Estás sola, completamente sola; nadie te ve y puedes abrir, ver lo que contiene el baul y dejarlo todo del mismo modo.»

Al cabo de un cuarto de hora arrojó la costura y esclamando: «No puedo mas,» se dirigió á la habitacion donde estaba el baul, y se acercó á la llave.

Aquel pedazo de hierro estaba frio, y, sin embargo, abrasó sus manos.

Dió media vuelta á la llave y abrió el baul.

No contenia mas que algunas prendas de su difunta madre y un paquete de cartas atado con una cinta.

En la primera carta habia una línea escrita por su madre.

« Cartas de mi esposo; » decia.

— Son cartas de mi padre, esclamó Rosa ; yo no las he visto ; ¿no tengo derecho á conocer siquiera al autor de mis dias? He hecho bien en cometer esta indiscrecion. Sabiendo lo que sé, lo que me ha referido el Sr. Mariano, me parecerá que estoy hablando con mi pobre padre al leer sus cartas, y en vez de sufrir...

Y convencida, desató el paquete y leyó algunas de las cartas.

A juzgar por el contenido de las que llamaron su atencion, su madre hablaba siempre de ella al autor de sus dias.

En un párrafo de una, que tenia doce ó trece años de fecha, leyó Rosa estas líneas :

« ¡ Cuánto siento, querida esposa, no poder disfrutar de esa felicidad de que me hablas ! ¿ Conque nuestra hija es tan buena, tan cariñosa ? ¡ Angel mio ! Mi mayor desgracia consiste en estar separado de ella, en vivir lejos de tí.

» Pero no te hagas tantas ilusiones. Dices que al verlos, juntos de la mano en el paseo que dísteis el domingo, pensaste en que algun dia podrian llegar á ser esposos. No te olvides de que Jorge pertenece á una noble familia y nuestra hija á la de unos pobres artesanos. Comprendo que goces cuando la oigas hablar de Jorge y decir : « mi maridito ; » pero no abrigues esas ideas ni fomentes en su alma esa inclinacion que siente hácia su compañero de la infancia.

» Jorge, cuando sea hombre, cuando le reconozca su padre, cuando viva en la esfera que le corresponde vivir, sentirá siempre cariño hácia nosotros, y si Rosa le ama entonces, será muy desgraciada. »

Al leer esto, se inundaron de lágrimas los ojos de la jóven.

Su padre habia leido en el porvenir.

Por algun tiempo permaneció meditabunda.

Las lágrimas resbalaban libremente por sus pupilas, sin que se cuidara de enjugarlas.

Su emocion era inmensa.

— ¡ Pobre padre mio, esclamó, cómo adivinaste mi alma !

Hojeando otras cartas :

« Has hecho bien, leyó, en dar oficio á nuestra hija.

» Pero vigílala mucho para que las malas compañías no perviertan su alma. Con oficio ella y con carrera él, se querrán siempre, pero comprenderán desde el principio la distancia que los separa. »

En un párrafo de otra carta leyó :

« Mucho me ha conmovido lo que me cuentas. ¿Conque un chico insultó á Rosa, y Jorge salió á su defensa, quedando vencedor? En ese rasgo reconozco á su padre. Como á él, me consuela la idea de que si dejásemos á nuestra hija en la orfandad, tendria en él un hermano, un defensor. Pero no olvides mis encargos. »

En otra carta con fecha mas reciente leyó :

« Creo que pronto nos veremos. Entre tanto, accediendo á tus deseos, te envio mi retrato. No me conocerás. ¡He variado tanto! ¡El sufrimiento anda mas de prisa que el tiempo. »

— ¡Su retrato! esclamó Rosa. ¿Si estará aquí?

Y abrió todas las cartas para ver si parecia.

— No, no está. Veamos en esta caja.

Y abrió una, hallando un sobre, dentro del cual habia una cartulina.

— Este es, esclamó.

Iba á sacarle del sobre, cuando sonó un campanillazo.

Herida como por un rayo, cerró la caja y el baul,

dió una vuelta á la llave y salió de puntillas de la habitacion, yendo á sentarse en una silla.

Para reponerse aguardó á que llamaran por segunda vez.

Llamaron, en efecto, y figurando que se despertaba sobresaltada, abrió la puerta y dijo:

— ¿Ha llamado Vd. dos veces, abuela?

Pero no pudo terminar la frase porque recibió una sorpresa.

No era su abuela quien llamaba.

Era una señora lujosamente vestida que preguntó por aquella.

— No está, contestó Rosa.

— Lo siento infinito, porque necesitaba verla.

— Si Vd. quiere pasar adelante y honrar nuestra humilde casa.....

— No, tengo prisa.

En ese caso, mi abuela irá á ver á usted en cuanto venga.

— No, que no se moleste. Es anciana, y, por otra parte, segun mis noticias, tiene en Vd. la mayor confianza. Dígale Vd. cuando venga que puede estar tranquila por el acusado que tanto le interesa; me consta positivamente que será indultado.

— ¡Oh! señora, esclamó Rosa, no puede Vd. imaginarse cuánta ventura nos ofrece con esas pa-

labras. Pero perdone Vd. mi indiscrecion al preguntarle su nombre para bendecirle por habernos dado tan fausta nueva.

— No es á mí sola á quien deben Vds. ese favor, es á mi buen amigo el brigadier Iraldez, que habiendo tenido que partir para prestarme un gran servicio, me ha puesto en el deber de venir á decir á Vds. lo que se hubiera alegrado en comunicarles.

— Pero ¿quién digo á mi abuela que ha estado á verla?

— Tome Vd mi tarjeta y las señas de mi casa, que pongo á la disposicion de Vds. Mi mayor satisfaccion será poder complacerlas á Vds. en cualquier caso.

— Tantas gracias, señora.

— Adios, añadió la elegante dama.

A Rosa le faltó el tiempo para leer el nombre que habia escrito en la tarjeta.

Era el de la generala Mendoza.

Alborozada por aquellas noticias, se olvidó por un momento de las cartas y el retrato de su padre.

Pero el vivo deseo que tenia de ver si su pensamiento se realizaba, la obligó á dirigirse á la habitacion en donde estaba el baul, á tiempo en que llamaba su abuela.

Le fué de todo punto imposible realizar sus designios.

La anciana volvia tambien muy contenta, porque el Sr. de Lara le habia asegurado que en el próximo Viernes Santo indultaria la Reina al Sr. Mariano.

Al dia siguiente se propuso Rosa aprovecharse de la carta que le habia dado Manuel para pedir al alcaide del Saladero que le dejase ver al Sr. Mariano.

El resto de la tarde y parte de la noche la pasaron en la mayor alegría.

Pero dieron las doce y Jorge no habia vuelto.

Rosa y su abuela contaron despiertas todas las horas, y al amanecer aun no habia llegado Jorge.

— ¿Qué le habrá sucedido? Aguardaremos, se dijeron.

Pero trascurrió medio dia, y Jorge no pareció.

La ansiedad de aquellas dos mujeres fué inmensa.

Preocupada con la desaparicion del jóven, no fué Rosa al Saladero; pero sí á buscar á Luis, el amigo de Jorge, á fin de que le diese algunas noticias.

Solo habia podido decir á Rosa que le habia pedido dinero prestado, y que le habia dado quinientos reales.

La jóven fué en seguida á casa del señor D. Ja-

cinto, del eclesiástico que velaba por él, y allí supo que estaba fuera de Madrid.

Volvió á su casa con la mayor angustia.

— Aguardaremos esta noche, se dijeron las dos mujeres.

Pero dieron las once y aun no habia llegado.

Rosa pensó de pronto en que podia haber atentado contra su vida.

Y sin decir nada á su abuela, corrió al cuarto del jóven para registrar sus papeles.

Entonces fué cuando halló sobre la mesa una carta cerrada, pero sin señas en el sobre.

En el blanco papel leyó su corazon su nombre.

Poco despues iba á decir á su abuela el contenido de aquella carta, cuando oyó cuatro golpes en la puerta de la calle.

— Él es, él es; gritó la anciana.

— ¿Quién? preguntó Rosa asomándose al antepecho.

— Yo, yo; abre, hija mia, dijo una voz.

— Es el brigadier Iraldez, esclamó Rosa.

Cinco minutos despues entraba el brigadier en aquel modesto albergue.

XXIII

Una confesion dolorosa.

El brigadier Iraldez acababa de despedirse de la generala Mendoza, y no puedo pasar adelante sin dar cuenta á mis lectores de la conversacion que habian tenido.

Conducido por un criado á presencia de la generala :

— Acabo de llegar, dijo el brigadier, y no he querido ni mudarme siquiera, porque comprendo la ansiedad con que me esperaria Vd.

— En efecto, mi ansiedad era superior á lo que Vd. puede imaginarse, tanto por mi negocio como por el de Vd.

— Déjeme Vd. que hablemos primero de Cárlos. Le he dejado en Charenton sumamente recomendado al director del establecimiento. Está mucho mejor; no parece dispuesto á cometer los escesos que nos han obligado á llevarle allí, y al regresar

he podido detenerme algunas horas en Santander, en donde he esplicado á su hermano de Vd. las causas de la enfermedad de su hijo, y la inmensa pena que siente Vd. por su desventura.

— Segun eso.....

— Por ahora podemos estar tranquilos. El director del establecimiento ha quedado en escribirme diariamente, y yo le ofrezco volver á recogerlo muy en breve cuando arregle el negocio que con tanto ne rés le he recomendado.

— Ese negocio no debe preocupar á Vd.

— ¿ Hay buenas noticias?

— Mi amiga ha referido á su esposo la historia de ese pobre acusado que tanto interesa á Vd., y no queriendo dar crédito á sus palabras, me ha hecho ir á mí á su casa á repetirle el acto de heroismo. Inmediatamente ha pedido informes á la Audiencia, y los que ha recibido han si lo favorables al reo. Esta misma tarde me ha ofrecido solemnemente que presentará su causa el dia de Viernes Santo á la Reina, para que sea una de las que consigan el indulto.

— Dios se lo pague á Vd., generala. No puede Vd. imaginarse el inmenso favor que me ha hecho.

— La pobre mujer que tanto se interesa por él sabe ya el propósito del ministro.

— ¿Le ha enviado Vd. algun recado?

— He ido yo en persona á darle la noticia.

— ¡ Qué buena es Vd. !

— No la he hallado en casa, pero he tenido ocasion de conocer á su nieta. ¡Qué angelical criatura!

— En efecto, dijo el brigadier Iraldez despues de un momento de meditacion. Esa mujer tiene todos los elementos para hacer la felicidad de un hombre honrado.

— Ahora podria pedir á Vd. el cumplimiento de su promesa; pero aun no es tiempo. Aguardemos á que el reo sea indultado.

— ¿Cree Vd. tener tan poco crédito para mí?

— No; pero no sé porqué me figuro que le ha de costar á Vd. mucho la revelacion que me ha prometido.

— Si no contara con la amistad de usted, sí; pero teniendo la seguridad de su aprecio, esa revelacion no es un sacrificio para mí, es un consuelo.

— No se olvide Vd. de que soy mujer, y por lo tanto curiosa.

— Estoy á las órdenes de Vd.

— Le ahorraré á Vd. la mitad del camino. Brigadier, recuerdo muy bien la historia que me ha contado Vd. de ese hombre por quien nos interesamos, de ese criado fiel. ¿Fué Vd. su amo?

— Sí, generala, contestó con profunda emocion el brigadier.

— Lo habia adivinado, y ahora comprendo los motivos que le han obligado á usted á vivir solitario, á pesar de la buena posicion que debe á su mérito.

— Tengo un hijo.

— ¿Y él lo sabe?

— Lo ignora.

— ¿Pero su madre murió?

— Murió en el mismo momento en que él nacia. La crueldad de su padre la llevó al sepulcro.

— Hablemos con mas franqueza, dijo la generala. Yo recuerdo ahora haber oido una historia muy parecida á la que Vd. me ha contado. ¿Era el marqués de Romeral el padre de la que debia ser esposa de usted?

— Sí.

— Le he conocido, y si no estoy mal informada, aun vive retirado en Andújar.

— Desde que murió su hija, desde que arranqué de sus brazos al fruto de mi amor, no he vuelto á verle. Pero sé que sufre mucho, que vive retirado, que llora continuamente á aquel ángel que murió bajo el peso de su severidad.

Veo que he hecho mal en recordar á Vd. estas cosas, porque le he entristecido.

No, me ha proporcionado Vd. una ocasion de desahogar mi dolor, y yo se la agradezco Ahora, puesto que ya conoce usted mi secreto, permítame Vd. que le abandone para ir á ver ámi hijo.

— ¿Vive en Madrid?

— Vive con esa pobre anciana á quien ha visitado Vd., y me conoce, aunque no sabe que soy su padre.

-- ¿Debe saberlo?

— Aun no ; le he hecho muy desgraciado.

La generala guardó silencio.

El brigadier se marchó.

Ansiaba por momentos ver á la abuela de Rosa y á Jorge, y se dirigió á la calle de Lavapiés.

Al llegar á la habitacion con el rostro alegre, se sorprendió al ver lágrimas en los ojos de Rosa.

— ¿Qué tienes, hija mia?

— Nos ha pasado una gran desgracia, dijo la anciana.

— ¿Una desgracia? ¿cuál?

— Hace dos dias que se marchó Jorge y no ha vuelto.

— ¿No ha vuelto? esclamó el brigadier.

— Vea Vd. la carta que acabo de hallar en su mesa, dijo Rosa.

El brigadier la leyó precipitadamente.

— No hay tiempo que perder, esclamó. Voy á salir ahora mismo en posta á su encuentro.

Despues de una breve pausa, añadió :

— Es inútil ; á estas horas es posible que esté ya en Cádiz, que se haya embarcado. No, no ; enviaré primero un despacho telegráfico á un amigo mio de allí para que impida su marcha. Tranquilícense Vds. Me voy ; yo aseguro que volveré con él.

Antes de partir no pudo menos de detenerse á contemplar á Rosa.

Llorando de aquel modo por Jorge le pareció mas bella, mas angelical que nunca.

— No llores, hija mia, le dijo; ten esperanza como yo, y piensa que en este instante juro hacer tu felicidad.

Era ya tarde para emprender la marcha; pero envió el telégrama y se dispuso á salir á la mañana siguiente, yendo á despedirse antes de la generala, y comunicándole sus proyectos.

XXIV

Donde el hombre desesperado se convierte en hombre feliz.

En efecto, el marqués del Romeral vivia esclusivamente para el recuerdo de su hija, y viendo aproximarse su última hora, habia pensado en hacer dichoso al fruto de su amor.

A quien no perdonaba era á Iraldez.

Habia hecho las mayores diligencias para averiguar el paradero de Jorge, y despues de mucho tiempo de crueldad le puso en relaciones con Don Jacinto.

Este no tuvo inconveniente en ser cómplice del marqués, puesto que se trataba del porvenir del hijo de su amigo Iraldez.

El dia en que Jorge le pidió esplicaciones acerca de su orígen, escribió al marqués, y al mismo

tiempo, conociendo á fondo el carácter del jóven, se puso en guardia para evitar que cometiera cualquier acto desesperado.

Gracias á esto, sin que pudiera observarlo Jorge le vió ir á la estacion y tomar el billete para el viaje.

No pudo acompañarle por no estar preparado; pero envió un telégrama á Andújar, anunciando al marqués la partida de Jorge y rogándole que le detuviera con cualquier pretesto.

D. Jacinto lo dispuso todo para partir aquella tarde. Cuando llegó á Andújar la diligencia que desde Tembleque conducia á Andalucía á los viajeros, preguntó un criado por D. Jorge Martinez, y cuando el jóven se dió á conocer, puso en sus manos una carta del marqués del Romeral.

« Para enterarme de un asunto que me interesa, le ruego que se sirva detenerse un dia en mi casa.

El marqués del Romeral. »

Sorprendido Jorge, y viendo halagada su vanidad porque un marqués le hacia una súplica:

— No puedo detenerme, dijo al criado; pero mientras descansan los viajeros y mudan el tiro, iré á ver al señor marqués.

Este se valió de todos los medios posibles para lograr su deseo.

Le colmó de atenciones, le sentó en su mesa, le ofreció uno de los mejores cuartos de su casa, y cuando Jorge le preguntó cuál era el objeto de aquellos agasajos :

— Espere Vd. algun tiempo, le decia, muy poco, y nos comprenderemos.

Por la noche fué grande la sorpresa del jóven al ver llegar á D. Jacinto.

— Esta era la sorpresa, dijo el marqués, que queria dar á Vd.

La llegada de D. Jacinto hizo comprender á Jorge que se le habia tendido un lazo.

— Supongo, esclamó al verle, y antes de contestar á su saludo, que me esplicará Vd. lo que significa todo eso.

— Significa que es Vd. un niño y que necesita que vele por su porvenir.

Y dirigiéndose al marqués, añadió D. Jacinto :

— Deseo hablar con Vd. un instante ; Jorge tendrá la bondad de permitírnoslo, y acto continuo podré descifrar el enigma de mi conducta.

Los dos entraron en una habitacion contigua, y Jorge permaneció agitado.

— Señor marqués, le dijo D. Jacinto, ha llegado un momento en que es necesario, para evitar una desgracia, que se resuelva Vd. á perdonar á ese jóven el haber debido la vida á su hija de Vd. Su

conducta, su educacion, sus sentimientos, le hacen acreedor al cariño de Vd. Parece que presiente la esfera en que ha nacido, puesto que todas sus inclinaciones le llevan á habitar en un mundo superior al en que ha pasado su infancia, y su juventud. ¿Quiere Vd. que calmemos la agitacion que siente, que ahuyentemos el martirio que sufre revelándole la verdad, diciéndole quién es Vd., quién fué su madre?

— Estoy conforme bajo una condicion, dijo el marqués.

— ¿Cuál?

— La de que ignore siempre quién es su padre, porque con ese no transigiré nunca.

— ¿Aun conserva Vd. rencor hácia ese hombre, cuyo único delito, al amar á su hija de Vd., fué el no tener una posicion digna de ella?

— No me hable Vd. de eso. Le considero como el causante de la muerte de mi pobre Margarita, y no transigiré nunca con él.

— Yo no sé hasta qué punto, añadió D. Jacinto, obraré con arreglo á las instrucciones que he recibido de mi amigo el brigadier, oponiéndome á que continúe el viaje Jorge, y revelándole los lazos de parentesco que con Vd. le ligan. Pero la causa de su desesperacion es la pobreza, y mas aun que la pobreza el verse sin familia, el ignorar su orígen.

Abrale Vd. sus brazos, que halle en Vd. lo que busca, y mi conciencia estará tranquila. El brigadier, mi amigo, sabrá arrostrar ese sacrificio mas.

Poco despues fué llamado Jorge á la habitacion donde estaba el sacerdote, y el jóven oyó de los labios de D. Jacinto una revelacion que no desagradó al marqués.

Jorge esperimentó una inmensa alegría, porque vió que la fortuna volvia á sonreirle dándole por familia la de un marqués, con una pingüe herencia en perspectiva.

Tenia buen corazon, y se conmovió.

— Pero, ¿y mi madre? dónde está? ¿Cómo se ha separado de mi lado? ¿Vive?

Las lágrimas del marqués le hicieron comprender que habia muerto.

— ¿Y mi padre? preguntó; ¿porqué me ha abandonado?

— Su padre de Vd., dijo D. Jacinto, ha muerto.

Jorge confió entonces á su abuelo la historia de su vida y los motivos que le habian impulsado á emprender su viaje.

La principal causa que alegó fué el desprecio de la marquesa de Valle-Oscuro.

Al pronunciar este nombre :

— Tranquilízate, hijo mio, dijo el marqués. ¿Tú

amas á Hortensia? ¿Ella te corresponde? No puedes darme mayor alegría.

— ¿Conoce Vd. acaso á su familia?

— Su padre era primo mio, hermano del hombre con quien yo quise unir á tu madre, y ¡que murió desgraciadamente.....

No pudo concluir la frase, porque D. Jacinto le interrumpió con una mirada severa.

— Ahora mismo, sin pérdida de tiempo, añadió el marqués, voy á escribir á mi prima la marquesa anunciándole mi visita con un jóven que está enamorado de su hija. Abre tu corazon de nuevo á la esperanza, hijo mio, añadió. Si amas á Hortensia, si ella te ama como me lo aseguras, en breve bendecirá la Iglesia vuestra union.

El marqués anunció á toda su servidumbre quién era el jóven viajero.

Puso á su disposicion caballos, armas; en una palabra, realizó todas sus aspiraciones de tal manera, que Jorge creia soñar.

¡Cosa estraña! En medio de su prosperidad recordaba con mas cariño que nunca la humilde y modesta casa en donde habia pasado su niñez y su juventud, y en aquel santo asilo aparecia á sus ojos con mayor encanto, con mas pura belleza la figura de su hermana Rosa.

Mas pensaba en ella que en Hortensia, y era por-

que Hortensia significaba para él una humillacion y Rosa un triunfo.

Esta se hacia acreedora á su proteccion.

Aquella, por haber obedecido á su madre, por no haberse arriesgado á seguirle en la desgracia, hasta le parecia que merecia un castigo.

De esta suerte trascurrieron tres dias, al cabo de los cuales, el brigadier, que antes de ponerse en camino habia ido á visitar á D. Jacinto, y supo que se habia detenido en Andújar, presintiendo lo que pasaba, le buscó y le encontró.

XXV

Un padre, un hijo, un abuelo y un cambio de ministerio.

La entrevista que celebraron el brigadier y don Jacinto causó un profundo sentimiento al primero.

Aunque habia ocultado á todo el mundo, y particularmente á Jorge, que era su padre, no lo habia hecho tanto por el deseo de que no apareciese mancha alguna sobre su reputacion, cuanto por el afan de poder dispensarle muchos beneficios y entregarle una fortuna al mismo tiempo que con lágrimas en los ojos le pedia el dulce afecto de hijo en cambio del amor que le profesaba.

Así es que cuando supo la revelacion que le habian hecho y la declaracion de D. Jacinto á Jorge de que habia muerto su padre, asomaron lágrimas á sus ojos que despedazaron su corazon.

— Solo á ese precio, dijo D. Jacinto, ha querido el marqués abrir los brazos á su nieto y darle la felicidad que le faltaba, y sin la cual caminaba al precipicio, guiado por la desesperacion.

— Esto no puede quedar así, dijo el brigadier : yo necesito á toda costa tener una conferencia con el marqués.

— Ya sabe Vd. que no quiere verle.

— Esa es una obcecacion ; tengo derecho á defenderme ante él, y necesito verle.

— Se propone partir á Madrid con Jorge muy en breve.

— Antes es necesario que yo le hable; sea Vd. mediador.

— Conozco su carácter y estoy seguro de que se opone á la entrevista.

— En ese caso tendré valor para declarar á mi hijo que soy su padre, y lucharemos.

— Eso seria horrible.

— Para evitarlo quiero una transaccion. Quiero humillarme, si es preciso, ante el padre de la que á los ojos de Dios fué mi esposa.

Viendo lo decidido que estaba el brigadier, le ofreció D. Jacinto intentar la entrevista.

Al oir la proposicion se enfureció el marqués.

Pero las poderosas razones que alegó el eclesiástico le impulsaron á doblegarse, prometiendo que

iria al dia siguiente á la fonda en donde se hospedaba D. Jacinto, para celebrar allí una entrevista con el brigadier.

Este aguardó con ánsia aquel momento.

Deseaba una reconciliacion con el marqués para tener derecho á hacer la felicidad de su hijo.

Gracias á las noticias que le habia dado la generala Mendoza, el reo iba á ser indultado, y no habia inconveniente en que su hijo supiera la verdad.

El brigadier buscaba una situacion despejada, franca, reconciliacion sincera, fecunda, y no dudaba que sus palabras ablandarian al marqués.

Este se presentó algo mas tarde de la hora convenida.

Su rostro aparentaba mayor serenidad de la que en el fondo tenia.

Como habia tardado, y, ante todo, era hombre de educacion, dió mil escusas á D. Jacinto, alegando que las importantes noticias que habia llevado el correo aquel dia le habian obligado á retrasarse.

D. Jacinto y el brigadier ignoraban el contenido de aquellas noticias.

El primero presentó al segundo al marqués, y se iba á retirar, cuando los dos le suplicaron que interviniese en su coloquio.

— Aunque no debiera haberme prestado á los

deseos de Vd., dijo el marqués sin atreverse á mirar al brigadier, he aceptado, porque, en medio de mis desventuras, soy muy feliz desde que he podido estrechar entre mis brazos al hijo de mi hija, y le he indicado el justo resentimiento que siento hácia Vd.

— Echemos un velo sobre el pasado, dijo el brigadier, y no vea Vd. en mí mas que al esposo de Margarita. Si Vd., por motivos que respeto, y de los que no quiero acordarme, se opuso á nuestra union, Dios la bendijo, Dios sabe que yo era su esposo, que lo hubiera sido ante la sociedad si la muerte no la hubiese arrebatado de mi lado.

Los dos se enternecieron.

— Dos hombres que lloran por una misma causa, dijo el sacerdote, no pueden ser enemigos.

— Él causó la desgracia de mi hija.

— Y su severidad de Vd. su muerte y mi eterna desventura.

— Era padre.

— Y yo esposo; me faltaba un título de nobleza, me faltaba una posicion, pero sentia bastante amor hácia ella para haber llegado á la posicion en que hoy me encuentro.

— Ella, que los ve á Vds. desde el cielo, pide en este momento al Altísimo que una á sus corazones el lazo del cariño, añadió D. Jacinto.

El marqués estaba profundamente conmovido. Iraldez pugnaba por ocultar las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

— Y bien, dijo el marqués reponiéndose, ¿ qué es lo que quiere Vd ?

— En primer lugar, su perdon y su afecto.

No hablemos ahóra de eso, añadió, defendiéndose todavía. ¿ Qué desea usted de mí ?

— Compartir con Vd. la felicidad á que tengo derecho.

— No comprendo.

— Jorge es mi hijo.

— ¿ Aspira Vd. á revelárselo?

— ¿ No es natural que habiéndome sacrificado por él, que habiendo tenido bastante resignacion para ocultárselo hasta ahora, me acerque, al verle feliz, á su lado é implore su afecto en nombre de su madre ?

— Eso seria robarle la dicha que yo le proporciono.

— ¡ Marqués, por Dios !

— Yo he averiguado, á fuerza de mucho trabajo y de no pocas inducciones, la verdad del crímen que tuvo lugar en Madrid á las puertas de mi casa. Vd. tenia un criado leal, y despues de matar, no premeditadamente, sino en un arrebato, al que debia ser esposo de mi hija, le salvó á Vd. acusán-

dose de haberle muerto por robarle; ¿es eso cierto?

— Sí, dijo Iraldez, sí, es cierto; y no solo la ira, mi amor propio ofendido, mi honor ultrajado, qué sé yo, la ceguedad, el delirio, me obligaron á acabar con aquel hombre que se oponia á mi felicidad. Es verdad tambien que mi fiel servidor me salvó de aquel modo. Yo hubiera debido entonces presentarme á los tribunales á declarar su inocencia; pero Margarita era madre, yo no podia abandonarla, creia tener medios, como los tuve, en efecto, para salvar á mi noble amigo, y fuí débil y cobarde.

— Pero ese hombre, añadió el marqués, ha sido preso de nuevo y condenado á muerte en segunda instancia. Tal vez vaya á expiar en un patíbulo el crímen que cometió usted, y no es justo que ese jóven que hoy es feliz vea desaparecer los risueños horizontes que le sonrien, sabiendo, ó que ha muerto su padre en un cadalso, — porque Vd. no consentirá que perezca el inocente — ó que su padre ha sido tan cobarde que ha permitido que recaiga sobre otro un crímen espantoso.

— No me conoce Vd., dijo Iraldez, si piensa Vd. que no abundo en sus ideas. ¿Porqué he callado hasta ahora? ¿Porqué hasta ahora no he aspirado á la felicidad que hoy pido á Vd. con tanta sumi-

sion, con tanto cariño? Pues ha sido porque hasta ahora seguia la marcha de la causa fatal, y estaba dispuesto, si no podia salvar á ese pobre infeliz, á renunciar á todo: á mi honra, á mi posicion, á las esperanzas de mi alma; estaba resuelto á declarar la verdad: hoy ya no es necesario.

— ¿Porqué?

— Porque el ministro de Gracia y Justicia sabe la verdad; porque al conocer al verdadero reo se ha entusiasmado ante la abnegacion del acusado; porque ha ofrecido solemnemente pedir el próximo dia del Viernes Santo que indulte la Reina al reo, y yo encontraré medio de que Vd. me ayude á justificar su inocencia y á premiar su virtud sin manchar su honra.

— Renuncie Vd. á esa loca esperanza, dijo el marqués.

— ¡Oh! no; estoy seguro de que será indultado.

— El ministro que le ha ofrecido á usted esa gracia ha dejado de serlo.

— ¿Qué dice Vd.? esclamó Iraldez.

— Vea Vd., añadió el marqués, enseñándole un despacho telegráfico que habia recibido por la mañana.

El brigadier quedó asombrado.

Efectivamente; una de las muchas crísis que ha

habido en nuestro desventurado país, habia obligado al ministro á presentar su dimision, y acababa de ser reemplazado.

Al cabo de una breve pausa :

— Adios, señor marqués, esclamó. Renuncio á la súplica que he hecho á usted... Vuelvo á Madrid inmediatamente, y ahora yo sé lo que me toca hacer.

— Tambien yo iré con Jorge muy en breve. Cuente Vd. siempre conmigo para todo.

— Gracias, gracias, añadió Iraldez profundamente conmovido.

— Yo no me separo de Vd., dijo D. Jacinto.

Los dos partieron aquella tarde.

XXVI

La ociosidad.

Los sucesos mas importantes de esta historia se complican de tal manera, que para no descuidar á los personajes secundarios voy á tener que decir algo de ellos, siquiera sea en breves líneas.

Hortensia, seducida por la serpiente de la curiosidad, mordió el fruto prohibido.

La misma noche del dia en que partió Jorge encontró en un salon al vizconde de Castilla.

La pobre niña era la inocencia en persona.

El vizconde quiso sacarla á bailar.

— No sé si mamá me permitirá que baile con Vd., le dijo.

— ¿Porqué?

— Porque me ha dicho que ande con mucho cuidado con Vd.

Esto despertó la curiosidad de Enrique.

— Pregunte Vd. á su mamá, le dijo, y verá Vd. como no se opone á que bailemos.

— Mamá, dijo la jóven á la marquesa, ¿puedo bailar el rigodon con el vizconde?

— Sí, mujer, eso sí.

La niña volvió á donde le esperaba Enrique, y despues de decirle que habia obtenido el permiso, se agarró de su brazo.

El vizconde miró entonces por la primera vez con fijeza á la jóven.

Vió unos ojos azules, profundos, llenos de dulzura y amor; vió unos labios purísimos que exhalaban el aroma de la castidad; vió unas mejillas sonrosadas, unas faccionnes purísimas, y uniendo á lo que vió lo que adivinó, pensó cuán dichoso seria el que poseyera aquel tesoro de belleza.

— ¿Porqué no queria Vd. bailar conmigo?

— Porque le tengo á Vd. miedo.

— ¿Miedo á mí?

— Sí, mucho.

— No comprendo.

— Me han dicho que es Vd. un calavera, un seductor.

— Me han calumniado; no soy mas que un adorador de la belleza de Vd. No crea Vd. que es ahora cuando esperimento esta admiracion. Hace ya tiempo.....

— Mi mamá me lo ha dicho.

— ¿Qué le ha dicho á Vd. su mamá?

— Que me hacia Vd. la corte. Pero yo no lo habia notado.

— Pues bien, dijo Enrique, viendo que los escrúpulos de la mamá le habian hecho ganar terreno en el corazon de la hija, estoy loco de amor por Vd.

— No hable Vd. de esa manera, que nos va á oir mamá.

— ¿Le inspiro á Vd algun afecto?

— La verdad es que yo creia que era Vd. mas temible.

— ¿Puedo esperar...?

— Nada, nada, dijo Hortensia.

— No me condene Vd. sin oirme. ¿Dónde podremos vernos?

— En ninguna parte.

— Y, sin embargo, yo necesito decir á Vd. cuánto la adoro. ¿No la acompaña á Vd. alguna vez el criado, la doncella?

— No salgo mas que con mamá.

— Sin embargo, yo recuerdo haber visto á Vd. alguna vez sola en la berlina.

— Alguna que otra vez, cuando acompaño á mamá á casa de su amiga la duquesa, que aunque me quiere mucho, se aflige al verme porque soy el etrato de su hija, de la pobre Elena que murió.

— Hortensia, dijo el vizconde, yo necc ito hablar á Vd. á solas y buscaré la ocasion. ¿Me teme Vd?

— ¡Oh! yo no.

En esto acabó el rigodon.

— La conquista de esta niña es muy fácil, dijo el vizconde, pero no importa triunfar de una jóven tan bella, tan angelical, es una victoria que no he disfrutado nunca. Yo buscaré algun medio.

Aquella noche la pasó en vela Hortensia pensando en el vizconde.

Le parecia el hombre mas interesante del mundo.

El vizconde, en cambio, la pasó en el casino jugando al *bacarat*, y por la mañana al despertarse tuvo una gran alegría al ver que se presentó en su casa el famoso Manuel con una caja de soberbios vegueros.

—Vengo á ver si V. S. quiere...

— ¿Los cigarros? Pide por ellos lo que quieras, y despues hablaremos de un negocio.

— ¿Se ha metido V.S. á negociante?

— Ya lo verás.

— Pues entonces dejemos la cuenta para despues.

— ¿Cuánto ganas al dia vendiendo cigarros?

— Eso..... segun..... Hay dias buenos y dias malos.

— Contaremos todos los dias como si fueran ebunos.

— En ese caso..... ¿ Pero para qué quiere saber V. S...?

— Responde la verdad y no preguntes.

— Pues bien; pongamos ocho duros.

— ¿Ocho duros? Y si durante diez ó doce dias dejases de trabajar, ¿al reanudar tus tareas esperimentarias alguna pérdida?

— ¡Oh! mucho; no sabe V. S. lo que es la costumbre. Los que me compran cigarros buscarian á otro.

— ¿Y si te pusieras malo?

— Tendria que poner un sustituto.

— Pues bien; media onza para tí y cuatro duros para el sustituto vas á tener durante el tiempo que permanezcas á mis órdenes.

— ¿Con qué fin?

— Escúchame. ¿Sabrias guiar un carruaje?

— ¿Quiere V. S. hacerme cochero?

— Lo has adivinado.

— Guiar un carruaje sabe cualquiera. Lo único que puede suceder es que atropelle á algun prójimo y V. S. tenga que pagar la multa.

— Sentiria lo primero, aunque no lo segundo. Vas á convertirte, por el tiempo que á mí me convenga, en cochero de una marquesa.

— ¿Con doce duros diarios?

— Y el salario que ella te dé.

— ¿La quiere V. S. bien ó mal?

— ¿Porqué preguntas eso?

— Porque si se trata de desbocar los caballos para que ocurra un fracaso, como el cochero podria sufrir tambien.....

— No tengas cuidado. Por de pronto se trata de que seas cochero, y despues ya te avisaré.

— Corriente: ¿qué debo hacer?

— Volver dentro de dos horas.

— No faltaré.

— Toma quinientos reales por los cigarros que me dejas.

— No valen tanto.

— Eso no importa; ya no admito la vuelta de los billetes.

Manuel se fué, y el vizconde mandó llamar al cochero de la marquesa.

— Tengo noticias, le dijo, de que es Vd. el mejor cochero de Madrid.

— Me ha hecho justicia quien se lo ha dicho á V. S., contestó el auriga.

— ¿Cuánto gana Vd.?

— Poco, porque la marquesa no es una gran señora.

— ¿Si le diera á Vd. el doble de lo que gana, se vendria conmigo?

— Desde ahora mismo.

— Pues bien; es necesario que arregle usted las cosas de manera que desde mañana pueda sustituirle á Vd. un pobre chico á quien me han recomendado, pero que no sirve para mis cocheras, y solo por esta condicion, y teniendo presentes las cualidades que á Vd. adornan, aseguraré su porvenir en mi casa.

El cochero era asturiano.

No conozco á ningun asturiano que no se haya salido con la suya, sin tener la ostensible terquedad de los aragoneses.

Cómo se arregló, no lo sé; lo cierto es que al dia siguiente Manuel se convirtió en cochero de la marquesa de Valle-Oscuro.

— Estoy muy contenta, decia la buena señora á sus amigos. Mi cochero actual es un mozo que hace honor al pescante; he ganado infinito.

La infeliz no sabia la tormenta que la amenazaba.

— Ya soy cochero de la marquesa, dijo Manuel al vizconde: ¿qué es lo que tengo que hacer ahora?

— Averiguar cuándo va tu ama á visitar á la duquesa de Alaminos.

— Y cuando lo sepa...?

— Si llevas á tu señorita, y segun costumbre en estos casos te manda dar un paseo para hacer tiempo á que su mamá haga la visita y volver á

buscarla, me envias en el momento que te dé la órden la marquesa un criado cualquiera con una carta que tendrás escrita de antemano. Al volver de casa de la duquesa, pasas por la mia, te detienes en la puerta, y lo demás corre de mi cuenta.

— ¡Hola! ¡hola! repuso Manuel; ¿el señor vizconde quiere hacer su víctima á la señorita Hortensia? No será en mis dias; mi conciencia me lo prohibe.

— ¡Calla, tunante! ¿Vas á valerte de la ocasion para que te duplique el salario?

— No, señor; lo que es eso...

— Se duplicará.

— No crea Vd. que obro por el interés.

— Bueno; véte, y cuidado con perder una sola ocasion.

A partir de aquel instante, Manuel, olvidándose de los deseos que le habia inspirado Rosa, pensó en un proyecto de mayor trascendencia y utilidad.

Lo primero que hizo fué entablar amistosas relaciones con D. Onofre.

— Tengo noticias, le dijo, de que es usted e hombre mas honrado del mundo.

— Ya se ve que sí.

— Y sin embargo, una persona que conoció al señor marqués dice que la fortuna de su viuda se ha quedado en la tercera parte.

— Pues se engaña de medio á medio, dijo enfurecido; y aunque mi ama gasta mucho, la verdad es que, gracias á mi celo, produce hoy doble renta su patrimonio.

— Vea Vd. lo que son las cosas, y ¡y yo que he oido decir que no tiene dote su señorita!

— ¿Que no tiene? Pasa de cincuenta mil duros lo que se llevará en fincas el que se case con ella.

— Pues lo que es á juzgar por la casa...

— Cada cual vive á su manera. La señora marquesa tiene en Andalucía casas que son palacios, pero le gusta mas el lujo en el vestir que las alhajas y la suntuosidad interior de su casa.

— ¿Conque la señorita tiene un milloncejo?

— Mondo y lirond .

— ¿Y no tiene mas hermanos?

— Es hija única.

— Por supuesto que Vd., cuando ella se case, seguirá siendo administrador.

Esta idea halagó á D. Onofre.

— Si es agradecida, ¡qué duda tiene!

— ¿Y cómo teniendo un millon no se casa?

— Aun es muy jóven.

— Pero habrá pretendientes.

— No faltan; sin ir mas lejos, se ha recibido una carta de un primo de la señora, un marqués

muy rico de Andalucía en la que le anuncia que vendrá muy en breve á Madrid con un novio para su sobrina.

Manuel averiguó mas de lo que esperaba.

Aquel dia escribió una carta concebida en esto términos :

« Señorita :

» La honra y la vida de un hombre están en sus manos de Vd. con esta carta. Hace mucho tiempo que la amo con delirio; pero Vd. no se ha fijado en mí, y para llegar á este momento me he visto precisado á renunciar temporalmente á mi posicion, á mi fortuna, á todo; convirtiéndome en cochero de Vd.

» No es esta la primera locura que ha inspirado el amor á un hombre de juicio.

» No crea Vd., pues, que el que la conduce á los paseos, que el que le da la mano para bajar del coche, que el que vive á su lado como un humilde servidor, es un pobre hombre que necesita de esa posicion para vivir; es un apasionado amante, que ha buscado ese medio de acercarse á su ídolo; es un hombre que, obteniendo el amor de Vd., puede presentarse á su madre y pedirle su mano.

» Mi fortuna..... pero no quiero hablar á usted de mi fortuna, porque sin su amor de Vd., nada puede hacerme feliz en el mundo.

» Misterio y valor.

» Si me denuncia Vd., siempre llevo un puña conmigo. En cuanto la marquesa me diga la primera palabra acriminándome, le hundiré en mi pecho.

» Si Vd. guarda el secreto, aprovecharé la primera ocasion para que hablemos, y entonces Vd. decidirá mi porvenir. »

— ¡ Magnífico ! se dijo despues de escribirla. Parezco un novelista. Vean Vds. lo que son las cosas. ¡ Luego dicen que las novelas de á cuarto la entrega no instruyen ! Yo he leido todas las que se han publicado, porque me las han prestado los suscritores, y sin costarme ni un cuarto siquiera he podido llegar á redactar esta carta, que me va á valer un millon. ¡ Aprended, novelistas !

XXVII

El amor, el interés y la poca vergüenza.

Estéban se despertó al dia siguiente de haber entrado á pedir hospedaje en la posada de Zaragoza, y se dijo :

— No, pues lo que es hoy no me acuesto sin encontrar á Facundo.

Lo primero que hizo fué pedir prestado á dos ó tres amigos un duro á cada uno, para poder vivir un par de dias y convidar á Casilda cuando por la tarde fuera al Ariel á darle el dulce *sí*.

Que no encontró á Facundo lo adivinan mis lectores.

El truhan se escondió bajo siete estados.

Mandó pedir á casa de su amo un baul, y despues de comer :

— Pensemos esta tarde en Casilda, se dijo, y

mañana continuaré la persecucion de ese tunante.

Púsose hecho un dandy; gastó media hora en que le rizasen el pelo, se compró un par de guantes en un tinte, y fué á la secretaría del *Ariel* á esperar á su amada.

Casilda habia pensado mucho desde el dia anterior.

Por una parte le agradaba Estéban.

Era buen mozo, fuerte, honrado, la amaba, y de seguro podria dominarle.

Pero, por otra parte, si las palabras de D. Meliton no eran un lazo, si se casaba con ella y la sacaba de planchadora, ser la mujer de un empleado público halagaba su vanidad.

— Entre los dos tengo que escoger, se dijo; pero soy tan sensible que me da lástima abandonar á alguno. Bien puedo entretener á los dos hasta ver quién cae primero, y si es D. Meliton, con decir á Estéban « seamos amigos, y nada mas, » cumplo.

Así es que, llamando á una vecina, mujer de mas edad que ella, la invitó á ir al Ariel.

La vecina llevó á su casa sus trapitos de cristianar, y las dos se vistieron sirviéndose mutuamente de camaristas.

Casilda se puso un traje de merino azul, un pañuelo de crespon, una mantilla, una cadena que habia heredado de su madre, dos ó tres sortijas, un

abanico y un pañuelo bordado, cuidando al mismo tiempo de ponerse otro en el bolsillo, porque aquel era solo de respeto.

Así vestida se fué al Ariel, y Estéban, que la esperaba, salió á su encuentro, deshaciéndose en atenciones.

— Bailaremos toda la tarde juntos, le dijo.

— Eso no puede ser, llamaria la atencion.

— ¡Bah! aquí no se nota eso.

Bailaron wals, polka íntima, redowa, schotis y rigodon.

En cada uno de estos bailes exigia á Casilda el dulce sí.

Tan insinuantes eran las palabras del jóven, se habia establecido tal intimidad entre los dos de resultas de los bailes que Casilda estaba muy sofocada, y temia no poder contenerse en dar el sí.

La tablilla que se colocaba delante de la orquesta anunció *habanera* Aquel solo anuncio produjo gran sensacion en los circunstantes.

Parecia que todos la deseaban, por los aplausos con que la recibieron.

— ¿Bailamos danza? dijo Estéban á Casilda.

— No me atrevo, dijo esta.

— ¿Porqué?

— Estoy muy sofocada.

— En ese baile no se agita uno.

— Pues por eso.
— Vamos no sea Vd. tonta.
— Digo que no.
— La bailaremos con todas las reglas.
— Me ha de prometer Vd. no decirme una pa-abra.
— Bueno.
— Es que no vale engañarme.
— Seré mudo.
— De lengua y de manos.
— De todo lo que Vd. quiera.

Los primeros compases de aquella habanera que estaba en boga por entonces,

¡Ay mamá,
que me gusta el ros de ese militar,

los puso en movimiento.

Estéban no pudo cumplir su palabra.

— Por Dios, Casilda, Casildita mia, dígame Vd. que sí, que nos casaremos muy pronto... Mire Vd. que la amo con toda mi alma, mire Vd. que...

— Pues bien : yo... decia ella, ya ve usted..... que me parece que soy demasiado buena, y aunque no diga con la boca lo que usted quiere... creo que...

— ¿Nos casaremos pronto?

— Luego se lo diré á Vd., cuando esto se acabe.

— No, ahora, ahora.

Y no bien habia pronunciado esta última palabra, cuando abandonó á su pareja en lo mas interesante de la danza.

— Vuelvo en seguida, dijo.

Y echó á correr.

Al verle cómo corria, todos se detuvieron, y tomándole por loco :

— ¡ A ese ! ¡ á ese ! gritaron.

Poco despues repetian las mismas palabras los que pasaban por Recoletos.

¿Qué habia motivado aquella desaparicion tan rápida en los momentos en que aguardaba el dulce sí de Casilda?

Habia visto á Facundo, que creyéndole en el colmo de la desesperacion, habia supuesto que no iria al baile.

Pero apenas le vió figuró que se iba por la puerta y se ocultó detrás de un grupo.

Viendo los municipales á Estéban correr de aquel modo, sin sombrero, con los cabellos erizados gritando :

— ¡ Coged á ese ladron, coged á ese ladron !

Le tomaron por un loco.

Lo primero que hicieron, como era natural, fué llevarle á la prevencion.

Casilda se desmay y hubo necesidad de que

su amiga la condujera en un coche á su casa.

Así acabó la funcion del Ariel, precisamente al mismo tiempo en que, habiendo perdonado el Sr. Lara á Roque, salia este del Saladero, llegaba á su casa y sorprendia en amable coloquio á su costilla y al señor José el carbonero.

Afortunadamente llegó á tiempo.

La zapatera no habia aun dado el sí que le exigia y abrazando á su marido :

— ¡ Ay ! qué felicidad que vengas, dijo. Mira, no seas amigo de ese hombre. Se ha atrevido á...

— Basta, esclamó el Sr. Roque, entre hombres de honor se arreglan estas cosas como yo sé. Salgamos.

— Antes, dijo el carbonero, págueme Vd. los veinte duros que le presté hace un mes.

— No, señor, primero tengo que beber su sangre de Vd.

— Lo que Vd. quiere es matarme para no pagarme luego.

— ¿Cree Vd. eso? Pues bien, márchese Vd. En cuanto reuna ese dinero se lo daré á Vd. y luego nos veremos las caras.

Y descsperado porque aquel piquillo le habia impedido lavar la mancha de su honra, dirigiéndose á su mujer :

— Vosotras teneis la culpa de todo, dijo, comprometeis á los hombres, los esponeis á que se pierdan, y... Pero tú me las pagarás. ¡Toma, toma!

Y sacudió unos cuantos bofetones á su mitad.

Un tanto desahogado, acercándose al carbonero que refunfuñaba :

— Compadre, venga esa mano, le dijo; y no hablemos mas del asunto.

Volvamos nuestros ojos á las personas mas complicadas en el verdadero drama de esta novela.

XXVIII

Engano y desengano.

El brigadier Iraldez se presentó inmediatamente á la generala.

— ¡Qué desgraciados somos! le dijo ella tendiéndole la mano.

— En efecto; he sabido el cambio de ministerio.

— Y lo peor es que con el nuevo ministro no tengo relaciones.

— No importa, estoy resuelto á confesar la verdad.

— ¿Está Vd. loco?

— No; pero la desesperacion se ha apoderado de mi alma.

— Esplíquese Vd.

— Mi hijo cree que su padre ha muerto; el marqués del Romeral, su abuelo, le ha hecho donacion

de su fortuna, es dichoso, y yo no puedo revelarle que soy su padre, porque ante todo es mi deber, y si se confirma la sentencia de ese desgraciado, tengo que presentarme á los tribunales, declarar la verdad, salvarle y morir si es preciso en el cadalso. Ya ve Vd., generala, que no puedo dar á mi hijo un nombre deshonroso.

— Es cierto; pero ya encontraremos algun medio.

— No hay ninguno.

— Yo le hallaré. ¿Piensa el marqués venir à Madrid?

— Creo que sí.

— Pues bien; déjelo Vd. todo á mi cargo. Él no se habrá olvidado de que cuando permaneció emigrado en Francia por ser afrancesado, mi padre recogió sus intereses y se los entregó en un estado floreciente al volver.

— No le pida Vd. gracia para mí.

— Ya sabe Vd. que las mujeres solemos tener buenas inspiraciones. Hágame usted el favor de no hacer nada sin consultarlo conmigo, de obedecerme en todo y por todo.

— Yo tengo que pagar una deuda de gratitud. Hace veintiseis años que vengo dia por dia administrando una fortuna con la esperanza de repartirla entre mi hijo y la hija de mi noble servidor. Mi deseo ha

sido siempre pedir á mi hijo, en cambio de todos los sacrificios que he hecho por él, la felicidad de Rosa.

— Noble y generosa idea, dijo la generala. Hemos coincidido en pensamientos. Despues de conocer á esa jóven, me ha inspirado el mas vivo interés su felicidad.

— Pero estos planes van á quedar destruidos. Jorge es hoy rico, y no me debe sus riquezas; es feliz, y no me debe su felicidad. Se olvidará de su compañera de la infancia, y ya que no pueda asegurar su felicidad de otro modo, quiero salvar á su padre; quiero proporcionarle la dicha de que le estreche en sus brazos, y ya ve Vd. que es justo que arranque á un inocente del poder de la justicia para entregar al verdadero culpable.

— Estamos conformes; pero me ha prometido Vd. obedecerme en todo y por todo.

— Obedeceré.

El brigadier fué á casa de Rosa, y no la reconoció.

La jóven se habia desfigurado en pocos dias de una manera espantosa.

Habia sufrido tanto, que se habia visto obligada á guardar cama algunos dias, y por esta circunstancia no habia hecho uso de la carta que le habia dado Manuel para el alcaide de la cárcel.

Esta carta habia dado, sin embargo, lugar á un episodio que no quiero dejar en el tintero.

Habia pasado mucho tiempo sin que el Sr. de Lara enviase recado alguno.

— Es necesario ver al Sr. Mariano, dijo la abuela de Rosa.

La jóven, obedeciendo á un mismo tiempo á un deseo egoista y á un sentimiento caritativo, habló à su abuela de la carta que tenia para ver al alcaide y le rogó que la llevase en persona.

Habia visto la llave puesta en el baul, y queria continuar sus pesquisas.

Desgraciadamente, su abuela se la llevó y no pudo realizar sus deseos.

Apenas llegó la pobre anciana á la habitacion del alcaide y le entregó la carta, la miró el funcionario y contuvo una sonrisa.

— Ahora me es imposible, la dijo, complacer á Vd.; pero tengo encargo de la persona que le ha dado á Vd. esta carta para decirle que pase por su casa.

— ¿ Y dónde vive ? preguntó la anciana.

El alcaide le dió las señas.

Enterado el vizconde de Castilla de que Manuel, al pedirle la carta, iba á favorecer á una jóven bella á quien perseguia, pensó que no le vendria mal conocer á aquella deidad, por si merecia la pena de

hacerle la corte, y envió el recado que hemos oido dar á la anciana.

Esta, con la mejor buena fé, se encaminó á casa del vizconde.

— Indíquele Vd., dijo al ayuda de cámara, que aquí está la persona á quien se ha servido dar una carta de recomendacion para el alcaide del Saladero.

— Que pase, que pase, respondió el vizconde.

Y estuvo diez minutos acicalándose para producir buen efecto en la deidad.

El desenlace de este episodio lo comprenden mis lectores.

Al ver á la anciana :

— Señora, Vd. viene equivocada, le dijo; yo no tengo nada que ver con Vd.

Y la despidió, reservándose descargar su mal humor sobre el cochero de la marquesa de Valle-Oscuro.

El resultado fué que la abuela de Rosa no pudo ver al preso.

La enfermedad de su nieta la obligó á permanecer á su lado, y cuando llegó Iraldez las dos estaban sumamente afligidas.

Su entrevista fué breve.

— He ofrecido hacerte feliz, dijo á Rosa, y cumpliré mi palabra, no lo dudes.

Una esperanza sonrió á la jóven, porque adivinaba el sentido de las palabras del brigadier.

El tiempo que habia vivido ausente de Jorge la habia hecho comprender que le amaba con delirio.

Pero no se habia hecho ilusiones, y sabia que aquel amor era imposible.

Por eso deseaba la muerte.

Al dia siguiente de la llegada del brigadier circuló en los salones de Madrid una noticia, que con la mayor piedad propagaban sus amigos.

— ¿ Ustedes saben lo que pasa ? preguntó uno.

— No ; ¿ qué sucede?

— Una estraña aventura.

— Hable Vd.

— La hija de la marquesa de Valle-Oscuro se ha escapado á Paris con su cochero.

— No puede ser ; una jóven tan timorata, tan...

— El pícaro la ha seducido.

— Va á tener su madre que casarla con él.

— Eso no ; lo primero es la dignidad, el honor.

— ¡ Pobre muchacha !

El hecho era desgraciadamente cierto.

Manuel habia llevado á cabo su plan, y habiendo sabido de antemano el dia que la marquesa de Valle-Oscuro se proponia visitar á la duquesa de Alaminos, se fué con la hija á la estacion del ferro-

carril del Mediodía, despues de haber inspirado con su novelesca carta cierta curiosidad á la jóven, engañándola, asegurándole que se unirian en el primer pueblo, y que luego volverian á pedir perdon á su mamá, pudo llevarla hasta un wagon, y partieron.

La marquesa dió parte á las autoridades, é hizo las mayores diligencias para encontrar á su hija con el cochero.

No contenta aun, se puso en camino con don Onofre, y al dia siguiente, cuando llegó el marqués de Romeral con Jorge, supo el anciano lo que pasaba, y se abstuvo de hablar á su nieto del enlace que proyectaba para él.

Al verse en Madrid, Jorge pensó á un mismo tiempo en Rosa y en Hortensia.

Su corazon le llevaba á la calle de Lavapiés.

Su amor propio ofendido á la calle del Desengaño.

Su amor propio venció.

Entró resueltamente en casa de Hortensia, y la primera persona que encontró en la puerta fué doña Mercedes.

— ¡ Hola, amigo mio ! le dijo. ¿ Vd. por aquí ?

— *Sí*, señora.

— ¿ No sabe Vd. lo que pasa ?

— Si Vd. no me lo dice...

— Una gran desgracia.

— ¿ A Vd. ?

— Sí, señor.

— ¿ Se le ha muerto su esposo ?

— No, señor.

— ¿ Pues qué es ello ?

— La marquesa de Valle-Oscuro...

— Pero ¿ qué sucede ?

— Cuando digo yo que los hombres son unos infames... Hace pocos dias tomó un cochero.

— ¿ Y le ha robado ?

— No.

— ¿ Ha hecho que vuelque el carruaje ?

— Tampoco.

— ¿ Pues qué ha hecho ?

— Se ha escapado con la señorita Hortensia.

— No es posible.

— Sí, señor ; y la marquesa ha ido detrás de ellos.

— ¿ Cuándo fué eso ?

— Ayer ; y el caso es que ellos debieron escaparse á las tres, precisamente al mismo tiempo que mi marido...

— ¿ Se ha escapado tambien su marido de usted ?

— No quiero decir eso. Precisamente al m

tiempo que mi marido iba á despedir á un amigo suyo, y yo no sé lo que habrá pasado, pero no ha vuelto.

Jorge no quiso oir mas.

Subió al cuarto principal, llamó á los criados, confirmaron las noticias que le habia dado doña Mercedes, y en el colmo de la desesperacion volvió á su casa.

Pero antes de llegar encontró al brigadier Iraldez.

XXIX

Revelaciones.

Antes de oir lo que hablaron Jorge y el brigadier vamos á asistir á una escena que tuvo lugar en el despacho del Sr. de Lara.

La generala le habia hablado para estimularle á que buscara un medio de salvar al Sr. Mariano.

— No hay mas que uno, y para eso, problemático, contestó el abogado.

— ¿ Qué medio es ese ?

— ¿ Vd. conoce á fondo la historia del acusado ?

— Creo que sí.

— Pues bien ; ya sabrá Vd. que él, que se presentó á la justicia como asesino y ladron, logró evadirse el dia de la degollacion de los frailes y marcharse al estranjero. Al volver trajo un pasaporte que fué el que le sirvió para identificar su persona, y entonces se presentó con otro nombre Pero un

enemigo suyo, á quien salvó la vida en aquel terrible dia, le reconoció y le delató. Al pronto en el primer interrogatorio que sufrió despues de ser aprisionado, hizo algunas declaraciones que podian perjudicarle. Pero apenas me encargué yo de la defensa, conocí á fondo su inocencia y los motivos que tenia para interesar en su favor á la justicia, de la que he logrado que se le admitan las pruebas necesarias para demostrar que él no es la persona á quien en rebeldía por haberse fugado habian condenado á muerte los tribunales. Su enemigo hizo una declaracion en toda regla, y hasta con juramento de que el acusado que se nombraba Mariano no era otro que Juan, el condenado á muerte por el asesinato y robo cometido en la persona del primo del marqués del Romeral. El único medio, añadió, que tenemos es el de buscar al delator, ver á qué escitaciones obedece, y obtener de él una declaracion manifestando que tiene motivos para suponer que se ha equivocado. Esto, como Vd. comprende, es difícil y acaso de muy poco efecto. Si viviera el marqués del Romeral, podria hacerse otra cosa.

— Vive, esclamó la generala, vive, y acaba de llegar á Madrid.

— ¡ Oh ! en ese caso si fuera hombre de corazon y quisiera salvar la vida de ese desgraciado.....

— ¿ Qué podria hacer ?

— ¿ Vd. le conoce ?

— Sí.

— ¿ Le ha hablado Vd. algo del asunto ?

— Le he hablado al alma, y está dispuesto á hacer todo género de sacrificios.

— ¿ Puede Vd. darme una carta de presentacion para él ?

— En seguida.

— En ese caso iré á verle y le diré á usted el resultado de nuestra entrevista.

La generala escribió algunas líneas en un papel, indicando al marqués cuál era el objeto de la visita del Sr. de Lara.

El abogado fué con la carta á verle, no le halló en casa, y se la dejó con una tarjeta.

Apenas llegó el marqués, volvió á salir y se encaminó al estudio del abogado.

Despues del natural preámbulo, que adivinan mis lectores :

— Estoy resuelto, dijo el marqués, á salvar á ese desgraciado y á perdonar á Iraldez todo, hasta la muerte de mi hija.

Pusiéronse de acuerdo el Sr. de Lara y el marqués, y el primero fué á anunciar á la marquesa la resolucion que habian tomado.

Mientras que de esta suerte se ocupaban los amigos de Iraldez en resolver el problema de su angus-

tiosa situacion, él habia cumplido el último deber, y satisfecho, aceptaba con resignacion el fin que le estuviera reservado.

Jorge, que ignoraba los íntimos lazos que le ligaban con él, pero que le consideraba como un buen amigo de la familia en cuyo seno habia pasado la niñez y la juventud, le abrió su corazon.

— Desde que no nos vemos, le dijo, me han pasado muchas cosas; unas buenas y otras malas.

Acto continuo le refirió las circunstancias que le habian facilitado el descubrimiento de su orígen, la fortuna que habia alcanzado con el perdon del padre de su madre, y al llegar al capítulo de las desventuras, contó á Iraldez el último desengaño que acababa de recibir.

— Amaba á una mujer, creia en un juramento de amor, he hecho los mayores sacrificios por merecerla, y al llegar á brindarle mi fortuna, he sabido con honda pena que, olvidando sus deberes, desentendiéndose de todas las consideraciones sociales, ha huido con un miserable criado de su casa.

— Consuélese Vd., le dijo Iraldez, procurando ocultar su emocion; esa mujer no era digna de Vd., y acaso hay otra que merece con mas motivo su gratitud y su amor.

Puede ser que no volvamos á vernos, porque voy á partir muy en breve.

— ¿ Le pasa á Vd. algo ? Está Vd. conmovido.

— No, no es nada; tengo un alto deber que cumplir. Yo me alejaré de la corte; por lo mismo, conociendo su buen corazon de Vd., quiero revelarle un secreto que tal vez le guie por el camino de su verdadera felicidad.

— ¡ Hable Vd., por Dios !

— ¿ Sabe Vd. ya su orígen ?

— Sí.

— Lo que no sabe Vd. quizá es que el autor de sus dias no le hizo desgraciado por su culpa.

— ¡ Cómo ! ¿ está Vd. enterado ?

— Me permitirá Vd. que no le revele este secreto. Pero el hecho es que su padre de Vd. hubiera llamado esposa á la que le dió el ser, si la fatalidad no se lo hubiera impedido. Su padre, el marqués de Romeral, creyó, como la marquesa de Valle-Oscuro, que no tenia el pretendiente de su hija una posicion digna de ella, y le despreció. Pero ella le amaba, ella se habia unido ante Dios con él, y estaba resuelta á seguirle, á sacrificarlo todo á su amor. En aquellas circunstancias, un hombre rico, emparentado con la familia del marqués, aspiró á la mano de su hija, quiso oponerse á la fuga que proyectaron los que ya eran esposos ante Dios, y en un arrebato le mató su padre de Vd.

Jorge oia con el mayor interés aquel relato.

— ¿Y fué preso, tal vez? preguntó; ¿fué conducido ante los tribunales, juzgado y sentenciado á muerte por la ley?

— No; su padre de Vd. tenia un criado modelo de lealtad y abnegacion. Cuando asustado de su propia obra huyó, el criado, despues de sacar de uno de los bolsillos del odioso rival el dinero que llevaba, se presentó á la justicia diciendo que él era el ladron y el asesino. De esta manera salvó á su padre de Vd.

— ¿Y quién fué ese hombre? ¿vive? ¿Murió tal vez? ¡oh! ha hecho Vd. bien en revelarme esa historia, porque ha despertado Vd. en mi alma un sentimiento de gratitud que no se satisfará hasta colmar de beneficios á ese hombre.

— No sé si ha muerto, ó si aun vive, añadió Iraldez; lo único que puedo decir á usted es que tiene una hija; que esa hija seria la mas feliz de las mujeres si Vd. la amase.

— ¡Oh! ¡por piedad, su nombre!

— ¿No adivina Vd.? ¿Quién ha sido su compañera de la infancia? ¿Quién ha sido su hermana?

— ¿Rosa?

— Ella, sí, ella que ha abrigado desde los primeros momentos de su vida la esperanza de conseguir el amor del compañero de su niñez; ella, que por sus virtudes, por su belleza, por su alma ange-

lical, vale mas que todas las mujeres del mundo. Despues de hacer á Vd. esta revelacion, sin desear que influyan en su alma las palabras que acabo de pronunciar, me despido de Vd. para siempre.

Al decir esto no pudo contener las lágrimas.

Y temeroso de despertar sospechas en Jorge, se apresuró á separarse de su lado.

Jorge anduvo maquinalmente algunos pasos.

De pronto llegó á su oido una armonía celestial.

Alzó los ojos y se encontró delante de la puerta de un templo.

Instintivamente entró en él.

El sacerdote alzaba, y el órgano de la iglesia llenaba el espacio con una de esas melodías sublimes impregnadas de amor, de admiracion, de entusiasmo; una de esas melodías que se apoderan del espíritu, que le apartan de la materia, que le llevan á las regiones del ideal, que le ofrecen los mas puros goces de la religion.

Jorge pensó en su madre y rezó una salve.

— Madre mia, se dijo de pronto, yo te juro pagar la deuda de gratitud que al darme el sér me hiciste contraer con el salvador de mi padre.

Y saliendo del templo, se encaminó inmediatamente á casa de Rosa.

Rosa estaba sola.

La puerta estaba entornada, y Jorge pudo entrar sin que le viera.

Se detuvo á contemplar á la jóven, que se hallaba completamente abstraida.

Entre sus manos tenia una tarjeta, en la que, adelantándose algunos pasos, vió un retrato.

Rosa le besaba con efusion, humedeciéndole con lágrimas.

Despues de contemplarla algunos instantes en aquella inmensa afliccion :

— ¡ Rosa ! ¡ Rosa ! le dijo Jorge, ¿ cómo sufres sin compartir tus penas con tu hermano ?

La jóven le miró, quiso hablar, pero no pudo. Estrechando la mano que le tendió Jorge, permaneció algunos instantes sin poder articular palabra.

— ¿ No adivinas, le dijo Jorge poseido de la misma emocion que habia despertado en su alma el templo, no adivinas al verme aquí que soy feliz y que vengo á ofrecerte mi felicidad ?

— ¿ Qué dices, Jorge?

— He sido un ciego hasta hoy, pero Dios ha querido que vea la luz.

— Habla, esplícate.

— Soy rico, soy dichoso ; he hallado al padre de mi madre, me ha hecho dueño de toda su fortuna ; ¿ pero para qué la quiero si no participas de ella? Predóname si agravo tu dolor con esta declara-

cion. Rosa, mientras vivia á tu lado como un hermano, no podia verte, no podia amarte, no podia comprenderte. La distancia, la ausencia me han hecho apreciar lo que vales. Te amo, sí; te amo mas que á mi vida, y de rodillas te pido que me dejes hacerte feliz, que me permitas darte el nombre de esposa.

Rosa esperimentó una emocion dulcísima.

La felicidad inundó su alma.

— ¡ Jorge ! dijo.

Y al pronunciar osta palabra reveló en sus ojos la inmensa dicha que esperimentaba.

Pero rotrocediendo de pronto :

— ¡ Es imposible ! esclamó, es imposible que yo sea tu esposa.

— ¿ Porqué ?

— Mira.

— ¿ Qué es eso ?

— ¿ No ves este retrato ? ¿ no le conoces ?

— Sí... recuerdo. Es aquel hombre que vino un dia á casa, y que al siguiente fué preso ; es el Sr. Mariano.

— Sí, dijo con voz cavernosa la jóven, con la espresion de un dolor indefinible ; es el Sr. Mariano, el acusado de asesinato y robo, el hombre sentenciado á muerte, el que tal vez va á espirar mañana en un cadalso.

— ¿ Y bien ?

— Y bien, que ese hombre es mi padre.

— ¡ Dios mio, Dios mio ! esclamó Jorge.

Rosa no pudo mas.

Cayó en sus brazos desmayado.

XXX

Una solucion.

Inmenso era el apuro en que se hallaban la generala y el marqués por un lado; Jorge y Rosa por otro.

La primera hacia los mayores esfuerzos para encontrar un medio salvador.

El Viernes Santo se acercaba; pero el indulto no bastaba á sus deseos.

Era necesario el perdon completo.

El Sr. de Lara habia apurado todos los recursos sin hallar una solucion favorable.

Viendo lo inútil de su meditacion, el marqués llegó hasta proponer que á cualquier precio se procurase la evasion del señor Mariano.

Mientras tanto el pobre acusado aguardaba con tranquilidad la última hora de su vida.

Con aquel martirio pagaba una deuda de gratitud.

Además, sabia que el porvenir de su hija estaba asegurado, porque así se lo habia escrito el brigadier; y sobre todo, confiaba en la Providencia.

Mientras Jorge, despues de haber oido la confesion de Rosa, le decia :

— Tu padre es inocente, es un mártir, es un modelo de abnegacion, y aunque muriera en el cadalso, que no morirá, mi mayor gloria seria poder contar al mundo los misterios del crímen que se le imputa, y consagrar mi vida á labrar la felicidad de su hija.

Mientras Jorge se espresaba en estos términos, el brigadier Iraldez, que despues de la entrevista que acababa de celebrar con él se sentia profundamente agitado, dominándose, no sin dificultad, porque una horrible fiebre ardia en sus venas, llegó hasta el Saladero y se hizo conducir á la presencia del Sr. Mariano.

Juan, le dijo cuando estuvieron solos, ha llegado el momento supremo. No puedo consentir por mas tiempo que el inocente sufra mientras el verdadero culpuble busca los medios de labrar su felicidad. Las circunstancias me obligan á renunciar para siempre á la dicha de estrechar en mis brazos á mi hijo y de oirme llamar padre por él. Sabe su historia, porque se la he contado; sabe los beneficios que te debe, es necesario que yo proclame tu inocencia y me presente en tu lugar á sufrir el castigo de la justicia.

— Eso nunca, contestó su fiel servidor. Yo juraria de nuevo que engañaba Vd. á los tribunales, que se culpaba Vd. por salvarme, y como las pruebas me condenan, Vd. quedaria absuelto.....

— Piensa en tu hija.

— Sé que Vd. no la abandonará.

— Ya he hecho donacion á su favor de toda mi fortuna; pero, no obstante, has sido un mártir y mereces el premio de su cariño.

Al ver lo resuelto que estaba Iraldez á delatarse:

— No tengo inconveniente, dijo de pronto Juan, en que revele Vd. ese secreto á los tribunales. Solo una condicion exijo : que aguarde Vd. tres dias. Es muy posible que en este tiempo pueda yo encontrar el medio de evitar una dolorosa confesion. Tres dias se pasan pronto; hágame Vd. este favor en cambio de los servicios que he podido prestarle.

El brigadier comprendió cuál era el pensamiento de Juan.

— Bien está, le dijo ; empeño mi palabra.

Pero se despidió de él resuelto á realizar su plan.

Al hallarse en la calle, sintió un frio intenso, al que no tardó en seguir un temblor que le obligó á apoyarse en la pared para no caerse.

Las emociones de aquellos últimos dias le habian herido de muerte.

Haciendo un supremo esfuerzo continuó su marcha, y á los pocos pasos vaciló y cayó.

La fiebre se habia apoderado de él por completo.

Algunos circunstantes se acercaron á auxiliarle; detuvieron un coche, le metieron en él, y el mas caritativo de todos los que le rodeaban le preguntó las señas de su casa y no le abandonó hasta dejarle en ella.

Sus criados llamaron á un médico.

Acudió en seguida, y le encontró tan grave, que dispuso que le administraran los Santos Sacramentos.

No tardó en llegar un sacerdote, y oyó su confesion.

La enfermedad avanzaba rápidamente.

La confesion se prolongó bastante.

El supremo esfuerzo que hizo el enfermo para revelar su secreto al sacerdote y confiarle una mision importantísima, acabó de aniquilarle.

Aun le quedaron fuerzas para mandar llamar al marqués del Romeral.

Cuando este recibió el recado estaba Jorge en su compañía.

Habia ido á pedirle permiso para consagrar su vida á Rosa, para pagar á la pobre niña la deuda de gratitud que su padre habia contraido con el Sr. Mariano.

— Ven conmigo, dijo el marqués á Jorge.

Los dos se trasladaron á casa de Iraldez.

El marqués entró en la habitacion del enfermo.

Jorge quedó en la sala.

— ¿Qué es esto? esclamó el marqués, al ver á Iraldez en aquel lamentable eslado de postracion.

— Esto es, contestó con débil voz el enfermo, que la Providencia es justa, que se acerca el último instante de mi vida y que el último instante de mi vida es el primero de felicidad para los séres á quienes he hecho desgraciados en el mundo.

— ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio !

— Tranquilícese Vd., y dispóngase á darme el último adios. Estoy tranquilo ; acabo de cumplir con mi deber.

— ¿ Qué ha hecho Vd. ?

— Acaba de abandonarme un ministro de Dios. He confesado mis culpas, he rogado á mi confesor que llame á la justicia para oir la declaracion de un moribundo.

— ¡ Eso es horrible !

— No, eso es pagar una deuda. Mariano será puesto en libertad, volverá al lado de su hija, Rosa será feliz, Jorge la amará con toda su alma, y Vd., que es bueno, asegurará su porvenir.

— ¡ Jorge está ahi !

— ¡ Dios mio ! esclamó Iraldez pugnando por

levantarse, ha venido á conocer al autor de su desdicha, á maldecirme.

— No... él ignora quién es Vd.

— Pero va á saberlo... el juez no tardará en llegar...

En esto se oyó un campanillazo.

— Ahí está, esclamó Iraldez convulso... aléjese Vd.

El marqués buscó á Jorge.

— Iraldez está muy grave, le dijo; busca á don Jacinto y que mande llamar á mi médico. En seguida corre á casa de Rosa y tranquilízala.

Jorge obedeció.

El juez, acompañado del escribano y del marqués, entró en el aposento del enfermo.

Poco despues llegó el confesor.

Iraldez hizo una declaracion en toda regla. Al terminarla :

— Dios se apiade de Vd., dijo el juez.

Y partió con el escribano.

Iraldez pidió al cura que fuese á referir al Sr. Mariano lo que habia pasado.

— Dígale Vd. que es inútil ya su sacrificio. La Providencia ha sido justa, como siempre.

Iraldez quedó á solas con el marqués.

— Mi vida se acaba..... que yo alcance su perdon de Vd.

— ¡ Ah ! ¡ sí ! esclamó el marqués; le perdono á Vd. con toda mi alma.

— Otro favor me resta pedir á Vd. Cuando Jorge sea padre, revélele Vd. el secreto. Entonces no me maldecirá.

El marqués ofreció cumplir su voluntad.

Iraldez quiso hablar ; pero una congoja le privó del uso de la palabra.

El marqués permaneció silencioso á su lado.

Poco despues llegó el médico.

Despues de observarle :

— Ha empezado para él la agonía, dijo : breves instantes nada mas le quedan de vida.

La agonía se prolongó.

El marqués pasó toda la noche al lado del enfermo.

Al dia siguiente por la mañana muy temprano llegó Jorge.

El marqués descansaba.

Jorge entró en el cuarto del enfermo.

La muerte proyectaba su fatídica sombra sobre sus demacradas facciones.

— ¡ Brigadier ! ¡ brigadier ! esclamó el jóven.

Iraldez le miró.

Quiso hablar y no pudo.

— ¡ Perdon ! ¡ perdon ! balbuceó... ¡ Rosa ! ¡ Rosa !

Y espiró.

— ¡ Qué es esto ! esclamó Jorge : ¿ qué misterio encierran sus últimas palabras ?

— Un misterio que te revelaré el dia mas feliz de tu vida. Ahora respétale, dijo el marqués.

Los dos, profundamente conmovidos, salieron de la casa mortuoria.

Al llegar á casa de Rosa hallaron al señor Mariano en los brazos de su hija.

¡ Lo que es la vida !

Dejaban el dolor y hallaban la alegría.

Al mismo tiempo tenia lugar una escena interesante en casa de la marquesa de Valle-Oscùro.

Asistamos á ella.

XXXI

El rabano por las hojas.

Doña Mercedes, como recordará el lector, estaba sin saber una palabra de su caro esposo D. Melquiades.

Ya se creia viuda, cuando una mañana muy temprano oyó llamar.

— ¿ Quién es? preguntó.

— Abre, mujer... soy yo.

— ¿ Quién es Vd.?

— ¿ No me conoces ?.. tu marido.

— ¡ Ah picaron ! dijo abriendo la puerta.

Hubiera continuado su discurso completo lleno de acusaciones, pero se detuvo al ver que su marido no estaba solo.

En efecto, le acompañaba una señora, cuyo rostro no pudo distinguir doña Mercedes, por el tupido velo que le cubria.

Pero si no pronunció un discurso, no pudo menos de decir :

— ¿ Qué significa esto ?

— ¡ Silencio ! contestó D. Melquiades ; y volviéndose á la encubierta, pase usted, señorita, añadió.

— Pero, ¿ qué...

— Silencio he dicho ; pase Vd.

— Es que yo no puedo consentir...

— Doña Mercedes, si no calla Vd. la echo de casa...

D. Melquiades guió á la sala á la desconocida.

Doña Mercedes los siguió.

— Déjanos un momento.

— Pero...

— Que nos dejes.

Y la empujó suavemente hácia fuera.

— Esto es inaudito, esto es inaguantable, se dijo doña Mercedes. Aquí hay gato encerrado, y por lo que pueda ser, voy á observar por el agujero de la llave.

Lo hizo así, y por desgracia suya no pudo ver el rostro de la dama encubierta.

Se habia sentado en una butaca con la espalda hácia la puerta.

Pero si no vió, pudo oir.

— Vamos, señorita, dijo D. Melquiades ; ya

puede Vd. descubrirse... está Vd. en salvo, y ya que he tenido la buena suerte de arrebatarla á Vd. del borde del abismo, quiero completar mi obra.

— ¡ Ay ! murmuró la dama, yo no estoy buena, siento una opresion... me va á dar algo.

— Eso es un mareo....

— Tal vez.

— Es claro... hemos pasado la noche sin pegar los ojos.

Doña Mercedes se estremeció.

— Cuando pienso en lo que me sucede, añadió la dama.

— Tranquilícese Vd., todo se arreglará.

— ¡ Oh ! no.

— Durante unos dias estará Vd. á mi lado.

— Y su esposa de Vd., ¿ qué dirá ?

— Nada... es una bendita.

— Pero será preciso revelarle lo que ha sucedido, y esto me da vergüenza.

Doña Mercedes hizo un movimiento para abrir la puerta.

La dama se asustó.

Estaba muy nerviosa.

— ¡ Ah ! dijo.

Y se desmayó.

Don Melquiades corrió por agua, abró de pronto la puerta y dió un soberbio coscorron á su cara esposa.

— ¡ Bárbaro ! esclamó esta.

— Perdona.

— No, señor, no perdono, va Vd. á darme cuenta de sus picardías.

— Imposible.

— Es preciso.

— Voy á llevar un vaso de agua á esa mujer.

— Antes es necesario que yo sepa...

— Todo lo sabrás luego.

— No... ahora.

— Ahora no.

— ¡ Libertino !

— No me busques la lengua.

— Mal hombre... seductor, calavera.

— Mercedes, que te rompo las costillas.

Despues de esta frase solo se oyeron los ayes de la pobre señora.

Con la turbacion de que se hallaba poseido don Melquiades habia acompañado la accion á la palabra.

La irritacion de doña Mercedes fué tal, que mientras su marido se dirigia á la cocina á buscar agua, ella se fué á la sala, y ciega de coraje, comenzó á sacudir á la señora desmayada.

Esta volvió en sí.

Hé aquí una cura no prevista por la ciencia.

Cuando llegó D. Melquiades, doña Mercedes llenaba de improperios á la desconocida.

Don Melquiades tomó entonces una actitud trágica.

— Detente, desgraciada, esclamó amenazando con el vaso de agua á su esposa : ¡ no reconoces á esta jóven ?

— ¿ Quién es, bellaco ? dímelo pronto.

— Es la hija de la marquesa de Valle-Oscuro.

— Todo lo comprendo... ¡ qué horror ! conque tú has sido quien la ha robado, tú su seductor... ¡ ay ! ¡ ay !

Y doña Mercedes se desmayó á su vez.

Poco despues volvió en sí, gracias á los socorros que le prestaron su marido y Hortensia, y cuando pudo oirla, dijo esta :

— Esplique Vd. á su esposa todo lo que ha pasado, para que no sospeche de nosotros.

— Sí, eso quiero, eso exijo, esclamó todavía convulsa la buena señora.

— Pues lo que ha pasado, dijo D. Melquiades, es que ha querido mi buena suerte que salve á esta jóven del precipicio á donde una loca pasion la habia llevado. Ya te acuerdas que fuí á despedir á un amigo. Pues bien : ví en la estacion á la señorita Hortensia acompañada de su cochero. Esto es un rapto, me dije. Y tomando un billete, los seguí. Llegaron á Alicante, entraron en una fonda, me hospedé al lado suyo, escribí una carta al falso cochero diciéndole que todo se habia descubierto, y

que necesitaba, para no ser sorprendido, buscar una casa de huéspedes. Salió inmediatamente á buscarla; yo entré en la habitacion en donde estaba la jóven, y para recordarle sus deberes, le hablé de su madre. Oyó el lenguaje de la razon, y completamente incólume, pude arrancarla del lado de su seductor, llevarla á otra fonda, y saber, para colmo de mi felicidad, que acababa de llegar allí mismo la señora marquesa de Valle-Oscuro. La escena de reconciliacion no podia tener lugar en otra parte que en el hogar abandonado. Escribí á la marquesa anunciándole lo que pasaba y dándole cita para hoy á las once con la promesa de entregarle á su hija. Esto es todo. ¿Comprendes ahora el sacrificio que he hecho en aras de la honra de una jóven estraviada? ¿No seria justo que por haber llevado á cabo una acion tan filantrópica me dieran un ascenso?

Doña Mercedes, cambiando de actitud, se levantó.

Dió trágicamente tres pasos, y abriendo los brazos:

— Ven aquí, esposo mio, eres un héroe. Pero quiero participar de tu gloria: llevaremos juntos al redil la oveja estraviada.

Poco despues bajaron los dos esposos al cuarto principal, en donde ya esperaba con ansiedad la marquesa de Valle-Oscuro á su hija.

Súplicas, ruegos, lágrimas, fueron inútiles.

— Has deshonrado mi nombre, has mancillado mi casa. De aquí vas á ir á un convento. En cuanto á Vd., Sr. D. Melquiades, dijo al savador de su hija, estoy tan agradecida, que voy á proporcionarle á Vd. un buen destino en Filipinas.

La marqucsa queria alejar de Madrid al confidente de los estravíos de Hortensia.

Inútil es añadir que, aunque la marquesa cumplió su promesa á D. Melquiades, no hizo otro tanto con su hija.

Cuatro años despues anunciaban los periódicos el casamiento de la jóven, elegante y simpática hija de la marquesa viuda de Valle-Oscuro con el vizconde de Castilla.

Cuando Jorge leyó esta noticia en los periódicos, contemplando á Rosa, que era la mas feliz de las mujeres porque tenia en sus brazos á una niña, fruto de su amor :

— Cada cual alcanza en el mundo lo que merece, esclamó el jóven.

He llegado al final de mi historia.

Pero todavía quedan algunos cabos sueltos que voy á atar, si Vds. me lo permiten.

— ¡Cómo! ¿se acaba la novela ?

— Sí por cierto. Pues qué, ¿les parece á Vds. corta?

— No nos ha dicho Vd. aun nada del misterioso personaje que, encerrado en el cuarto principal de la calle del Carbon, hizo perder un minuto á cada uno de los personajes de esta historia, dando lugar á los diferentes episodios que nos ha referido Vd.

— No lo habia olvidado ; pero antes de revela ese secreto, diré lo que ha llegado á mi noticia de Casilda, de Estéban y de D. Meliton.

XXXII.

Una sorpresa.

Casilda se retiró del Ariel profundamente conmovida.

La declaracion amorosa que le habia hecho Estéban al compás de las habaneras, las esperanzas que habia despertado en su alma, todo aquel mundo de ilusiones que se habia forjado, habian despertado en ella una verdadera pasion hácia el jóven mancebo de la tienda de ultramarinos.

Porque es horrible eso de decir á una mujer: « yo la amo á Vd., » de demostrárselo, de despertar en su alma esperanzas dulcísimas, y á lo mejor echar á correr dejando el sí que se desea entre los labios de la mujer amada.

La que se encuentra en este caso se ofende.

La ofensa le hace pensar en el hombre que la ha ofendido.

Con el recuerdo del hombre que se halla en este caso, se mezclan las esperanzas concebidas.

La lucha es inevitable.

Tras la lucha hay uno que vence y otro que es vencido.

En estos casos, el hombre es casi siempre el primero, y la mujer el segundo.

Casilda pasó toda la noche en vela pensando qué habria podido motivar la repentina desaparicion de su amante.

— Mañana muy temprano iré á la tienda, se dijo, preguntaré su paradero y me vengaré de él.

Donde se lee que se vengaria de él, debe leerse que le daria el sí.

Entretanto Estéban, desesperado por haber perdido de vista al estafador, y mas desesperado aun por verse encarcelado, escribió una carta á su antiguo amo pidiendo que fuese á responder por él para que le dejasen en libertad.

Amigo lector : las apariencias engañan. Usted se habrá figurado que el dueño de la tienda de ultramarinos era un malvado.

Todos los actos de él que he tenido el honor de referir á Vd. se lo demuestran.

Y, sin embargo, no era tan malo como nos ha parecido.

Arrepentido despues de haber llevado á cabo la

jugada que ya saben Vds., sintiendo hácia Estéban un verdadero afecto, aunque al principio al apoderarse de sus ahorros obró de comun acuerdo con su codicia, se arrepintió y se propuso aligerar su conciencia de aquel peso.

Apenas recibió la carta de Estéban, fué á la prevencion.

Como, en honor á la verdad, el mancebo de la tienda de ultramarinos no habia cometido ningun delito, apenas hubo una persona de casa abierta que respondió por él, fué puesto en libertad.

— Ahora vas á venirte conmigo, le dijo su amo.

— ¿A dónde?

— A casa.

— Es que...

— ¡Silencio! A casa, y despues que hablemos, resolverás lo que mejor te parezca.

No tardaron en llegar, y el tendero le dijo:

— Querido Estéban, ¿tú crees que has perdido tus ahorros?

— ¡Ay! ¡señor! esclamó sollozando el mancebo.

— Y si hallases un hombre que te los devolviera, ¿qué harias por ese hombre?

— Besaria donde él pisara, seria su esclavo.

— Pues ese hombre soy yo.

— ¡Cómo! ¿Vd.?

— Oyeme; tu amigo quiso estafarte y me buscó como cómplice. Yo le dí por el recibo, que en mal hora le entregaste, una cantidad muy pequeña. El dinero quedó en mi poder, y me prometia no revelarte este secreto hasta verte completamente arrepentido. Las desdichas hacen juiciosos á los hombres. Esperaba que fueses juicioso para darte el alegron. Pero no quiero que penes por mas tiempo; tus ahorros están intactos en mi poder.

— ¡Ay! ¡amo mio! esclamó Estéban cayendo de rodillas y abrazando las piernas del tendero.

Este se conmovió hasta el punto de derramar lágrimas.

— Pídame Vd. la vida.

— No te pido tanto, pero sí algo.

— Lo que Vd. quiera.

— ¿Conoces á mi sobrina Atanasia?

— Sí, señor.

— Es morena, graciosa, frescota, sabe coser muy bien, guisa como un cocinero, sin gastar mucho, y es tan hacendosa, que á lo mejor coge un talego de ropa y se va á lavar al rio. Es la mujer que te conviene.

— ¿Qué dice Vd.?

— Su madre es hermana mia; ha quedado viuda, es pobre: Atanasia será mi heredera.

— ¿Quiere Vd. que le diga una cosa? esclamó Estéban abriendo los ojos; hace ya mas de un año que estoy enamorado de ella.

— ¡Cómo lo has disimulado, picarillo!

— Por temor de desagradar á Vd.

— Pues nada, hijo mio; hoy mismo vas á hacerle una declaracion, y dentro de quince dias os casais y venis á vivir conmigo. ¿Te acomoda?

— Este abrazo se lo dirá á Vd.

No bien se echó en los brazos del tendero, cuando resonó en sus oidos una voz que le estremeció.

Era la de Casilda.

XXXIII

El ultimo segundo del minuto.

— Mira, despacha pronto á esa mujer, dijo el tendero á Estéban.

— En ese caso, voy á salir.

Y mudando de tono:

— Buenos dias, Casildita, esclamó; ¿qué habrá Vd. dicho de mí? Pero, en fin, le debo á Vd. una satisfaccion y voy á dársela. En seguida vengo.

Casilda y Estéban salieron á la calle.

— Es Vd. un pérfido, dijo ella.

— Oigame Vd. antes.

— Es Vd. un malvado. ¡Dejar á una mujer en tan grave compromiso!

— Si Vd. supiera...

— No quiero saber nada.

— Vamos á su casa de Vd., porque si la ven por

la calle tan agitada, van á creer que vamos regañando.

— ¿Y qué me importa?

— Calme Vd. esos ímpetus. Vámonos á su casa de Vd., remonona.

Y como estaban cerca, penetraron en el portal y subieron al cuarto de la planchadora.

— Vamos á ver, esplíquese Vd., dijo Casilda.

Estéban permaneció silencioso algun tiempo.

Buscaba una fórmula concreta, y no la hallaba.

— ¿Porqué me preguntaba Vd. ayer, insistió Casilda, si correspondia á su amor, y al mismo tiempo que iba yo á responderle echó Vd. á correr?

Para responder á esa pregunta tengo que contarle á Vd. una historia.

— Algun embuste.

— No, señora.

— Los hombres siempre tienen Vds. á la mano una fábula.

— Le digo á Vd. que no. No soy yo de los que improvisan. Pero ha de saber Vd. que yo tenia unos cuartos ahorrados.

— Ya lo sé; me lo ha dicho Vd.

— Pues bien; tenia esos cuartos, y un amigo, valiéndose de mi buena fé, me los escamoteó.

— ¡Ay! ¡Dios mio! ¡Esto mas!

— Pues como iba diciendo, cuando yo valsaba

con Vd. ayer tarde, ví pasar de pronto al amigo. ¿Qué hubiera Vd. hecho en mi caso?

— ¡Pobre Estéban! dijo casi conmoviéndose, ¡y yo que le habia juzgado tan mal! ¡Oh! ahora lo comprendo todo, y aunque me habia resuelto á no decir á Vd. la verdad en algun tiempo, para consolarle del descrédito de ayer, voy á ser franca, Estéban, añadió bajando los ojos y cogiendo la tradicional punta del delantal, yo, si usted viene con buen fin... si Vd. ha de casarse conmigo, le digo que sí.

— ¡Ah! esclamó el mancebo, ya es tarde.

— ¿Cómo tarde?

— Sí, mi dinero ha parecido.

— ¡Pícaro! ¿Y porque tiene Vd. dinero no se quiere casar conmigo?

— No es eso; ha parecido, pero con una condicion.

— ¿Qué condicion es esa?

— Mi amo ha recobrado esa cantidad; pero no me la entrega si no me caso con su sobrina Atanasia.

— ¿Y tiene Vd. valor de decírmelo?

— Yo soy muy franco.

— Pero, ¿y aquellas promesas y aquellos juramentos?

— Para casarme con Vd. tendria que renunciar á mi dinero, y donde no hay harina todo es mohina.

— Váyase Vd., váyase Vd., malvado, dijo Casilda enfureciéndose; yo sé lo que me queda que hacer.

— Pues hija, lo siento, pero obedezco.

Y viendo que arreciaba el llanto, tomó Estéban la puerta.

Casilda se quedó sola.

— Ame Vd. á un hombre, balbuceaba; entréguele Vd. su corazon, fórjese Vd. ilusiones; venza Vd. el rubor que le cuesta dar el sí, para que le corresponda con unas calabazas. ¡ Oh ! ¡ yo no puedo resistir esto ! Perseguido por D. Meliton, que si al menos quisiera casarse conmigo... pero no quiere ; y abandonada por Estéban, no me queda mas recurso que la muerte ; la muerte, sí; muchas mujeres que se han hallado en mi caso han recurrido siempre al suicidio. Los fósforos son una gran invencion. Si no fuera por ellos, tendria que ir á la droguería á comprar un veneno; acaso no querrian vendérmelo, y mi martirio se prolongaria. Pero aquí hay una caja de fósforos ; acabemos de una vez con esta miserable vida.

Y cortando la cabeza á una media docena de fósforos, los echó en un vaso, puso un poco de

agua, y se hincó de rodillas para elevar al cielo su última plegaria.

No habia hecho mas que arrodillarse, cuando escuchó en la calle varias voces gritando :

— ¡ La lista grande ! ¡ la lista grande !

— Ah ! esclamó ; no quiero morir sin saber si ha salido premiado mi número.

Y bajando á la calle, compró la lista.

Al mismo tiempo pasaba por allí D. Meliton, procedente de la pastelería suiza, donde habia almorzado.

Al ver á Casilda, se detuvo.

— ¡ Ah ! ¡ picarona ! ¿ Conque Vd. juega á la lotería ? le dijo.

— Sí, señor, contestó Casilda ; y llega usted á tiempo, porque yo no entiendo de números, y va Vd. á decirme si me ha tocado algo.

— Pero no aquí en la calle, porque si hubiera Vd. tenido la suerte de sacar un buen premio, la alegría podria obligarla á caer desmayada y dar un espectáculo.

— Pues suba Vd.

— Con mucho gusto.

Los dos subieron.

— ¡ Ay ! Casilda ! esclamó D. Meliton, pugnando por ceñir con sus manos la cintura de la planchaa.

— Déjeme Vd., M. Meliton, que no estoy para bromas.

— Vamos, á ver, ¿qué número tiene Vd.?

— Tenga Vd. el octavo.

D. Meliton fijó sus ojos en el billete, y los pasó á la lista.

De pronto dijo:

— Casilda, antes de ver si ha sido Vd. afortunada, quiero hacerla una revelacion para que no considere Vd. interesados mis propósitos.

— ¿Me ha caido algo?

— No lo sé, no quiero saberlo hasta despues que me conteste Vd.

— Hable Vd., pero pronto.

— Casilda, yo la amo á Vd. Desde aquella noche que estuvimos juntos en el café, vengo pensando que es Vd. la mujer mas digna de ser amada. Es verdad que mi clase y la de Vd. no son iguales, pero el amor iguala las gerarquías. Yo estoy resuelto á casarme con Vd.

— ¿Es posible?

— Lo que Vd. oye.

— ¿No me engaña Vd.?

— Lo juro.

Casilda corrió á donde estaba el vaso de agua, y lo cogió con tanta furia, que don Meliton creyó por un momento que iba á tirárselo á la cabeza.

— ¿Qué va Vd. á hacer?

— ¿Ve Vd. esto? dijo la jóven.

— Sí, es un vaso de agua.

— Con cabezas de fósforo.

— ¿Iba Vd. á envenenarse? ¡ah! ¡no, por Dios!

— Ya no me enveneno: me caso con Vd.

— Déme Vd. una prenda.

— Ahí va mi mano.

— Ahora, vamos á ver si le ha caido á Vd. la lotería.

Un minuto despues:

— ¡Oh! fortuna! esclamó; su octavo de usted ha salido premiado con tres mil duros.

Casilda se desmayó de alegría en los brazos de D. Meliton.

Quince dias despues se casaron en la parroquia de San Martin, Estéban y Atanasia, Casilda y D. Meliton.

Tal fué el fin de los personajes de mi historia, y voy á poner punto.

El lector. Pero, ¿quién era el jóven misterioso, el sobrino de la generala Mendoza?

Es verdad, he contraido esta deuda con mis lectores, y voy á pagarla.

El jóven incógnito, el autor del minuto de esta historia, era ni mas ni menos que un pobre loco.

— Eso ya lo sabíamos.

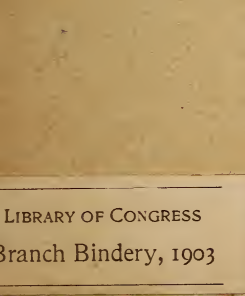
— Pero no la causa de su locura.

— ¿Cuál fué?

— La de haberse enamorado perdidamente de la Guy Stéfani, sin hallar eco en su corazon, porque la sílfide estaba ya casada, amaba á su marido y era muy virtuosa, á pesar de bailar el *baile inglés.*

FIN.

ÍNDICE.




LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 469